



# BREVE HISTORIA DE TURQUÍA

Norman Stone

Lectulandia

Norman Stone, profundo conocedor del país en el que lleva viviendo más de quince años, conduce al lector a través de la compleja historia de Turquía, desde la llegada de los selúcidas a Anatolia en el siglo XI hasta la república del XXI. Se trata de una exposición de proporciones épicas en la que tienen cabida algunos de los principales protagonistas de la historia de occidente y oriente como Gengis Khan, el sultán Suleimán o Atatürk, liberador y fundador de la Turquía moderna, republicana y secular que hoy conocemos.

A lo largo de seiscientos años, Turquía ha estado en el centro del Imperio otomano, la superpotencia que llevó el Islam a las puertas de Viena y lo expandió hasta el norte de África, el Golfo Pérsico y las orillas del río Volga. Stone desgrana las causas del auge y caída del imperio Otomano, así como el protagonismo que ha tenido en los últimos siglos en las pugnas entre las grandes potencias por su importancia geoestratégica, sin pasar por alto temas controvertidos como el genocidio armenio. Además, el libro analiza con agudeza el último periodo de su historia y el surgimiento de la República turca, que prosigue en la eterna encrucijada de su identidad nacional a caballo entre oriente y occidente, el secularismo y la religión, la modernidad y la tradición.

**Lectulandia**

Norman Stone

# **Breve historia de Turquía**

ePub r1.0

Rob\_Cole 15.12.2017

Título original: *Turkey. A Short History*  
Norman Stone, 2010  
Traducción: Francisco García Lorenzana  
Retoque de cubierta: Rob\_Cole

Editor digital: Rob\_Cole  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



Para el canónigo Ian Sherwood,  
capellán de la iglesia Memorial de Crimea, Estambul

# INTRODUCCIÓN

Constantinopla, la última capital del Imperio romano, ocupaba una posición estratégica en el comercio mundial, porque disponía del mejor puerto natural entre Europa y Asia. Por esa razón se convirtió en la capital del imperio que sucedió al romano, el otomano o turco, en 1453, y la posición estratégica de la ciudad sigue siendo evidente en la actualidad. Mientras escribo este libro, en un piso con vistas al Bósforo, veo cada día cómo pasan por el estrecho más de un centenar de barcos, algunos de ellos grandes petroleros o buques de contenedores procedentes de China, que van y vienen del mar Negro. Las reliquias del pasado imperial de Estambul se encuentran por todas partes, ya sea la gran iglesia de la Roma cristiana, la Santa Sofía del siglo VI, o las mezquitas imponentes construidas por los sultanes turcos.

El Imperio otomano es un fantasma que persigue al mundo moderno. Desapareció del mapa al final de la Primera Guerra Mundial, y los vastos territorios que controlaba han vivido un problema detrás de otro. Desde el siglo XIV, se extendió a partir de una base en lo que en la actualidad es el noroeste de Turquía, y se convirtió en un imperio mundial, que se extendía desde la costa atlántica de Marruecos hasta el río Volga en Rusia, y desde la frontera actual entre Austria y Hungría hasta el Yemen e incluso llegó a Etiopía. En el siglo XVIII el imperio perdió el control del mar Negro y del Cáucaso a favor de Rusia; en el siglo XIX perdió los Balcanes con la formación de las naciones-estado, la más importante de las cuales fue Grecia; en el siglo XX, perdió las tierras árabes. Desde entonces, los Balcanes y Oriente Próximo han sido un problema para el mundo y por eso, en la actualidad, existe una cierta nostalgia del Imperio otomano.

«Lawrence de Arabia», un inglés que había hecho tanto en 1916 por animar la revuelta árabe contra los turcos —así los llamaban los extranjeros, aunque ellos mismos no utilizaron el nombre hasta mucho más tarde—, contemplaba Irak, después de la toma de posesión británica en 1919, y se preguntaba por qué la región se había precipitado en un conflicto sangriento de todos contra todos: los británicos tenían desplegado un ejército de 100 000 hombres, apoyados por tanques, aviones y gases venenosos, mientras que los turcos habían mantenido la paz en sus tres provincias iraquíes de Basora, Mosul y Kirkuk con 14 000 hombres reclutados sobre el terreno y sólo noventa ejecuciones al año. El mismo comentario es válido para Palestina, donde los británicos, después de pasarse treinta años intentando que judíos y árabes llegasen a un acuerdo, se dieron finalmente por vencidos y dejaron el tema en manos de las Naciones Unidas. Los Balcanes (y para el caso, también el Cáucaso) presentan otra versión del mismo rompecabezas. El Imperio otomano había mantenido la paz, o al menos había tapado los problemas, y se puede comparar bastante bien con, por

ejemplo, la India británica que —aunque cierto virrey pensaba en 1904 que iba a permanecer «para siempre»— duró menos de un siglo.

La India británica también terminó con una partición, dando lugar a la creación de Pakistán como un Estado islámico, que a su vez se partió al separarse Bangladesh, y no tomaría al mundo totalmente por sorpresa si Pakistán también se dividiese según se desarrollen los acontecimientos en Afganistán. Esto plantea una pregunta crucial sobre la Turquía moderna. La capacidad del islam para construir un estado, en los tiempos modernos, no es una historia sin mancha. No es necesario que llegemos tan lejos como un joven historiador turco del Asia central, Hasan Ali Karasar, y decir «islam, política, economía: elija dos», pero la cuestión sigue siendo muy válida. El Imperio turco y la República turca que lo sucedió en Anatolia deberían analizarse en profundidad para dar una respuesta. ¿Hasta qué punto el éxito de los otomanos se basaba en el islam, o habría que interpretarlo de otra forma y decir que los otomanos tuvieron éxito cuando no se tomaron demasiado en serio el islam?

Los republicanos turcos eran inflexibles ante la idea de que se debía separar la religión del Estado, y la consideraban un obstáculo tremendo al desarrollo. Cuando establecieron la República en 1923, su modelo era Francia, donde en 1905 habían separado la Iglesia y el Estado, y las monjas habían sido expulsadas de los conventos a punta de bayoneta. La Iglesia católica, en su conjunto, había apoyado la persecución del (falsamente) sospechoso de ser un espía judío, Alfred Dreyfus, y pagó por ello. Los republicanos argumentaban que el catolicismo era responsable de la decadencia del país y de que Inglaterra y Alemania hubieran superado a la nación. Había italianos y españoles que pensaban lo mismo. En la actualidad, Turquía intenta entrar en la Unión Europea y si hay un país que pueden considerar fraterno es España: imperio mundial, con siete siglos de historia islámica y después una nación-estado marcada por la omnipresencia de los gobiernos militares. Turquía no sufrió una guerra civil como la española, pero su experiencia en la Primera Guerra Mundial presenta paralelismos escalofriantes.

Los fundadores de la república eran hostiles a la herencia otomana, y en 1924 exiliaron a un centenar de miembros de la dinastía, con una pensión de 2000 dólares por cabeza: los hombres no pudieron regresar hasta la década de 1970. Existe una cita de Proust sobre el efecto de alguien que mira su historia como contemplaría un pollito recién nacido los trozos de la cáscara del huevo que acaba de abandonar. Después de todo, los republicanos habían ganado la guerra de independencia, la primera victoria real de los turcos desde el siglo XVII, y había sido un triunfo surgido de adversidades considerables. El sultán habría preferido llegar a un acuerdo con las potencias occidentales, y en especial con los británicos, como si fuera una especie de Aga Kan. Por eso los republicanos lo repudiaron a él y a su legado. Santa Sofía se convirtió en un museo, y los islamistas fueron expulsados sin piedad de la universidad y reemplazados por una serie de refugiados estelares de la Alemania de Hitler, con los que he iniciado el libro.



La república ha sido un éxito considerable, en especial desde 1980, cuando se produjo un golpe militar comparable al de Pinochet en Chile, y mientras escribo se están desarrollando dos proyectos de ingeniería de alcance mundial. El primero es un túnel bajo el Bósforo, que permitirá conectar Ankara con Europa a través de trenes de alta velocidad, a imagen del túnel del Canal de la Mancha. El segundo es aún mayor. Turquía oriental sigue bastante subdesarrollada, a excepción de algunas zonas concretas. En la actualidad, dos grandes pantanos construidos en los ríos bíblicos, el Tigris y el Éufrates, no sólo están proporcionando regadío e hidroelectricidad, sino que también están impulsando una revolución social, porque el aumento creciente del nivel de prosperidad en esta zona de Anatolia (mayoritariamente kurda), la está convirtiendo en un mundo completamente diferente del de sus vecinos al este y al sur. Sin embargo, la república se ha tropezado con los problemas a los que se debe enfrentar toda ilustración: los hijos se comen a los padres. Los secularistas han sido desplazados por los anatolios, con frecuencia religiosos, y se han planteado muchos interrogantes sobre la identidad de los turcos.

Si eres turco, te tienes que preguntar qué le debes a: (1) la antigua tradición nativa turca; (2) Persia; (3) Bizancio; (4) el islam; (5) qué tipo de islam; y (6) la occidentalización consciente. La historia no demasiado feliz de los intentos de Turquía para entrar en la Unión Europea ha provocado que todo esto ocupe el primer plano, y se ha producido otro cambio importante en los términos del debate: la mayor parte de Turquía es en la actualidad aceptablemente próspera (en términos de peso económico vale más que los Estados ex comunistas miembros de la Unión Europea y, de nuevo como España, ha «despegado» desde el punto de vista económico). Los primeros gestores de la república fueron occidentalizadores convencidos, con un fundamento ideológico en el nacionalismo turco y la determinación de expulsar de la vida pública la influencia de la religión, que se podía rechazar fácilmente como oscurantismo. Pero el tema no es tan sencillo. La prosperidad se extiende y despierta la vida adormecida de las ciudades provincianas de Anatolia. Sus políticos son religiosos y Turquía está gobernada, y no demasiado mal, por un gobierno que a veces cita a la democracia cristiana europea como su ejemplo. Esto ha provocado bastantes convulsiones y en la actualidad existe una preocupación extraordinaria por la historia: incluso los taxistas tienen unos conocimientos bastante amplios.

En realidad no se trata de una situación que deba analizar un extranjero y desde luego yo me resisto a hacerlo, excepto para decir que la Turquía moderna está viviendo una versión emborronada de lo que ocurrió a finales del siglo XIX, bajo el sultán Abd-ul-Hamid II. Por supuesto, no sé cuál será el resultado. El propio Abd-ul-Hamid está sometido a revisión. Es cierto que en su época se desarrolló una gran cooperación con Occidente mientras el imperio seguía teniendo unas bases religiosas (al menos en teoría). También se mejoró la educación y surgió una *intelligentsia* técnica que fue muy importante para la formación de la república. La *intelligentsia* técnica y el ejército se rebelaron contra Abd-ul-Hamid, y una versión de este

conflicto nos sigue acompañando.

En el presente libro tengo la esperanza de trazar los seis factores que he mencionado antes y que fundamentan la Turquía actual. Todos ellos son difíciles incluso para un residente extranjero desde hace mucho tiempo como yo, y los amigos turcos, consciente o inconscientemente, me han dado muchas pistas. Ellos comprenderán que no puedo incluir ahora una de esas listas interminables que siguen a semejante afirmación. Sólo diré que he disfrutado mucho de impartir clase en la Universidad de Bilkent, en especial en los cursos de licenciatura, y he mantenido relaciones de amistad con algunos de mis estudiantes licenciados a medida que nos hacíamos mayores, y de alguna forma he conseguido alcanzar un nivel de turco con el que los taxistas mueven la cabeza sorprendidos por mi pronunciación de las palabras otomanas con un acento escocés; y recuerdo con especial afecto mi seminario semanal sobre historia europea en la Universidad Boğaziçi. He tenido la fortuna de que dos de esos antiguos estudiantes, Hasan Ali Karasar, ahora colega en Bilkent, y Murat Siviloglu, actualmente en Peterhouse, Cambridge, hayan leído mi manuscrito, junto con el veterano de la historia turca, Andrew Mango. Fahri Dikkaya, en Bilkent, ha evitado que cometiera grandes errores de interpretación sobre los primeros otomanos, de cuya arqueología es un experto. Si han sobrevivido algunos errores se deben a Homero. Sólo me queda dar las gracias al equipo espléndidamente eficiente en Thames & Hudson, y a mi agente, Caroline Michel, por organizar el encargo, que me ha enseñado mucho.

## **NOTA SOBRE LA NOMENCLATURA**

Creo firmemente que en los libros históricos se deben utilizar los nombres históricos, y, por supuesto, no se pretende ofender a nadie: por eso «Constantinopla» y «Esmirna» se utilizan hasta el final del imperio, mientras que «Alepo» y «Salónica» son actuales. He omitido los diacríticos en las transcripciones del otomano. Sólo tienen sentido si se puede leer el original.

## PRELUDIO

**F**ritz Neumark Es el autor de uno de los libros más notables en lengua alemana, sus memorias de Turquía, *Zuflucht am Bosphorus* (Refugio en el Bósforo). No es un romántico, pero describe cómo a finales del verano de 1933 su barco llegaba a Estambul. En aquellos días era aún bastante verde y cubierta de bosques. Pasabas delante de la Mezquita Azul, para encaminarte hacia Santa Sofía y el palacio de Topkapı, hasta atracar al otro lado del Cuerno de Oro, una ensenada del Bósforo, en Gálata, dominada por la torre italiana medieval, de un tipo reconocible por las pinturas renacentistas. Porteadores kurdos cargaban con el equipaje por las calles de escalones, en griego *Skalakia*, hasta llegar al Park Hotel, un edificio *art déco* en forma de pastel de boda, cercano a la embajada alemana. Poco después de su llegada, Neumark tuvo que asistir a una recepción ofrecida por el ministro de Asuntos Exteriores; si necesitabas trajes formales, un sastre griego los confeccionaba en tres días. Refugiado de la Alemania de Hitler, había encontrado trabajo como profesor de finanzas en la nueva universidad en Estambul. En esa época llegaron a Turquía un millar de alemanes y durante un tiempo pareció que los encabezaría Albert Einstein, que había aceptado una cátedra de física teórica (aunque al final no la ocupó porque se esperaba que diera clases y él no quería: en su lugar se fue a Princeton). Aun así, los alemanes que llegaron eran lo suficientemente importantes y durante poco más o menos de una década la Universidad de Estambul tuvo aspiraciones de ser la mejor del mundo.

Wilhelm Röpke enseñó economía antes de convertirse en el artífice del milagro alemán de la posguerra; la filosofía de las matemáticas estuvo a cargo de Hans Reichenbach, que también organizó el equipo turco de esquí. En cierta forma, la guinda de toda esta colección era Hellmut Ritter, un hombre muy difícil, mezquino y retorcido, que estuvo en la inteligencia alemana durante la Primera Guerra Mundial. Sabía árabe y persa hasta el punto de que era un experto en la poesía mística islámica, pero había sido expulsado del Instituto de Oriente en Hamburgo por su homosexualidad (dada la fecha y el lugar, debía ser bastante avanzado), y emigró a Turquía, donde al principio intentó reunificar cuerpo y espíritu tocando el chelo en un cuarteto de cuerda en la estación de Ankara. Después se convirtió en bibliotecario de la Universidad de Estambul, reordenando el catálogo que hasta entonces había mantenido un anciano bajito y con barba que garabateaba entradas en trozos de papel que después colocaba en un cajón.

Los actores secundarios de estos alemanes también eran de una calidad muy alta, incluyéndose entre ellos a Carl Ebert, fundador y director artístico de la ópera de Glyndebourne, que estableció una escuela de ópera y drama en el conservatorio de Ankara en 1936, y el compositor Paul Hindemith, que ayudó a reorganizar la

educación musical en Turquía. La estrella entre todos ellos era Ernst Reuter, posteriormente alcalde de Berlín occidental durante la época del bloqueo soviético y el puente aéreo de 1948. Fue rescatado de un campo de concentración por cuáqueros ingleses y llegó a Ankara para enseñar planificación urbanística en 1935. Su turco era tan bueno que se integró en la comisión para la reforma de la lengua, cuyo objetivo era sustituir las palabras árabes y persas por términos propios del turco antiguo, que se suponía que Reuter conocía porque había sido prisionero de guerra en Asia central en 1917. Probablemente se los inventó. Por otro lado también se le recuerda con mucho afecto en Ankara como un hombre muy alto con una boina, que iba por ahí en una bicicleta muy antigua, y sus asuntos estaban en boca de todo el mundo. También fueron centroeuropeos los que reformaron Ankara para convertirse en la nueva capital: el profesor Hermann Jansen para la planificación (inteligente) y el profesor Clemens Holzmeister para la ejecución (también inteligente, pero descarriado).

Turquía necesitaba a esos hombres porque el país se había lanzado a un programa radical de occidentalización cultural, económica y militar. La Turquía actual, una república proclamada en 1923, más o menos con las fronteras de ahora, era el centro del Imperio otomano que, en el momento de máxima extensión, había abarcado tres continentes. A partir de entonces había entrado en decadencia y con la Primera Guerra Mundial había desaparecido. Turquía surgió como el resultado de la resistencia nacional y sus líderes estaban decididos a detener el declive: se occidentalizarían. La reforma más grande se centró en 1928 en la lengua. Hasta entonces el turco se escribía con el alfabeto árabe y contenía un gran número de palabras árabes o, en cuestiones que tuvieran que ver con las emociones o la comida, persas. Sin embargo, el árabe es una lengua gutural, con sólo tres vocales, mientras que el turco tiene ocho, e incluso hay problemas con las consonantes, porque en árabe hay cuatro variantes para la «z». Para el turco, un alfabeto latino o incluso cirílico tenían mucho más sentido, si el objetivo era que la mayor parte de la población estuviera alfabetizada. Como ocurre con frecuencia en Turquía, en esto también fue el ejército la fuerza creativa. Durante la Primera Guerra Mundial, si necesitaban enviar un telegrama cifrado, tenían que traducir el original al francés, después codificarlo y enviarlo con los puntos y rayas del morse, para que el destinatario tuviera que realizar después el proceso inverso. Los oficiales ya habían sugerido que era necesario simplificar todo el proceso y diez años después de terminar la guerra eso es lo que iba a ocurrir: en un mes se latinizó el alfabeto.

A su debido tiempo la alfabetización se fue extendiendo y en la actualidad Turquía produce cada año 11 000 traducciones de lenguas extranjeras, mientras que en todo Oriente Próximo sólo se alcanzan las 300. Los escritores turcos se colocaron muy pronto en el mapa mundial, siendo «el Pescador de Halicarnaso» un autor de grandes ventas en Inglaterra en la década de 1940, de la misma forma que Orhan Pamuk lo es en la actualidad. Pero se produjeron grandes retrocesos: se perdió gran parte de la tradición literaria; y en la antigua Casa Imperial de las Ciencias Aplicadas

—el nombre oficial de la universidad— los académicos contrarios a la reforma se resistieron a aplicarla. En 1932, la institución fue cerrada, y eso permitió la llegada de tantos extranjeros. En ese sentido, que Hitler estuviera persiguiendo a lo mejor de los alemanes no fue más que una suerte añadida. Pero sólo fueron los últimos en una larga lista de extranjeros. El destacado poeta turco del siglo xx Nazım Hikmet —él mismo nieto de un exiliado polaco— es el autor de una cita famosa sobre Turquía y, por extensión, sobre la ocupación turca de Anatolia: «saliendo en tromba de Asia, y extendiéndose como la cabeza de una yegua hacia el Mediterráneo».

# CAPÍTULO UNO

## ORÍGENES



## ORÍGENES

El centro del imperio otomano se encontraba en el palacio de Topkapı, sobre la pequeña península que rodeó el barco de Fritz Neumark en su camino hacia los muelles en el puerto del Cuerno de Oro. No hay otro palacio igual: vasto en extensión, pero no en altura. Se extiende en patios con muchos pabellones, algunos de ellos muy intrincados, que se llaman *köşk* (el origen de nuestra palabra «kiosco»), y refleja la idea que tenían los gobernantes sobre sus orígenes. El palacio es una versión elaborada del cuartel general de tiendas de un jefe nómada, y el símbolo otomano era la cola de caballo: cuantas más se mostrasen delante de la tienda, mayor el rango; cuando el ejército estaba en campaña, las tiendas eran con frecuencia enormes obras de arte. La mejor muestra de ellas se encuentra en Cracovia, donde fueron llevadas tras el sitio de Viena en 1683.

Los antiguos turcos procedían de la región de Altai en Asia central, sobre la frontera occidental de la Mongolia actual, e incluso es posible que tuvieran algunos lazos distantes al otro lado de los estrechos con Alaska (la palabra esquimal para «oso» es el turco *ayt*). La primera referencia escrita es el chino *tyu-kyu* del siglo II a. C., un término que posteriormente aparece de vez en cuando en fuentes chinas del siglo VI. Se refiere a tribus nómadas de guerreros, que se dedican a saquear a otras civilizaciones superiores: la palabra «turco» era el nombre de la tribu dominante, y significa «hombre fuerte». Estos nómadas, relacionados con los mongoles, y quizá también con los hunos, se extendieron por las vastas llanuras de Asia central y provocaron muchos problemas a los chinos, estableciendo de vez en cuando imperios esteparios que duraban una o dos generaciones antes de quedar absorbidos por los nativos mucho más sedentarios. Gran parte de la historia china se refiere a estas batallas en la frontera larga y abierta; por eso la Gran Muralla fue una necesidad. El imperio estepario que destacó sobre los demás fue el de los uigures, alrededor de 800 d. C., que adoptó la escritura y mucho más de los chinos. Existieron dinastías con antecedentes claramente turcos, incluida la del fabuloso Kublai Kan (Kubilay es un nombre bastante habitual en Turquía), que en 1272 fundó Hanbalık, «la ciudad del soberano», la actual Beijing.

Es posible que algunas de las connotaciones turcas no sean más que especulaciones románticas. ¿«Kirguiz» significa en turco «las cuarenta y dos» (tribus), u otra cosa, como por ejemplo «nómada»? En los siglos XII y XIII, Marco Polo se refería al Turkeistán chino como la «Gran Turquía» y los topónimos son claros: el río Yeniséi en Rusia toma su nombre de *yeni çay* o «río nuevo»; y el nombre antiguo de Stalingrado, Tsaritsyn, no tiene nada que ver con el «zar» sino que deriva de *sarı su*, «agua amarilla». Pero hay algunas curiosidades. Tundra es *dondurma*, que en realidad significa «helado»<sup>[1]</sup>. Los descendientes lingüísticos del

turco antiguo en algunos casos se han separado mucho a lo largo del tiempo, aunque los turcos anatolios dicen que el kirguiz les parece bastante fácil, a pesar de los miles de kilómetros que les separan. La gramática es regular, pero se diferencia en que las preposiciones, el tiempo y el género se añaden a la palabra principal, cambiando la vocal según la vocal dominante de la palabra principal. Quizá la mejor ilustración sea la palabra «pastrami», una de las pocas palabras que debemos a estos turcos antiguos. Se trata de una versión italiana del original *pastırma*, que en la actualidad se refiere a unas lonchas muy finas de ternera seca, envueltas por una torta de especias, entre las que destaca el comino (*çemen*). *Pas* es la raíz de un verbo que significa «presionar». *Tır* (la *ı* sin punto se pronuncia como el «eu» francés y marca un cambio de vocal que se utiliza después de una «a») indica causa, y *ma* (también un cambio de vocal: podría haber sido *me*) convierte todo el conjunto en un sustantivo verbal o gerundio. Este alimento, que se guardaba debajo de la silla, mantuvo a los arqueros a caballo nómadas durante cientos de kilómetros por las estepas de Asia central.

Los primeros escritos en turco (con un alfabeto rúnico) datan del siglo VIII, alrededor del lago Baikal, y se refieren a las *dokuz oğuz* «nueve tribus», pero muy pronto se impuso la versión uigur de la lengua, escrita en vertical al estilo chino, y fue utilizada en la correspondencia diplomática del gran conquistador mongol, Gengis Kan (ca. 1167-1227)<sup>[2]</sup>.

Fuera de eso, los antiguos turcos no dejaron ningún rastro literario y se tienen que estudiar a partir de fuentes externas: chinas, persas, árabes y bizantinas. Emigraron hacia el oeste y el sudoeste, en dirección hacia las grandes civilizaciones en la periferia de Asia central. Llegaron en oleadas, dos de ellas de proporciones inmensas, como veremos más adelante. Gengis Kan, a principios del siglo XIII, dirigió una federación de tribus mongolas y turcas (o tártaras) emparentadas entre ellas. Un siglo más tarde tuvo un digno sucesor en el destructor de proporciones mundiales Tamerlán (ca. 1336-1405), de origen turco (*Timur* es una variante de la palabra que significa «hierro» y *lenk* significa «cojo»). Ellos y sus descendientes conquistaron China, la mayor parte de Rusia y la India; «mogol», una versión de «mongol», es un ejemplo claro: en turco, Taj Mahal significa «barrio de la corona»; y la lengua de Pakistán, el urdu, es una variante de la palabra *ordu*, que significa «ejército». Sobre este tema hay un libro francés muy famoso, *L'Empire des steppes* de René Grousset (1939), y existen conexiones turcas por toda la región, incluido Afganistán, donde es frecuente que te entiendan si usas la lengua turca; pero la relación más importante, por lo que respecta a los turcos anatolios, es con Persia. Ésta fue, por supuesto, la civilización histórica más grande de todo Oriente Próximo y existen controversias alrededor de su relación con los turcos: controversias que no sólo giran alrededor de los préstamos culturales, sino que afectan al propio islam.

En fecha tan temprana como el siglo VIII, ya habían aparecido mercenarios turcos en Persia, en cuya capital de entonces, Bagdad, el califato reinaba sobre todo el islam. Algunos llegaron hasta Siria o Egipto. Sin embargo, el momento decisivo se produjo



a finales del siglo x, cuando una de las tribus Oğuz (turcos occidentales) llegó a la periferia persa. Su jefe era Selçuk, que significa «inundación pequeña» en árabe y quizá algo más en turco. Los turcos traían consigo una iconografía religiosa que procedía de Siberia: chamanismo, con sus propios druidas, siendo sus emblemas un peregrino y un halcón —*tuğrul* y *çağrı*—, que se siguen usando como nombres propios. En 1055 entraron en Bagdad y penetraron en el Estado: ya anciano, su líder, Tuğrul Bey, se casó con la hija del califa en una ceremonia de rito turco; como dice el historiador francés Jean-Paul Roux, fue como si un jefe africano se casase con una Habsburgo al son del tam-tam.

Después los turcos ocuparon toda Persia. Hasta la actualidad, los libros escolares reflejan los antiguos enfrentamientos o las historias de fortuna adversa. Los pequeños griegos e iraníes aprenden que sus ancestros, elegantemente vestidos de blanco, discutían de poesía mientras que las dignas matronas cuidaban de ovejitas retozonas y las doncellas de cabellos rubísimos removían las marmitas, todo ello bajo cielos despejados, hasta que de la nada surgieron unos salvajes fornidos y greñudos dedicados al pillaje. Ésos son los turcos y su opresión duró siglos. Por el otro lado, los pequeños turcos aprenden que la llegada de sus ancestros dio vigor a unas civilizaciones decadentes y llenas de eunucos. Cuando en la década de 1930 se obligó a los turcos a adoptar nombres al estilo europeo, Cenk, Tusa (aunque éste sea probablemente de origen balcánico) y Savas, que significan «batalla», fueron bastante populares, y aún más Zafer, Galip, Mansur, Kazán, que significan «victoria». Y en turco existen muchas palabras con una connotación de lucha.

El truco principal de los guerreros turcos fue que aparecieron y, como élite militar, ocuparon un Estado establecido desde antiguo. Eran extraordinariamente adaptables y aprendieron de los pueblos que conquistaban. En algunos, pero no en todos los casos, adoptaron su religión. En el caso de los mongoles fue el budismo o una forma de cristianismo; pero por el otro lado, en la India o en Persia fue por lo general el islam, que en esa época, alrededor del año 1100, era la forma de religión más civilizada (como demuestran en especial los edificios de Samarcanda). Los persas, herederos de una de las civilizaciones más grandes del mundo, se sometieron a una aristocracia turca y hasta el día de hoy se preguntan por qué los turcos pudieron construir primero un imperio y después un Estado moderno que funciona, mientras que ellos no han sido capaces de hacerlo (la Turquía moderna acoge un millón de refugiados de la región).

La síntesis más interesante es Rusia. Ya dijo Napoleón que si rascas un poco a un ruso encuentras a un tártaro. Rusia sucumbió en el siglo XIII durante dos siglos a los mongoles, o tártaros (en un principio, al igual que con los «turcos», sólo el nombre de la tribu dominante). Un tercio de la antigua aristocracia tenía nombres tártaros: Yusupov (de «Yusuf») o Muravyev (de «Murat») y el mismo Iván el Terrible descendía de Gengis Kan. Los tártaros sabían cómo construir un Estado y eso se refleja en las palabras rusas para «esposas» y «tesoro». Los principados rusos

acabaron copiando a los tártaros, siendo Moscú el que tuvo más éxito, y en 1552, Iván el Terrible conquistó la capital tártara, Kazán, junto al Volga. A partir de entonces los militaristas del siglo XIX presentaron la historia rusa como una especie de cruzada en la que unos campesinos indignados se liberaban del «yugo tártaro». Pero esa frase no se utilizó por primera vez hasta 1571, cuando la Iglesia ortodoxa intentaba ofrecer resistencia a Iván el Terrible, que usaba a los tártaros para formar un Estado que no toleraba las pretensiones ortodoxas. Antes de eso, las relaciones eran mucho más complicadas e incluían los matrimonios mixtos.

Los turcos persas eran llamados «grandes selyúcidas», pero sus primos menores, en muchos casos aún nómadas, penetraron en Anatolia. Su jefe, Alp Arslan (reinado 1064-1072), en realidad estaba conduciendo su horda (una palabra que también deriva de *ordu*) hacia Siria, un país rico. Durante el camino, sus hombres estuvieron tanteando las fronteras orientales de Bizancio, el Imperio romano de Oriente, y molestando a los clientes de los bizantinos, los Estados cristianos en el Cáucaso meridional, que miraban hacia Constantinopla. Un emperador, Romano Diógenes, decidió tontamente llevar un ejército hacia el este. En 1071 se libró una batalla en Manzikert, la actual Malazgirt, un lugar sin importancia sobre una meseta alta al norte del lago Van, y los bizantinos perdieron, debilitando muy seriamente su control sobre el centro y el este de Anatolia. Durante los dos siglos siguientes, los turcos selyúcidas se establecieron en gran parte de Anatolia, aunque no la ocuparon por completo; Bizancio quedó confinado a la zona de Constantinopla, parte de los Balcanes y unos pocos enclaves costeros.

Los selyúcidas dejaron tranquila a la población cristiana de Anatolia. En Capadocia, a unas cuatro horas en coche al este de Ankara, existen valles en los que los cristianos vivían sin que los molestasen, construyendo iglesias en las rocas con frescos que se han convertido ahora en un reclamo para el turismo mundial. Los frescos pintados en la época del renacimiento bizantino, en el siglo X y principios del siglo XI, son de gran calidad y uno de ellos fue llevado a la Rusia recientemente cristianizada como Nuestra Señora de Vladimir. Después de la conquista selyúcida, los frescos se vuelven más toscos, pero existen pruebas de que los turcos desarrollaron una civilización tolerante y que respetaba sus leyes. No estaban interesados en suprimir la religión de los demás pueblos, y en cualquier caso eran demasiado pocos, rodeados por una población cristiana. En vez de eso tuvieron lugar muchos matrimonios mixtos y un comercio floreciente. Una princesa bizantina con inclinaciones literarias, Anna Comneno, decía en el siglo XII que los habitantes de Anatolia se dividían en griegos, bárbaros y «bárbaros mixtos», designando así a los turcos casados con cristianas.

La capital selyúcida, Konya (la antigua Iconia romana), y una ciudad grande, Kayseri (la antigua Cesarea en Capadocia), disponían de algunos edificios espléndidos al estilo de los grandes palacios de Samarcanda y Bujará en Asia central<sup>[3]</sup>. Se construyeron grandes mezquitas, a las que se unieron a veces escuelas,

hospitales y otros servicios, a medida que se extendía la educación. Pero los primeros turcos no eran demasiado buenos en el seguimiento de las reglas religiosas. Se inclinaban más por la construcción de pequeños oratorios que grandes mezquitas, porque se adaptaban mejor a su versión del islam, y sus mujeres iban sin velo; bebían vino y bailaban para gran escándalo del viajero árabe del siglo XIV, Ibn Batuta.

Al final, Bizancio cayó, pero el colapso llegó del oeste y no del este. Siempre había existido una rivalidad entre Roma y Constantinopla, que empeoró porque el Papa, como obispo de Roma, pretendía ser la cabeza de toda la Iglesia, mientras que Bizancio desarrollaba su propia forma de cristianismo: la ortodoxia. Los cruzados occidentales —«latinos»—, una combinación de normandos y venecianos, atacaron Bizancio en 1204 y la conquistaron. Éste fue un episodio decisivo. Hasta entonces, los bizantinos habían estado por delante de Occidente por su tecnología, y los europeos occidentales llegaban a Constantinopla como paletos provincianos. Los bizantinos tenían un arma formidable, el fuego griego, que consistía en lanzar una mezcla inflamable de aceites que incendiaba los barcos; con esto habían resistido numerosos asedios. Ahora, en 1204, como miembros de lo que se conoce como la Cuarta Cruzada, los venecianos habían descubierto cómo tratar el cuero con productos químicos, de manera que sus barcos y torres de asedio se volvieron invulnerables. Pasaron por encima de la gran muralla, construida por el emperador Teodosio en el siglo V, y saquearon la ciudad. De la gran iglesia del Pantocrátor, donde enterraban a los emperadores Comneno (en la actualidad es la mezquita Zeyrek), fueron eliminadas todas las tumbas, y a día de hoy el único rastro de su existencia es una delgada franja de oro que está demasiado alta en el muro como para que pudieran arrancarla. Durante los dos siglos siguientes, Bizancio permaneció bajo dominio latino y aunque se recuperó, quedó quebrada. En realidad la gobernaban venecianos y genoveses, que luchaban entre ellos por el comercio del mar Negro (cuyas costas turcas aún siguen marcadas por las ruinas de sus fortalezas; y la Torre de Gálata, que domina el puerto de Estambul, formaba parte de las fortificaciones genovesas). A partir de entonces se desarrolló una lucha a cuatro bandas: bizantinos, venecianos, genoveses y turcos.

La época dorada de los turcos selyúcidas finalizó a principios del siglo XIII, con la invasión mongola. Los mongoles eran de alguna manera turcos y Gengis Kan fue un conquistador genial. Nadie podía derrotar a los arqueros a caballo, y los mongoles, usando con inteligencia a los extranjeros con habilidades especiales, tenían gran capacidad de aprendizaje de las técnicas militares, lo que les permitía asediar y destruir una ciudad detrás de otra. Si te rendías, te dejaban más o menos en paz, pero si resistías la suerte estaba echada, y la insignia del dominio mongol era una pirámide de cráneos, de la que subsiste una versión otomana en Niš (Serbia). Sucumbieron Rusia, Persia y la Turquía selyúcida, y así, a través de Afganistán, también el norte de la India, aunque la dinastía mogol no se estableció hasta más tarde. Al final, los mongoles fueron detenidos en Siria y Alemania, y por una razón muy sencilla: no

había hierba suficiente para los caballos, de los que dependía este imperio de caballería. Después de una o dos generaciones, los nativos mucho más sofisticados gobernaban su imperio y los elementos mongoles o turcos formaban la aristocracia. Esto se puede aplicar incluso a Egipto, aunque en circunstancias algo diferentes: los mamelucos, que gobernaban el país, descendían de mercenarios turcos del Cáucaso, y la palabra significa «esclavo».

Los mongoles habían aplastado Persia en el siglo XIII y habían seguido adelante para aplastar también a los selúcidas en Anatolia. Su Estado se fragmentó en varios emiratos, grandes y pequeños. En el noroeste de Anatolia, junto a la frontera bizantina, había uno pequeño con su capital en un lugar sin importancia llamado Söğüt. Esto, como todo lo demás, se ha puesto en cuestión. Se dice que la fecha de fundación fue el año 1300, pero la mayor parte de lo que ocurrió en este primer período forma parte de la leyenda. El fundador de este núcleo del Estado otomano recibía el nombre de Osmán (*ca.* 1258-1324), y su padre, Ertuğrul, se supone que llegó del este, pero dejar las cosas por escrito no formaba parte de las preocupaciones de los gobernantes: eran nómadas y los restos arqueológicos más antiguos (tumbas, basureros) no son significativos.

Existe una pretensión del siglo XX de que los primeros otomanos (que es una occidentalización de *osmanlı*) eran luchadores fervientes por la causa de Alá, lo que no deja de ser una respuesta a la pretensión cristiana más bien triunfalista de que eran nobles salvajes que lo tuvieron que aprender todo de Bizancio, pero las pruebas para ambas interpretaciones son muy escasas. Una inscripción en el techo de una mezquita del siglo XIV puede significar o no que los primeros gobernantes otomanos se veían como guerreros santos. Pero ¿lo eran en realidad? Desde luego eran nómadas o seminómadas, muchos de ellos llamados turcómanos (emigrantes recientes desde Asia central que no se encontraban a gusto en las ciudades) más que turcos; hablaban su propia variante del turco y ninguno de los dialectos importantes. Pero el islam era reciente y poco arraigado; los piadosos se quejaban de sus costumbres; los tres colaboradores principales de Osmán fueron cristianos; su hijo Orhan (reinado 1324-1362) se casó con una princesa bizantina; un siglo más tarde la corte seguía hablando en griego; no existía la poligamia.

Existe una teoría rival que presenta a Osmán como el típico hombre de frontera que libra una guerra al estilo del Salvaje Oeste contra un vecino más rico, en la que hay una parte de verdad. Los otomanos eran guerreros inteligentes, pero debían aprender en algún sitio la manera de construir un Estado. Como dice un excelente historiador griego de este período, Stefanos Vryonis, se puede ganar mucho comparando las formas tardías bizantinas con las de los primeros otomanos: agrimensura, impuestos, leyes e incluso el tipo de contratos que ofrecían tierras a los caballeros a cambio de su fuerza militar. No fue hasta mucho más tarde que se puso de moda la idea del guerrero santo, y los libros de texto la siguen reproduciendo.

En 1326 Orhan capturó la importante ciudad de Bursa, después de un asedio

supuestamente heroico. Pero el acontecimiento no llegó realmente a esos extremos. El gobernador bizantino se rindió, alegando que su Estado se estaba derrumbando, y se convirtió al islam. La mayoría de los habitantes, que soportaban muchos impuestos, estuvieron de acuerdo. Muchos de ellos eran armenios, cuya forma de cristianismo estaba perseguida por los bizantinos ortodoxos, y que desde hacía algún tiempo eran socios entusiastas de los turcos. Su recompensa, al producirse la conquista turca, fue que su cuartel general religioso se trasladó a Constantinopla y durante mucho tiempo fueron conocidos como *millet-i sadıka*, en efecto «la nación leal».

El siglo XIV, que asistió al auge del Estado otomano, como crónica, es casi imposible de desentrañar. La peste negra provocó el caos. Los actores sobre el escenario eran muchos, actuando con alianzas cambiantes: había catalanes en Grecia, húngaros en Bulgaria, venecianos y genoveses luchando entre ellos por el mar Negro, mientras Bizancio sufría una surrealista guerra civil de veinte años en la que un abuelo cegado llamado Juan V sucedió brevemente a Juan VI (como señala Edward Gibbon: «a los griegos de Constantinopla sólo les animaba el espíritu de la religión, y ese espíritu sólo producía animosidad y discordia»). También estaban los turcos otomanos, que tenían un nivel de organización militar que les convertía en aliados valiosos. Orhan navegó entre las facciones y en 1352 los barcos genoveses llevaron a los turcos al otro lado del mar para pisar, por primera vez, Europa —los Balcanes— para ayudar a una de las facciones.

Con ayuda italiana, Orhan conquistó un emirato rival en el noroeste de Anatolia, un episodio que no se menciona en los cronistas musulmanes, sin duda avergonzados porque el guerrero santo hubiera fallado de alguna forma en su misión. También callan en la otra dirección la toma de Ankara de manos de otro de esos emiratos: la mezquita de Aladino lo conmemora y en una inscripción llama a Orhan «sultán», un título grande (y originalmente árabe) que significa «señor de todo»; era la primera vez que los turcos usaban el término. Pero a la muerte de Orhan, en 1362, el empuje esencial se estaba produciendo en los Balcanes, y muy pronto los turcos tomaron la ciudad antigua e importante de Adrianópolis (la moderna Edirne), convirtiéndola en su capital. Su hijo, Murad I (reinado 1362-1389), siguió adelante (en el transcurso de otra guerra civil bizantina) tomando la gran ciudad portuaria de Salónica, y la mayor parte del norte de Grecia se desintegró. Lo mismo ocurrió con Bulgaria. En 1389, Lázaro de Serbia se enfrentó a los turcos en la famosa batalla de Kosovo, y también los serbios fueron derrotados, aunque por venganza, uno de ellos consiguió acercarse a Murad y lo asesinó. Después de eso, los serbios establecieron relaciones muy estrechas con los otomanos.

A Murad lo sucedió su hijo Bayaceto (reinado 1389-1402), un hombre muy capaz conocido como «El Trueno» (cuya esposa era una princesa serbia), que redondeó las nuevas posesiones balcánicas a expensas de Venecia. Pero su contribución principal se produjo en Anatolia. Allí existían otros emiratos, en principio mucho más grandes

que el de Osmán, y Bayaceto los conquistó y después se dirigió hacia el este, básicamente para controlar una ruta comercial importante y lucrativa que se dirigía al puerto de Antalya en el mar Negro, que estaba en poder del poderoso emirato de Karaman. De nuevo hay que destacar que triunfó, como habían hecho sus predecesores, gracias a su base balcánica, porque tanto serbios como bizantinos se unieron a él. Era fácil reclutarlos para que lucharan para los otomanos, aunque en otros momentos hacían llamamientos a Occidente en petición de ayuda contra ellos. El emperador bizantino, Manuel II Paleólogo (reinado 1391-1425), escribió un lamento tras su paso por la zona de Kastamonu en el mar Negro. El nombre era una corrupción turca de «Castra Comneni», la fortaleza de la importante dinastía bizantina, y Manuel señalaba que «los romanos tienen un nombre para la pequeña llanura en la que nos encontramos, donde hay muchas ciudades, pero les falta el esplendor real de una ciudad: la gente. La mayoría yace en ruinas». Desde luego era verdad: los turcos seguían siendo nómadas.

El pueblo llano en su conjunto dio la bienvenida al dominio turco, que era honesto y predecible: sus impuestos eran más bajos, mientras que la administración latina sólo exigía exacciones y servidumbre. Existe, o existió, incluso una teoría de que la cristiandad algo herética de esa zona, y en especial en Bosnia, descendía de la herejía ariana, que negaba que Cristo fuera el Hijo de Dios e insistía en que sólo fue un gran profeta, algo bastante parecido a lo que afirma el Corán. Las fuentes que lo sostienen no son muchas ni definitivas. En los Balcanes se produjeron muchas conversiones y la colaboración fue extensa.

Las potencias cristianas se alarmaron ante el avance turco. Los cruzados habían sido expulsados de sus posesiones continentales en Tierra Santa por la contraofensiva musulmana de 1291, pero seguían controlando el mar, y se refugiaron en islas bien fortificadas, sobre todo Rodas o Chipre (cuyo soberano se seguía llamando «Rey de Jerusalén» y el título acabó pasando a la familia Courteney de Devon donde, curiosamente, fue enterrado uno de los últimos Paleólogos en el siglo xvii). El problema real para los otomanos era Venecia, que dominaba el comercio del Mediterráneo oriental: rica, bien gobernada, sin escrúpulos, poderosa. Se organizó la resistencia contra los turcos, si ésa es la palabra correcta. El desesperado Manuel II Paleólogo hizo una gira por Occidente en busca de apoyos (y lo hizo al pie de la letra, llegando incluso hasta Londres).

Había que conseguir la ayuda de un Estado poderoso: Hungría. Ya resulta curioso porque los húngaros procedían originalmente de Asia central y eran primos de los turcos, de manera que sus lenguas seguían caminos paralelos con muchas palabras en común («cebada», *arpa*; «nadar», *yüzmek* y *uszik*; «silla de montar», *eyer* y *nyereg*; una forma rara es «tienda de campaña»: *çadır* y *csádor*, que se pronuncia «chador») y los bizantinos incluso se referían al rey húngaro (al que entregaron la corona de la cruz torcida)<sup>[4]</sup> como *Tourkias archon*, «príncipe de los turcos». Más tarde, los húngaros jugaron su papel en Turquía, desde İbrahim Müteferrika, que instaló la

primera imprenta en 1729, hasta Licco Amar, que organizó la enseñanza del violín en la república, e incluso lo era el jardinero de Atatürk.

La lista incluye a Arminius Vámbéry en el siglo XIX, que fue el Isaiah Berlin de Estambul. Nacido como Hermann Bamberger en una familia judía que murió durante una epidemia, fue adoptado por una familia de la alta burguesía local y cambió su apellido por Vámbéry, convirtiéndose en un nacionalista húngaro durante la revuelta contra los austríacos en 1848, de manera que se tuvo que exiliar en Constantinopla, donde aprendió la lengua con rapidez y le encargaron misiones confidenciales en Persia y, una vez allí, se dio cuenta de que debía estar muy cerca de la región de procedencia de los húngaros. Atravesó los desiertos para proseguir con sus investigaciones. Esto lo llevó a descubrir una civilización extraordinaria bajo las arenas del desierto de Taklamakán: china, india y helenística. El descubridor terminó pasando los fines de semana en el castillo de Windsor con la reina Victoria y en 1902 se convirtió en Comandante de la Real Orden Victoriana.

Sin embargo, en 1396 Hungría era un baluarte de la cristiandad. Un ejército europeo atacó a Bayaceto en Bulgaria y fue derrotado en circunstancias absurdas en la batalla de Nicópolis. Ahí se encontraba una señal de lo que estaba por venir. Los turcos disponían de un ejército moderno, mientras que los cristianos seguían librando guerras anteriores a la pólvora, en las que la caballería pesada, cubierta de armadura, cargaba orgullosa después de que los jefes en la liza hubieran decidido quién iba a dirigir la carga. Bizancio se salvó por el momento gracias a una invasión desde el este: uno de los grandes temas recurrentes de la historia turca. Los propios turcos habían llegado del este, lo mismo que los mongoles. Ahora apareció el último y el más terrible de estos invasores: Tamerlán.

Él mismo era turco de la rama Çagatay, como Gengis Kan, y en veinticuatro años reconstruyó el vasto imperio de Gengis con orgías de destrucción. Se levantaron pilares de calaveras, incluso en las tierras de la Horda Dorada en Rusia; a la muerte de este monstruo, en 1405, había reunido un ejército enorme para la conquista de China. Antes de eso, había aplastado el floreciente imperio anatolio de Bayaceto. Se libró una gran batalla en Ankara (en los terrenos que ocupa actualmente el aeropuerto) en 1402, en la que Bayaceto fue capturado. Los emires anatólios a los que había desposeído Bayaceto se habían refugiado junto a Tamerlán, y sus hombres, reclutados por los otomanos, desertaron. Tamerlán había escondido elefantes de guerra en los bosques que, en aquella época, distinguían la meseta anatolia (y que ahora brillan por su ausencia) y las fuerzas otomanas se desintegraron. Lo mismo ocurrió con el Estado de Bayaceto, al quedar restaurados los emires. Bizancio se había salvado, e incluso fue capaz de recuperar Salónica porque uno de los hijos de Bayaceto necesitaba la ayuda del emperador contra uno de sus hermanos rivales.

Este período de diez años, el interregno o *fetret*, es muy controvertido, por la misma razón que lo es la fundación del Estado otomano: ¿funcionó porque era islámico o porque era cripto europeo? El hermano Süleyman colaboró con Bizancio,

Venecia y los Caballeros de San Juan, que representaban el último vestigio de las cruzadas: en otras palabras, el mundo del naciente Renacimiento y, si lo prefieren, del nacimiento del capitalismo. ¿Podría haber sido ése el futuro de Turquía? Pero la historia de Turquía es la victoria de Anatolia y de su declive posterior. Fue el otro hermano, al otro lado del mar en Anatolia, quien ganó: Bizancio, como aliado, era ahora un peso muerto. Mehmed I (reinado 1413-1421) reconstruyó el imperio de su padre, y su hijo, Murad II (reinado 1421-1451), afinó la maquinaria otomana como el instrumento de guerra más formidable en Europa.

¿Por qué desarrollaron los otomanos esta formidable máquina de guerra? Una respuesta es, por supuesto, que se trataba precisamente de eso. Era un imperio militar. No tenía una aristocracia: subías si el sultán te promocionaba y podías obtener tierras si prometías proporcionar hombres a caballo, pero eso no significaba que la familia lo heredase. Por el lado no militar, pasaba algo parecido, porque los burócratas con talento podían conseguir rango y fortuna, pero después, tras su muerte (o ejecución, si el sultán estaba de ese humor), lo perdían todo. Al principio existió algo parecido a una oligarquía, con los otomanos a la cabeza, pero fue breve, y una gran familia como los Candarli, que fueron lo suficientemente poderosos para ser grandes visires y tener su propia mezquita —más grande que cualquier otra mezquita otomana— en la antigua capital, Bursa (y parece que establecieron sus propias relaciones comerciales con Bizancio al otro lado del Bósforo), podía considerarse una igual. También había aristócratas bizantinos que se habían convertido y que constituyeron familias de larga duración, como Evrenos Bey, que conquistó Grecia para los otomanos.

Autores contemporáneos se enojaron cuando Mehmed II (reinado 1451-1481) rompió las reglas de la igualdad relativa y trató a sus colegas emires como subalternos, reduciéndolos a la sumisión porque había formado un ejército propio, desde la niñez. De nuevo, si se mira un poco más en profundidad, aparece el elemento cristiano, casi como si los otomanos hubieran levantado un Bizancio que funcionase (y después de todo, las tres cuartas partes de sus súbditos eran cristianos). Un componente esencial de la administración apareció bajo Murad I: los jenízaros. A finales del siglo XIV, cuando los turcos ocuparon la mayor parte de Grecia, llegaron a la brillante idea de reclutar a chicos jóvenes, darles una educación, convertirlos al islam y hacerles aprender turco. Murad II desarrolló el sistema (llamado *devşirme* o «leva»): los muchachos recibían privilegios en el palacio y se les enseñaba todo lo que necesitaban saber. Algunos chicos se graduaban como pajes del sultán y eran ascendidos hasta dirigir el Estado; otros formaron el núcleo del nuevo ejército, con un espíritu de solidaridad que no conocían otros ejércitos. Se les llamaba «soldados nuevos», *Yeni çeri* (que se acabó convirtiendo en jenízaro en castellano), y formaban una tropa formidable, con una fuerza y un valor que los enemigos temían mucho y con frecuencia admiraban. Los jenízaros tenían su propia música y una manera propia de desfilar (dos pasos adelante, uno atrás, con la cabeza girada hacia un lado), y tenían



un *esprit de corps* formidable, con sus propios cuarteles, campos de maniobras o escuelas.

Los sultanes otomanos de la época fueron, por supuesto, buenos líderes, dispuestos a salir en campaña y la corte en Edirne tenía un aire desenfadado porque personas de todas partes entraban y salían, y el sultán hablaba en griego, en turco o en serbio. Y se introdujo otro elemento nuevo: el bombardeo. Las murallas teodosias de Constantinopla no serán capaces de resistirlo.

Hacia mediados del siglo xv Bizancio se había encogido hasta el punto de que consistía exclusivamente en Constantinopla y el área más cercana; no era más que un estorbo. El interés principal radicaba ahora en la posición dominante de Constantinopla en la ruta comercial entre el mar Muerto y el Mediterráneo, en la que Venecia y Génova eran rivales, mientras que los otomanos necesitaban el dinero. El último emperador de verdad, Juan VIII (reinado 1425-1448), pedía constantemente ayuda a Occidente, y viajó a Italia para solicitarla en persona. Nadie le prometió demasiado. El Papa le dijo que haría lo que pudiese, pero sólo si los bizantinos aceptaban que él era el jefe de la Iglesia; tenían que renunciar a la ortodoxia. Los poderosos en Bizancio estaban dispuestos a hacerlo pero el pueblo común no, porque odiaban a los latinos de la misma forma en que en la película de Sergei Eisenstein, *Alexander Nevsky* (1938), los rusos odian a los crueles y rapaces caballeros teutónicos. Tampoco el clero estaba dispuesto, porque veían que Rusia simplemente desertaría y asumiría el liderazgo de la ortodoxia. El sucesor de Juan, Constantino XI (reinado 1449-1453), decidió jugar fuerte. Provocó a los turcos, negándose al pago del tributo anual que se esperaba de él, con la esperanza de que Occidente vendría en su ayuda.

Murad II se había retirado y después muerto, y su hijo menor, Mehmed II, estaba decidido a acabar con la anomalía de Constantinopla. A finales de 1452 y principios de 1453 reunió un gran ejército y una flota. En el lado asiático del Bósforo ya existía un gran castillo, y Mehmed construyó otro en el lado europeo, Rumeli Hisarı, que sigue existiendo en su mayor parte muy bien restaurado, en un punto muy estrecho en el que los cañones podían hundir cualquier embarcación que intentase pasar por delante, de manera que bloqueaba el acceso a la ciudad desde el mar Negro. Las murallas de Constantinopla habían sido en el pasado un obstáculo insuperable para los sitiadores, de los que había habido muchos a lo largo de los siglos. Habían sido reforzadas desde tiempos romanos y en algunos puntos eran triples, muy gruesas y bien diseñadas, en el sentido de que los defensores se podían proteger o podían realizar salidas por sorpresa. Una flota enemiga no podía penetrar en el Cuerno de Oro porque una cadena enorme, con flotadores, cerraba el paso: su otro extremo estaba anclado en Gálata, que, al estar en manos de los genoveses, era neutral. Además estaba la especialidad defensiva: el fuego griego. Sin embargo, en 1453, estas medidas para resistir un ataque habían sido superadas.

La pólvora había llegado de China en el siglo xiv, pero los cañones eran difíciles

de fundir, porque, al verter el hierro, se podía asentar con pequeñas grietas que podían ser fatales al utilizar el cañón y expandirse con el calor de la explosión. Jacobo II de Escocia murió en 1460 cuando explotó uno de sus grandes cañones y otra arma impresionante —el Cañón del Zar (1586), que en la actualidad se expone en el Kremlin— nunca fue utilizado, por poner sólo unos ejemplos. De alguna manera, los turcos consiguieron fundir un monstruo efectivo. Un tal Urban, húngaro como siempre, se acercó a Constantino para ofrecerle sus productos, pero Constantino no tenía dinero; Mehmed II sí lo tenía. Urban creó dos monstruos que, durante un período de tres meses, fueron arrastrados por grupos de sesenta caballos y trescientos hombres desde Edirne hasta un lugar donde las murallas eran más vulnerables: el lecho de un río corría al pie de la misma y la muralla había tenido que adoptar la sinuosidad del cauce, lo que había provocado que la construcción fuera más débil y hubiera puntos ciegos. Era característico de Mehmed II que siguiera muy de cerca la construcción de estos monstruos, comprendiendo las técnicas usadas por Urban para prevenir la aparición de pequeñas fisuras en el metal. Eran capaces de disparar una bala de cañón de gran peso: 450 kg o 1000 libras (en esa época, los franceses sólo conseguían fundir balas de cañón de un peso modesto —113 kg o 250 libras— que sólo rebotaban en las murallas). Sin embargo, éstos sólo eran los dos más grandes: los turcos tenían un centenar de cañones menores.

Las grandes murallas sobrevivieron durante un tiempo, y los defensores se apresuraban a reparar las brechas, pero había un problema más: había muy pocas tropas para resistir a los atacantes y Mehmed II disponía de un ejército muy grande: 200 000 soldados, muchos de ellos cristianos. En las murallas se desplegaban 9000 hombres (algunos de ellos musulmanes, seguidores de un tal Orhan, pretendiente al trono otomano). La propia Constantinopla había reducido su población a 50 000 personas, y grandes zonas de la ciudad estaban abandonadas o en ruinas (los monjes vendían los mármoles históricos de sus monasterios para sobrevivir). Algunos de los edificios antiguos habían caído, y Constantino XI vivía en el Palacio de Blanquerna, un complejo mucho más pequeño que el Gran Palacio, que estaba en malas condiciones y era muy caro arreglar. Los genoveses, que en Gálata disponían de unas defensas muy fuertes, permanecieron neutrales; no estaban demasiado dispuestos a perturbar sus provechosos acuerdos comerciales con los turcos; a cambio, Mehmed II no insistió en que soltasen su extremo de la cadena. En su lugar, utilizando rodillos, trasladó los barcos por tierra desde el Bósforo, de Beşiktaş (que entonces se llamaba Diplokonion), hasta Kasımpaşa, en el Cuerno de Oro. Allí neutralizaron a la flota bizantina, que podría haber provocado algún daño apreciable. Ahora los turcos podían amenazar otro lado de las murallas y, en consecuencia, obligar a los defensores a extender aún más sus líneas. Una brecha en la muralla en el lugar en el que se habían concentrado los cañones completó el cuadro: el 29 de mayo de 1453 cayó la ciudad y Constantino XI murió en la lucha. La caída de Constantinopla fue un logro remarcable para un Estado que casi había llegado al colapso cincuenta años

antes, y provocó ondas de choque por toda Europa.

# CAPÍTULO DOS

## IMPERIO MUNDIAL



## IMPERIO MUNDIAL

**M**ehmed el Conquistador tenía sólo veintiún años cuando entró montado en su semental blanco en la Constantinopla capturada, y mostraba las mismas cualidades que el joven Napoleón: concentración instantánea, excelente juicio sobre sus subordinados y la capacidad de inspirarlos. Era, por supuesto, un gran comandante militar pero, como Napoleón, también era capaz de centrarse hasta el fondo en la construcción de un Estado, incluyendo la redacción de las leyes. Uno de los primeros actos del Conquistador fue derribar la estatua gigantesca del emperador Justiniano que había dominado la plaza delante de Santa Sofía, pero en realidad estaba resuelto a reconquistar el Imperio romano de Oriente que Justiniano había llevado a su máximo esplendor en el siglo VI. El dinero para toda esta estructura procedía en su mayor parte de un impuesto de capitación pagado por los cristianos, que a cambio estaban exentos del servicio militar, y Mehmed II tuvo mucho cuidado en no provocar su animadversión: éste era, después de todo, un imperio mayoritariamente cristiano, y en algunos aspectos era sólo Bizancio devuelto a la vida. En resumen, fue una especie de anticlímax dramático.

La Iglesia ortodoxa colaboró con el nuevo soberano. Al iniciarse el asedio, se celebró un servicio ecuménico solemne con los cristianos latinos en Santa Sofía. Pero los ortodoxos les odiaban y fue famosa la frase de su Gran Logoteta (canciller) de que prefería el turbante del sultán al capelo del cardenal. La gran iglesia había permanecido cerrada mientras duró el asedio para evitar que ortodoxos y católicos llegaran a las manos, y sus puertas no se abrieron hasta el último momento. Mehmed convocó a un destacado disidente ortodoxo, el monje y estudioso Gennadio. Hablaron en griego y se redactó un documento en el que se otorgaba a Gennadio el título de «patriarca», el rango y las insignias de un general otomano, y los derechos de propiedad que lo convertían en el terrateniente más importante del imperio. Se dirigían a él, como era costumbre para los soberanos bizantinos, como *mezas authentas*, «gran príncipe». [En esta época los turcos, de forma no muy diferente a sus primos (muy) remotos los japoneses, tenían grandes dificultades para pronunciar ciertas letras o combinaciones de letras. Una ciudad importante en Capadocia, Prokopios, se transformó en Ürgüp, Sandraka se convirtió en Zonguldak, y Paleokastron en Balikesir. *Authentas*, al pronunciarlo en lengua turca, se convirtió en *efendi*, un tratamiento honorífico en todo el Oriente Próximo hasta nuestros días]. La cooperación entre el nuevo soberano y los cristianos fue tan estrecha que si al sultán le apetecía oír música, chasqueaba los dedos y mandaba buscar el coro ortodoxo. Es cierto que Santa Sofía fue convertida en una mezquita, pero los ortodoxos conservaron prácticamente todas las demás iglesias.

La mayor parte de los bizantinos se quedaron, y prosperaron: los sobrinos de Constantino subieron a lo más alto, siendo uno de ellos virrey de Rumelia, que era

como llamaban los otomanos a sus posesiones en el sur de los Balcanes. Los aristócratas bizantinos que se convirtieron al islam también construyeron mezquitas: así lo hicieron Murat Paşa en Aksaray, en la zona occidental de la ciudad, junto a las murallas, y Rum Mehmet Paşa en Üsküdar, la antigua Escutari, en la orilla asiática del Bósforo. Ambas son claramente bizantinas en sus formas, con ladrillos delgados y planos unidos de forma ingeniosa para soportar los terremotos. A principios del siglo XVI, Cantacuzeno (aunque se hacía llamar Spandugino), de orígenes aristocráticos bizantinos, escribió un libro describiendo las estrechas relaciones de sangre que seguían existiendo entre venecianos destacados y turcos prominentes.

Konstantiniye, como llamaron los otomanos a su nueva capital (en opinión de este autor, el posterior «Estambul» fue sólo una corrupción turca, como Ürgüp), necesitaba una reconstrucción: el Conquistador, totalmente consciente de que estaba sucediendo a Roma, se aplicó a ello. El Gran Bazar actual se erigió en el antiguo centro, junto con una serie de *hans*, lugares diseñados higiénicamente para que los mercaderes pudieran guardar sus animales de carga y almacenar sus bienes con seguridad. Constantinopla dobló la población y hacia 1580 era una ciudad con 750 000 habitantes, mucho más grande que cualquier otra ciudad europea, y pinturas y grabados de europeos occidentales mostrando su disposición y edificios más destacados causaban una gran admiración.

Para murmuración de algunos musulmanes, Mehmed autorizó el regreso de los griegos. También facilitó el asentamiento de judíos y armenios, que no habían estado bien vistos por los bizantinos. En el barrio genovés de Gálata, sobre el Cuerno de Oro, también se permitió la residencia de los extranjeros («francos», el nombre turco de la sífilis es *frengi*) sin que se les molestase y, al florecer el comercio con el regreso de la estabilidad, los venecianos se volvieron especialmente importantes. Los gremios, estrechamente supervisados, controlaban los precios y mantenían unos niveles de calidad muy altos.

Mehmed ignoró los palacios de los emperadores bizantinos y construyó estructuras propias, junto con otro gran castillo, las Siete Torres, al lado de la gran entrada ceremonial a la ciudad, la Puerta Dorada, mientras proseguían los trabajos en un nuevo palacio en los terrenos que ocupa en la actualidad la Universidad de Estambul. Sus formas siguen las líneas bizantinas y Mehmed se aburría de él. También construyó su propia mezquita (la Mezquita de Fatih), con los añadidos habituales de hospitales y escuelas, sobre los terrenos de una iglesia destruida donde habían sido enterrados los primeros emperadores bizantinos. Entonces empezaron los trabajos en el palacio que se iba a convertir en el centro pensante de todo el imperio, lo que en la actualidad se conoce como el Topkapı (que significa «Puerta de los Cañones», por su ubicación sobre las antiguas murallas). Disponía de mejor ubicación que cualquier otro palacio en el mundo, sobre una pequeña península que domina el Cuerno de Oro en la unión del Bósforo y el mar de Mármara, y se construyó a una escala muy humana, con grandes jardines que llegan hasta la orilla

del agua.

Aquí, tras muros gruesos y altos, Mehmed II se convirtió en un misterio, protegido de la mirada pública por una guardia de jenízaros, extranjeros para la población local, que lucían uniformes muy elaborados y disponían de su propia música resonante. Por lo general, sus antecesores habían sido mucho más accesibles. Ahora, estaba tomando forma una enorme corte imperial, que acabaría empleando a 30 000 personas: por ejemplo, sesenta personas estaban encargadas exclusivamente de cocinar los dulces y una docena más estaban destinadas al servicio personal del sultán como guardianes de la ropa de cama o sostenedor del estribo (*rikabdar*). Existía un cuerpo de catadores, encabezados por un catador jefe (*çaşnigirbası*), y había pajes destinados a permanecer junto al sultán mientras dormía, en parte para evitar el peligro de un asesinato nocturno. Los funcionarios implicados dependían de él totalmente, porque no tenían vida fuera de palacio: habían empezado como muchachos cristianos y habían abandonado sus hogares con el *devşirme*. Se les había convertido al islam y enviado a vivir con una familia turca antes de emprender la rigurosa escuela de pajes de la corte; los mejores pasaban al servicio de la corte, y podían ascender hasta lo más alto de la sociedad otomana, como grandes visires o gobernadores provinciales. Más tarde se produjeron muchas denuncias de este sistema, pero sólo afectó a una proporción minúscula de la población balcánica, y en cualquier caso, era menos cruel que su equivalente, por ejemplo, en la Inglaterra de Enrique VI, cuando se estableció Eton como una escuela pública para formar a muchachos en edad escolar para el servicio real. De hecho, a veces las familias musulmanas pagaban a sus vecinos cristianos para que hicieran pasar a sus hijos como si fueran de los cristianos.

En comparación con lo que estaba por venir, Mehmed II era bastante modesto, pero el sistema de imperio mundial se remonta hasta él. Por una extraña coincidencia, incluso llegó a morir en 1481 en prácticamente el mismo lugar que Constantino (un sitio llamado Gebze, a casi cincuenta kilómetros al este de Estambul, en la orilla oriental del mar de Mármara, y allí también se suicidó Aníbal; pero en la actualidad es un paisaje industrial que provoca cierta pena en el viajero). A la muerte de Mehmed, el Papa celebró una ceremonia de acción de gracias de tres días, con repique de campanas y procesiones de cardenales. No fue demasiado oportuno porque las victorias del sultán sólo acababan de empezar: en el transcurso de dos generaciones este imperio se habrá extendido por todas partes, llegando hasta la costa atlántica de Marruecos, las puertas de Viena, el corazón de Persia e incluso hasta la remota Indonesia.

Mehmed II no podía prever todo esto, y a finales del siglo xv él y su hijo tuvieron que enfrentarse a una oposición formidable. En el norte se encontraba Hungría que era bastante capaz de intervenir en el sur de los Balcanes, y en el oeste también se enfrentaban a la oposición poderosa y astuta de Venecia, que seguía gobernando gran parte de Grecia y poseía islas en el Egeo, desde las cuales sus galeras podían asaltar

los barcos mercantes otomanos; y en la costa oriental del Adriático, Dalmacia, existía una serie de ciudades portuarias, construidas sobre el modelo veneciano, que les permitía intervenir en el interior. En la montañosa Albania se libró una guerra larga entre los turcos y el héroe local, Scanderbeg. Estas guerras, aunque mostraban una parafernalia y una justificación religiosas, eran en realidad por los recursos naturales y el comercio.

En la frontera serbio-bosnia existían minas de oro —Srebrenica, la ciudad que vivió la masacre durante la guerra yugoslava de la década de 1990, debe su nombre a la palabra eslava para «plata»— y Mehmed necesitaba el metal para apoyar su moneda, que de otra forma habría quedado reducida a calderilla de cobre: las conquistas se autofinanciaban. Las batallas con Venecia se extendieron hacia el mar Negro, porque ésta era la autopista del comercio ruso de pieles y esclavos: la palabra turca actual para «prostituta» es *orospu*, que es persa medieval y cuya parte central se refiere a los «rus». Las bases genovesas en y alrededor de Crimea eran posesiones valiosas; lo mismo que el puerto de aguas profundas de Trebisonda (la moderna Trabzon), en la costa meridional del mar Negro, que seguía siendo un «imperio» en manos de la dinastía bizantina de los Comneno.

En la orilla noroccidental del mar Negro también existían rutas comerciales y recursos naturales de cierta importancia, en las tierras que históricamente se llamaban «los principados danubianos», y sus gobernantes, algunas veces de acuerdo con los húngaros, provocaban problemas. El más famoso, Vlad el Empalador (1431-1476), el original de «Drácula», era conocido por su crueldad fantástica: el empalamiento, que consistía en introducir en el recto un palo muy afilado y delgado, que después se empujaba con mucho cuidado y muy lentamente hacia arriba, evitando todos los órganos vitales, para salir por el cuello de la víctima. Si el empalador se equivocaba, de manera que la víctima moría con rapidez, también era empalado, y el soberano de Valaquia aplicó este castigo en miles de casos a la vez.

Los turcos ganaron, pero les llevó tiempo, y tanto Mehmed II como su hijo, Bayaceto II (reinado 1481-1512), tuvieron que realizar muchas operaciones de limpieza. Sus ejércitos, arrastrando la artillería por el barro, y en el caso de Trebisonda, subiendo y rodeando (y en algunos casos pasando por debajo) los senderos de alta montaña del Ponto, consumían mucho tiempo. Sin embargo, a la muerte de Mehmed, todas estas zonas estaban ocupadas: Serbia en 1459, Atenas y Morea en 1460 (el rey de España sigue conservando el título de «duque de Atenas»), Bosnia en 1463, Valaquia, el más meridional de «los principados danubianos», en 1476, Albania en 1478, Herzegovina en 1482. En el mar Negro, el mejor general de Mehmed, Gedik Ahmet Paşa, tuvo que librar una difícil acción anfibia, junto con unos aliados tártaros muy complicados, con el fin de conquistar los puestos comerciales italianos en Crimea y el mar de Azov, pero al subir al trono Bayaceto, el mar Negro se había convertido en un lago otomano, más o menos cerrado a los barcos occidentales. Este comercio ayudó a llenar la tesorería, que, dado el peso del



gasto militar, era necesario alimentar.

Se reemprendió la expansión, y a una escala enorme, pero a la muerte de Mehmed II, se produjo un parón, que mostró la debilidad quizá más importante del emergente sistema imperial. Si moría el sultán, ¿quién le sucedería? Los antiguos otomanos habían seguido la costumbre romana de manera que el hijo mayor sucedía al padre, y por lo general los hijos recibían algún tipo de aprendizaje del arte de gobernar. Sin embargo, no existía ningún mecanismo que pudiera prevenir que un hermano menor ambicioso reuniera a los descontentos e intentara competir por la sucesión, y aquí, el interregno que siguió a la muerte de Bayaceto I durante los primeros años del siglo había sido un aviso, porque casi se había desintegrado el Estado. Además, existía otra forma más práctica de sucesión, legitimada por las tradiciones de Asia central: dejar que el miembro masculino más experimentado de la casa reinante tomase el mando, normalmente un hermano y a veces un primo. Así es como había solucionado el asunto Gengis Kan, porque ninguna tribu quería que la gobernase un muchacho sin experiencia, con un regente que podría cultivar su propio jardín con intenciones asesinas. El propio Mehmed había pensado en el asunto y, como pasaba mucho tiempo con gruesos códigos legales, sancionó la práctica del fratricidio: cuando accedas al trono, asesina a tus hermanos. Él lo hizo en un caso y Bayaceto se enfrentaba al mismo problema.

El truco en estas circunstancias era que los hombres que estaban en posesión del secreto ocultaran durante el mayor tiempo posible el hecho de la muerte del antiguo sultán, de manera que el sucesor al que favorecían pudiese realizar el primer movimiento. Bayaceto era su candidato favorito, y tomó las riendas de Constantinopla, pagando a los jenízaros para que se pusieran a su lado. Su hermano Cem, con una base de poder local en Anatolia, y aliados entre variados elementos disidentes, alzó el estandarte de la revuelta, marchó contra Constantinopla y perdió. Bayaceto entró en Anatolia. Cem consiguió escapar y se pasó casi veinte años como un prisionero de oro en el Egipto musulmán o en la Europa cristiana, un foco —y un portaestandarte potencial— para cualquier gobernante preocupado por la expansión del Imperio otomano.

Se trata de una historia triste y bastante reveladora. Cem se refugió con los Caballeros de San Juan en la isla de Rodas, frente a las costas anatólicas. Los Caballeros de San Juan —que siguen existiendo y se dedican a la beneficencia en el campo sanitario— habían sido monjes guerreros durante la época de las grandes cruzadas y, al terminar éstas, habían erigido castillos con muros extraordinariamente gruesos (el que existe en la actual Bodrum, sobre una península, fue levantado a partir de las ruinas de una de las Siete Maravillas del Mundo, el Mausoleo de Halicarnaso). Su centro principal se encontraba en Rodas, que era lo suficientemente grande para sostener una flota de galeras, y estas galeras operaban como piratas, para gran provecho de los Caballeros. En 1480 Mehmed había intentado su expulsión y había fracasado. Se preocuparon en darle gran importancia a Cem en la misma

medida que procuraban que no se fuera muy lejos.

En 1482, Bayaceto estaba suficientemente avergonzado para ofrecer a los Caballeros una gran suma anual para que su hermano tuviera un exilio dorado; las negociaciones (conducidas en griego, siendo uno de los negociadores turcos un noble bizantino) se desarrollaron en un ambiente digno e incluso amistoso, pero no por eso dejaba de ser un chantaje. Cem y su hermano incluso intercambiaron poemas y regalos. Al final, los Caballeros lo trasladaron a Francia (el viaje de Rodas a Niza llevaba cuarenta y dos días, aun con el mar en calma), y después de un lado a otro hasta que lo compró el Papa. Finalmente murió en Nápoles a causa de una enfermedad, y quizá por la desesperación del exiliado; aun así, Bayaceto compró el cuerpo, preservado en un ataúd de plomo, y lo enterró ceremoniosamente en el gran complejo funerario de la dinastía otomana, el Muradiye, en Bursa, la primera capital real. Después asesinó a los descendientes de Cem (uno de ellos siguió con los Caballeros, cuando finalmente cayó Rodas en manos otomanas en 1522. Se convirtió al cristianismo, adquirió un título del Papa, y su principal descendiente reside en Australia).

Con esta arma en la mano, el papa Inocencio VIII, elegido en 1484, quería organizar una nueva cruzada antes de que los otomanos ocupasen más territorios de la Europa cristiana, y desde Roma surgieron los viejos llamamientos para una nueva Liga Santa, en apoyo de Hungría y Venecia. En esta época, el Papa era una potencia militar, porque sus tierras en Italia disponían de minas de alumbre que en aquel tiempo era un mineral extremadamente valioso, una especie de sal que tenía usos medicinales y era muy útil en la producción de un tinte para la lana. El dinero procedente de esta fuente, y por supuesto de las famosas indulgencias mediante las cuales los contribuyentes al tesoro papal conseguían una reducción de su tiempo en el Purgatorio, financiaban una pequeña flota de guerra y pagaban a los mercenarios suizos. Sin embargo, existían varios problemas. El papa Inocencio no era la figura ideal para llamar a la guerra santa, teniendo en cuenta que tenía dos hijos ilegítimos, y estaba implicado en una larga intriga para casar a uno de ellos con la hija de Lorenzo de Medici de Florencia, que estaba de acuerdo a condición de que su hijo de trece años fuera nombrado cardenal.

Sin embargo, la llamada a la guerra santa desunió a la Europa cristiana. Los venecianos, que debían pensar en el comercio del Mediterráneo oriental, animaron a todo el mundo, pero en secreto informaron a Bayaceto de lo que estaba ocurriendo. Nadie confiaba en los húngaros, que perdieron la mayor parte de su riqueza en las apariencias, con una embajada a Francia formada por decenas de personas todas vestidas igual y portando regalos muy elaborados. Los fanáticos españoles estaban entusiasmados, pero estaban muy ocupados en el norte de África. Cada soberano, como en los días de la Guerra Fría, estaba librando su propia versión de la guerra santa, y en el caso de Francia con frecuencia no se estaba luchando en absoluto. El Papa convocó una gran conferencia en Roma en 1490, y, de nuevo como durante la

Guerra Fría, atrajo a todo tipo de pesados, aventureros y fanfarrones: al pobre Cem, a una serie de pretendientes bizantinos, a uno o dos príncipes georgianos falsos, hombres que buscaban dinero para publicar tratados ilegibles, portugueses que hablaban mucho sin decir nada, húngaros explicando sus congojas, ingleses intentando ser comprensivos. Al final se acabó formando una Liga Santa, pero que atacó Venecia en 1508, espoleada por el Papa, que con gran rapidez se cambió de chaqueta, se alió con Venecia y atacó a los demás. La cruzada en potencia se hundió por sí misma.

Lo que salvó a medio plazo la situación para los europeos fue otro de los grandes problemas perennes de los turcos, uno que al final acabó destruyendo su imperio: el este. Si la guerra santa tenía sus problemas en el bando cristiano, en el lado musulmán la situación era aún peor. En 1500, El Cairo seguía siendo la ciudad más grande en el Mediterráneo oriental, y Egipto, bajo el gobierno de los mamelucos, era una gran potencia naval. También era muy rica por el comercio (especias, azúcar, café) que llegaba del océano Índico a través del mar Rojo, y por los peregrinos, que pagaban sumas importantes para su protección, en su ruta hacia La Meca y Medina, que formaba parte de sus obligaciones religiosas. Alguien dijo, al difuminarse las cruzadas, que Palestina sólo se podía controlar desde Egipto, y de hecho los gobernantes de Egipto lo hacían, llegando no sólo a Siria sino también al sudeste de Anatolia. En tiempos de Bayaceto II seguían establecidos en el centro de Anatolia: tuvo que librar guerras difíciles contra ellos, y sus fuerzas no conseguían avanzar, mientras que los mamelucos se interesaban por Cem como pretendiente al trono otomano, y junto con los Caballeros de San Juan jugaban con las dos barajas.

Pero existían más dificultades para los turcos. Al menos las guerras con Egipto no implicaban la propia naturaleza del Estado y la religión. Pero esto sí ocurrió en las relaciones de los otomanos con Persia, que se sublevó una y otra vez. Esto preocupaba al sultán tanto como Europa central, al menos hasta finales del siglo XVIII, cuando la debilidad relativa tanto de otomanos como de persas *vis-à-vis* con Rusia hizo que su rivalidad histórica pareciese pintoresca y arcaica. Persia era desde luego una gran civilización, que en su momento fue capaz de enfrentarse al Imperio romano. Sin embargo, de alguna manera había ido de mal en peor: había caído ante los árabes, adoptado el islam, se había recuperado y había sido conquistada por los Grandes Selyúcidas, primos mayores de los selyúcidas que iban a ocupar Anatolia. Después, ambas regiones fueron aplastadas por los mongoles y más tarde Persia recibió el embate de Tamerlán, con su enorme energía destructiva, alrededor de 1400. Los soberanos anatolios sobrevivieron mucho mejor, al estar más lejos y ser más pobres, y ésta fue una de las razones que facilitó el auge de los otomanos. Es verdad que Tamerlán los había derrotado, pero éste desapareció poco después y los otomanos pudieron reemprender la marcha, en este caso hacia el este y, por supuesto, hacia las tierras de Persia, que en este período incorporaba Azerbaiyán y Bagdad. Durante la época de Mehmed el Conquistador, esto significó una guerra, que al final fue

victoriosa, para ocupar algunas de las tierras que pertenecían a la federación tribal de la Oveja Negra, que tenía su base en el sudeste de Anatolia. Éstos habían absorbido la mayor parte del territorio (al norte y el nordeste) de una federación rival, la Oveja Blanca, y después se habían extendido hacia Persia, que ya se encontraba muy debilitada bajo Tamerlán, en un imperio grande pero superficial, que llegó hasta Afganistán.

Sin embargo, debajo de todo esto estaba surgiendo una Persia nueva. Tras la derrota de la Oveja Blanca, un remanente sobrevivió en las regiones remotas y montañosas al este de la frontera nororiental de la Turquía actual. Aquí, a finales del siglo xv, se encuentran los orígenes de la dinastía safaví, que en su momento, y durante los dos siglos siguientes, se convirtió en una barrera indestructible para la expansión otomana hacia Oriente. Los safavíes surgieron alrededor de 1500 con un reto religioso: su fundador, Sha Ismail, difundió una especie de ideología religiosa antiotomana. Sus fundamentos tienen que ver con el derecho de sucesión al Profeta y tienen muy poca importancia para los que no pertenecen a ella. Se llama chiísmo, derivado de la palabra árabe que significa «seguidor» (de Alí, el sucesor en potencia, enterrado en Irak). Esto se presentó como una forma devocional del islam, diferenciada de la opresión repetitiva de las muchas veces legalista versión sunní, que tenía a la cabeza al sultán otomano y a sus pachás, beys y muftíes. No se trataba sólo de que los otomanos fueran sunníes. También eran occidentales e incluso europeos; los soldados cristianos que se habían convertido estaban ocupando las tierras de los verdaderos musulmanes.

Los safavíes tuvieron un buen inicio en los territorios de Azerbaiyán, pero el chiísmo también se extendió por el este de Anatolia, donde seguían existiendo tribus nómadas que vagabundeaban por las ruinas de los emiratos que había destruido Mehmed II. Más aún: en el centro y el oeste de Anatolia siempre subsistieron elementos descontentos con el poder creciente del Imperio otomano y dispuestos a una revuelta abierta. A mediados del siglo xiv, cuando Orhan I y Murad I extendieron su poder hacia Oriente, trataron con dureza a los gremios de artesanos, las hermandades Ahí, que eran especialmente fuertes en la región de Ankara; durante el interregno se produjo una revuelta a gran escala en Anatolia occidental, aplastada con grandes dificultades por un jeque, cuyos seguidores fueron exiliados hacia el este. En ellos encontró eco el chiísmo.

Sin embargo, el chiísmo no disponía de un corpus fijo y muchos elementos dependían de las tradiciones locales (muchas de las cuales, en Turquía, eran claramente cristianas). En cualquier caso, el movimiento creció durante la última parte del siglo xv, en el este de Anatolia, y sus adeptos fueron conocidos como «cabezas rojas» —*Kızılbaş*— porque lucían grandes turbantes rojos con doce vueltas, indicando el número de califas cuya autoridad aceptaban. Para ellos el mesías (de ahí «mahdi», en turco *mehdi*) era inmanente e inminente. No respetaban demasiado a los otomanos y fueron expulsados de Constantinopla en 1502. Sin embargo, su jefe e

inspirador Sha Ismail se fue fortaleciendo: pretendía ser una especie de mesías y que sus seguidores eran invulnerables; tomó Bagdad en 1508 e informó a Venecia que vería con buenos ojos una alianza. En 1510 atacó Trebisonda, que estaba bajo el gobierno del hijo de Bayaceto, Selim, que recibió instrucciones de su padre para que no ofreciera resistencia: el anciano estaba cansado y desilusionado y sólo deseaba la paz. En 1509 se había producido un gran terremoto en Constantinopla, y Bayaceto trasladó su residencia a la vieja capital, Edirne. Selim, que se había casado con una hija de la dinastía Giray en Crimea, y era un hombre de carácter completamente diferente, se refugió con su propio hijo, Solimán, que gobernaba en Crimea, que también era un hombre muy diferente y se iba a convertir en el sultán más grande de todos.

Después, en 1511, se rebeló una provincia en el sudoeste de Anatolia. En la gran fecha de duelo del calendario chiíta, la Ashura, que conmemora el asesinato de Hussein, que según el punto de vista chiíta era el verdadero sucesor del Profeta, se produjo un levantamiento *Kızılbaş*. Estuvo dirigido por un orador con carisma, que se hacía pasar por el mesías, un tal *şahkulu*, llamado Karabıyıklıoğlu («hijo de Bigotes Negros») Hasán el Califa. No se trataba sólo de una revuelta campesina. Se unieron a ella antiguos soldados que habían perdido las tierras que se les habían concedido para dárselas a cristianos que habían luchado bien por el sultán, y también tribus nómadas que se oponían al poder creciente del Estado, con todas sus obras grandiosas. El hermano de Selim, el gobernador local, se retiró al castillo de Antalya, en la costa meridional, y el ejército de *şahkulu* ocupó todo el territorio, saqueando, quemando mezquitas y capturando a otro gobernador, que fue empalado y asado a fuego lento. Después los rebeldes marcharon hacia el este, proclamando su sumisión a Sha Ismail; y el movimiento no se detuvo hasta la muerte de Hasán en una batalla igualada cerca de Sivas, en la que también murió el comandante otomano. Estaba bastante claro que Bayaceto II había perdido el control, y sus hijos empezaron a luchar por la sucesión. Ahora, como indicio de lo que estaba por llegar, fueron los jenízaros, los grandes regimientos de élite, los que marcaron la diferencia. Eligieron a Selim en 1512 y éste ordenó el exilio de su padre, pero el anciano, quizá acusando el golpe, murió. En ese momento, Selim se ocupó de una buena docena de hermanos y sobrinos que le podían hacer sombra.

Selim adquirió el sobrenombre de «el Severo», aunque «Valiente» (*Yavuz*) es una traducción mucho más ajustada, pero existe un ejemplo paralelo en Rusia, donde «el Terrible» de Iván IV, un casi contemporáneo, es una distorsión similar de *grozny*, que significa «amenazador». Iván IV (que había asesinado a su hijo en un ataque de rabia durante una borrachera) fue el creador de la todopoderosa autocracia zarista en Rusia, recortando los poderes de la antigua nobleza y de la Iglesia, a veces con una crueldad tremenda, y en general utilizando la ayuda de los tártaros. Selim actuó de una forma similar. Fue él quien sacudió el imperio en sus goznes y, en unos pocos años (murió en 1520), lo convirtió en algo más, enorme y, para el mundo cristiano, terrorífico.

Como señaló Macaulay sobre el padre de Federico el Grande, Selim fue un cruce entre Moloch y Puck<sup>[5]</sup>. Solía ejecutar a los visires y uno de ellos le preguntó si le podría avisar con antelación de su ejecución para poner sus asuntos en orden, a lo que Selim contestó que sí, pero le planteó si estaría dispuesto a esperar hasta que le encontrase un sustituto. De nuevo, al igual que el padre de Federico el Grande, tenía una obsesión casi fanática por la necesidad de llenar la tesorería a cualquier coste en medios y exacciones. En 1514 esta figura formidable formó a sus 80 000 hombres y se preparó para ocuparse de Persia.

La sociedad otomana, como se decía de la Prusia del siglo XVIII, «se había incubado en una bala de cañón»; de hecho, esto era verdad casi de forma literal, porque sus éxitos militares se debían en gran parte a su destreza con la artillería. Durante casi un siglo después de la muerte de Mehmed II en 1481, el Imperio otomano pareció casi invulnerable, y después de la caída de Constantinopla se extendió y expandió. Había cada vez más y mejores cañones; la caballería turca también era superior; y además, estos sultanes tenían un ejército permanente, mientras que todos los demás tenían mercenarios o piezas de museo. Los sultanes reclutaban el talento donde lo encontraban, y cuando fueron expulsados los judíos de España a finales del siglo XV, buscaron refugio en el Imperio otomano, en especial en Salónica y Esmirna (la moderna İzmir), los grandes puertos. Los millones de no musulmanes que pagaban un impuesto especial que también les eximía del servicio militar, financiaban gran parte de la estructura. Se trataba de un imperio militar, estrictamente regulado y la maquinaria burocrática giraba para controlar el comercio y la tierra, produciendo tropas con mucha más eficacia que los enemigos del imperio. Todo esto necesitaba una dirección decidida y bajo Selim la obtuvo.

Los *Kızılbaş* quedaron concentrados ahora en Anatolia central y septentrional, donde se les engañó para que se registrasen como tales. Cuarenta mil fueron masacrados y algunos de ellos se dispersaron por las montañas en la región desolada y casi inaccesible de Dersim, donde adoptaron el zaza (una palabra persa que significa «tartamudeo»), una forma de kurdo. Con el tiempo, estos *Kızılbaş* se convirtieron en lo que en la Turquía moderna se conoce como alevís, que es un tema al que volveremos más tarde. Después el ejército marchó, mascando el motín, a través de un terreno difícil y un calor infernal para ocuparse de Sha Ismail. Éste estaba formando el Estado safaví, pero se enfrentaba a dificultades interminables, en especial en el este, donde lo amenazaban los uzbekos, y en cualquier caso, su ejército no era oponente para los jenízaros y la artillería otomana. Cerca del lago Van, en Çaldıran en agosto de 1514, pusieron en fuga a sus arqueros a caballo, y Selim dispuso de una frontera nueva con un pie ya puesto en las tierras del Irak actual.

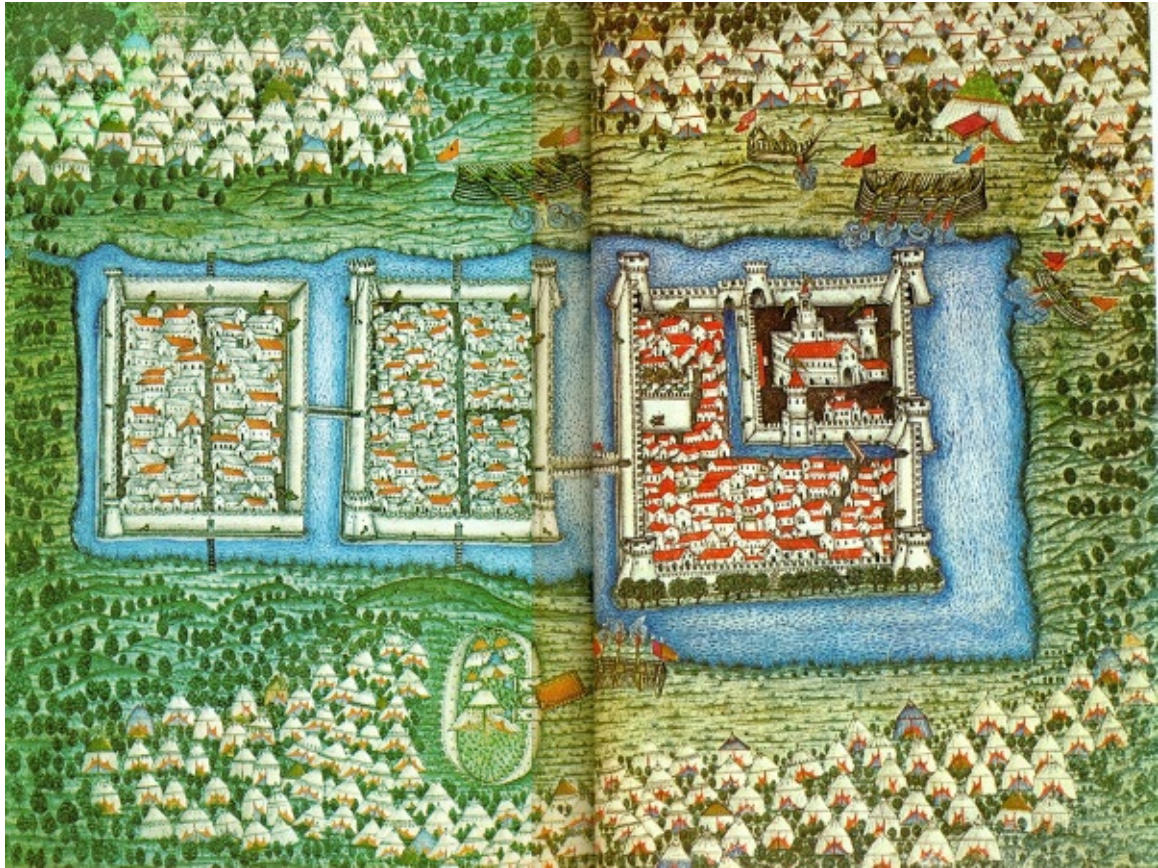
El siguiente paso, aún más decisivo, fue Egipto. Los mamelucos habían provocado problemas sin fin en Constantinopla y con su riqueza fabulosa procedente del comercio eran un objetivo obvio para Selim, que desplazó su artillería y jenízaros para actuar contra ellos. Los mamelucos sólo eran realmente buenos en las cargas de

caballería: Selim tomó Alepo, Damasco y después El Cairo (1517). Esto lo convirtió en amo de todo el mundo árabe, y la autoridad otomana se extendió por él en dirección al norte de África, el «Magreb», un derivado de una palabra árabe que significa «oeste» (*garb*). También alcanzó los Lugares Santos de La Meca y Medina, y llegó finalmente al Yemen, que controlaba la entrada al mar Rojo, e incluso hasta Etiopía, que fue turca durante un siglo.

Los mamelucos habían restablecido el califato en El Cairo, que en su momento había estado en Bagdad, y reclamaban la sucesión del Profeta (que es el significado de la palabra). Selim se llevó el califato, junto con diversos trofeos y símbolos: pelos de la barba del Profeta; su espada (o más probablemente de Alí), *Zülfikar*, una pisada; y otras reliquias que se conservan ahora en un *köşk* especial en el museo de Topkapı. El califato de todo el islam era un gran título, pero durante mucho tiempo no significó gran cosa en la práctica, o nada en absoluto. Pero la adquisición de Egipto, junto con la conquista de Bagdad, alejó el centro de gravedad del imperio de los Balcanes cristianos hacia el mundo árabe, y cambió su carácter. A su muerte, Selim se sentía grandilocuente y había tomado los títulos de *Malik ul-Barreyn*, *wa Khakan ul-Bahrayn*, *wa Kasir ul-Jayshayn*, *wa Khadim ul-Haramayn*, que significan: Rey de los Dos Continentes, Soberano de los Dos Océanos, Conquistador de los Dos Ejércitos (europeo y persa), y Sirviente de las Dos Ciudades Santas (La Meca y Medina). Su hijo iba a añadir «Caminante Señor del Horizonte», «Roca que Cabalga los Continentes» y «Sombra de Dios en la Tierra»; su satélite, el soberano de Crimea, se dirigía al zar en cartas que comenzaban: «La declaración inmortal del kan que te concierne empieza así...». No se puede negar la megalomanía, pero durante un tiempo la realidad no estuvo muy lejos de esto.

# CAPÍTULO TRES

## CÉNIT





## CÉNIT

**E**l hijo de Selim, Solimán I, ocupó el poder con facilidad porque no hubo que librar ninguna guerra fraternal. Iba a reinar durante casi cincuenta años (1520-1566) y su reinado fue el punto culminante del Imperio otomano. Sus especialistas en artillería se encontraban en Indonesia, sus flotas invernanaban en Tolón, sus ejércitos luchaban en Hungría, en el Volga y en el bajo Tigris. Constantinopla era un lugar extraordinariamente rico y, con cerca de 750 000 habitantes, era tres veces más grande que París. Fue un período brillante, tanto en jurisprudencia como en poesía, y lo conmemoran las más grandes de las mezquitas de la ciudad, en especial la Sülemaniye, la propia del sultán. Solimán tenía el don de su bisabuelo de la concentración instantánea en cada uno de una serie de problemas diferentes, como si fuera una especie de ajedrez estratégico tridimensional. Para los turcos es *Kanunî*, el legislador. Para los alemanes fue *der grosse Tuerke*, el Gran Turco, y Tiziano le rindió homenaje con un retrato soberbio, que se encuentra en Viena. Como con Napoleón, se desarrollaron una docena de grandes campañas, con ejércitos de 200 000 hombres y cientos de cañones, dirigidos con una eficiencia y un brío extraordinarios. El embajador de los Habsburgo decía que «de los tres continentes que comparten nuestro hemisferio, cada uno de ellos aporta su parte para nuestra destrucción. Como un rayo, golpea, rompe y destruye todo lo que encuentra en su camino».

El año 1520 es una buena fecha. La Reforma, la imprenta, la extensión del conocimiento, la cartografía y una nueva astronomía estaban en marcha, queramos o no llamarlo en palabras del antiguo ministro de Cultura de Alemania Oriental «la primera revolución burguesa». También fue el momento del inicio de los imperios europeos y en este sentido se produjo el gran choque con Solimán, porque la megalomanía estaba de moda. La dinastía de los Habsburgo también había surgido de unos inicios muy modestos en el siglo XIII, y había ido escalando durante unas pocas generaciones, primero hasta el Sacro Imperio Germánico y después al trono de España. También se dirigía al público, incorporando referencias al cielo, con una lista de títulos, cincuenta y uno en el caso austríaco, incluyendo algunas referencias misteriosas como Pont-à-Mousson y *gefürstete Grafschatz Görz*, pero en el caso español, al menos implícitamente, había mucho más, teniendo en cuenta que Madrid gobernaba América Latina y había recibido ese hemisferio del Papa.

En 1492, la reina Isabel de Castilla y su esposo, el rey Fernando de Aragón, habían conquistado el reino musulmán de Granada, y en ese mismo año habían enviado a Colón en su viaje a América. Después, España llevó al norte de África su guerra contra los musulmanes, y allí se vieron implicados los otomanos, procedentes del otro extremo del Mediterráneo. Se trataba de la cristiandad contra el islam, una batalla entre Carlos V de España y su hijo Felipe II por un lado, y Solimán I y su hijo Selim II, por el otro. Incluso se podría decir que hacia 1600 habían luchado entre

ellos hasta alcanzar una tregua ruinosa, porque ninguno de los dos se llegó a recuperar, aunque el proceso de decadencia iba a durar mucho tiempo. La construcción de flotas de 300 galeras requería grandes cantidades de madera, un proceso que dañó los bosques que, en cualquier caso, se mantenían cada vez peor, a medida que los gastos en guerras y bases redujo la organización del Estado en otras materias.

La comparación entre España y Turquía resulta muy interesante. España había estado durante siete siglos bajo el gobierno del islam y durante la época del califato de Córdoba incluso había llegado a rivalizar con el mucho más grande El Cairo. El Cid, el héroe del siglo XI de una supuesta liberación, tenía en realidad un sobrenombre árabe, una versión de «Said», que significa «señor». En el siglo XVII, Turquía y España quedaron en muchos aspectos por detrás de Occidente, como se demostraba en los encuentros militares. Los dos tenían una relación tangencial y problemática con Europa. Una minoría en España, los catalanes, se adaptaron; lo mismo hicieron griegos y armenios en Turquía. Otras minorías, los vascos y los kurdos, a menudo de forma muy agresiva, no lo hicieron (en la época actual ETA y el PKK han colaborado). En el siglo XIX, el ejército de ambos países se implicó en la política, en el caso de España de forma dramática, y tampoco tendríamos demasiados problemas en comparar el papel de la religión en ambos Estados. Madrid y Ankara son capitales artificiales, sin actividad económica más allá de la burocracia: el equivalente de Estambul es Barcelona. Además, tanto Madrid como Ankara están situadas en una meseta sin bosques, con un clima extremo, y los árboles desaparecieron posiblemente por el cambio climático, hacia 1650, pero con mayor probabilidad porque los contratos de tenencia de la tierra entraron en crisis, de manera que las ovejas y las cabras de los campesinos pudieron dañar la corteza y las raíces.

Como consecuencia de todo esto existe más tarde un paralelismo extraño: el ferrocarril. En el siglo XIX, los españoles intentaron superar su atraso con la construcción del ferrocarril, lo mismo que hicieron los turcos un poco más tarde. Sin embargo, con el suelo y el clima de la península Ibérica, tender las vías era complicado: el hierro se dilataba durante el verano y contraía en invierno, y las vías se doblaban. Los trenes circulaban con lentitud, con accidentes frecuentes, que provocaban pérdidas. Los ferrocarriles españoles estaban tan endeudados que no quedaba dinero para la modernización, y el Estado se tuvo que ocupar de la fabricación de recambios obsoletos. Hasta la década de 1960 se tardaba doce horas de Madrid a Barcelona, separadas por poco más de 600 kilómetros. El caso turco no fue tan descorazonador, pero incluso ahora el viaje nocturno de Ankara a Estambul, con una distancia comparable, tarda más de nueve horas, aunque (tristemente: se trata del único coche-cama de estilo antiguo en Europa) esto está a punto de cambiar. Los españoles no pudieron solucionar su problema hasta que la tecnología de las autopistas les facilitó unas comunicaciones correctas, y el dinero resultante, en cierta

medida, permitió la modernización de los ferrocarriles. En la década de 1980, Turquía emprendió una experiencia similar, y con ciertas aptitudes, ingenieros y material rodante españoles están implicados en la actualidad en la modernización de los ferrocarriles anatólicos. El viaje Ankara-Estambul llevará tres o cuatro horas, como el de Madrid-Barcelona.

Al avanzar el siglo XVI, los imperios español y otomano entraron gradualmente en conflicto. El elemento esencial fue el control otomano sobre Egipto. En primer lugar, los ingresos cubrían las dos terceras partes del presupuesto, porque El Cairo era un punto central, con conexiones tan lejanas como Indonesia y todo el norte de África. También estaba de nuevo el califato. Los mamelucos no sabían muy bien qué hacer con él y se sentían avergonzados de los aliados que traía consigo, pero al menos un sultán otomano designado como sucesor del Profeta podía contar con las puertas abiertas en el norte de África. Eso fue lo que ocurrió. Uno detrás de otro, los jefecillos de la larga franja costera, hasta lugares tan lejanos como Argelia al oeste, aceptaron guarniciones jenizaras, juraron lealtad y a veces incluso hicieron honor a ella. Los soberanos de Marruecos fueron un tema diferente, porque su país era grande y rico con una costa atlántica, y su dinastía miraba por encima del hombro a los turcos; con frecuencia discrepaba en temas de religión para probar la fortaleza del imperio, aunque durante dos décadas Marruecos aceptó la soberanía otomana. De la misma forma que hemos visto antes, a través de Egipto los otomanos controlaron la mayor parte de Arabia, Yemen y Etiopía, al otro lado del mar Rojo.

Incluso aquí se estaba abriendo un problema ibérico, aunque esta vez afectaba más a Portugal que a España. A mediados del siglo XV habían sonado las primeras notas de una obertura considerable, cuando los barcos portugueses empezaron a explorar el Atlántico, las Azores y después bajaron por la costa de África occidental, estableciendo puestos comerciales. La exploración, con corrientes favorables, les llevó hasta el cabo de Buena Esperanza, y después hacia el océano Índico. En 1498 Vasco da Gama llegó a la India, donde se encontró con desconcertados mercaderes árabes, que tenían alguna idea de quién era y qué representaba. Europa necesitaba especias de Oriente y hasta ese momento los árabes y Venecia habían tenido el monopolio, ya fuera por mar a través de Suez o mediante caravanas de camellos por Alepo. Ahora, los portugueses podían rebajar sus precios tomando la ruta marítima directa, y pronto llegaron hasta Indonesia, que era la fuente principal de la mercancía. Una vez en Egipto, los otomanos empezaron a perder y las rutas comerciales a través del mar Rojo y el golfo Pérsico empezaron a sufrir; incluso hubo temores de que los portugueses pudieran afectar a las rutas de peregrinación a La Meca. El virrey portugués en la India, Albuquerque, parecía todopoderoso, con barcos que navegaban mejor y tenían una artillería superior, aunque nunca tuvo bajo su mando a más de 5000 de sus compatriotas. Los portugueses incluso llegaron a invadir Bahrain para bloquear el comercio a través de Basora, que habían ocupado los otomanos. Por esta razón los otomanos ocuparon Yemen y Etiopía, para proteger la entrada al mar Rojo,

y se libraron batallas contra los portugueses en puntos tan lejanos como Zanzíbar (que, como *Zenci bahr*, significa «mar de la gente negra», en turco antiguo). Solimán envió cañones a un gobernante en Indonesia que se quejó porque se sentía amenazado; sus consejeros viajaron hasta la India. En fecha tan temprana como 1513, un cartógrafo otomano, un antiguo pirata llamado Piri Reis, dibujó un mapa del mundo, que incluía América del Sur y que es asombrosamente preciso. Sin embargo, aunque a veces se presentan como la primera fase del imperialismo mundial, estos asuntos fueron marginales, porque las batallas principales se libraron en el Mediterráneo.

Bajo Mehmed II, expediciones turcas habían saqueado Otranto, en el sur de Italia, y una vez se establecieron los turcos en el Magreb, pudieron utilizar a los piratas de lo que se llamaba «la costa de Berbería». Algunos de ellos incluso consiguieron llegar hasta Roma, provocando la huida del Papa. Lo consiguieron en parte porque la «cristiandad» no era sólida. La Reforma había estallado en Alemania y se había extendido a los Países Bajos; las consecuencias fueron largas guerras de religión, y en el sitio de Leiden en 1574, los defensores protestantes proclamaron «*lief turk den paus*», «mejor turco que papista», en una traducción libre. Los franceses lo tuvieron mejor. Aunque católico, Francisco I estaba dispuesto a aceptar una alianza turca si esto debilitaba a su principal enemigo, el Habsburgo que gobernaba en España y en los Países Bajos, Carlos V, que era el gran rival de Solimán. Se permitió que los barcos turcos inviernaran en Tolón, y en consecuencia sufrieron las posiciones cristianas en el Mediterráneo. Los Caballeros de San Juan habían sido expulsados de Rodas tras un largo asedio en 1522. Chipre, en aquella época controlada por Venecia, también fue conquistada en 1571 (ésta fue la batalla de Otelo): una conquista fácil para empezar, porque la población greco-ortodoxa prefería mucho más a los turcos que a los venecianos y a los católicos, que ofrecían feudalismo, servidumbre y un cierto grado de intolerancia religiosa, aunque, cuando se llegó al último gran asedio, en Famagusta, se produjo otro episodio épico de proporciones similares a Rodas.

A mediados del siglo XVI se libraron grandes batallas navales porque los otomanos combatían a los portugueses en Marruecos, a los españoles en Argelia y Tunicia, y a los venecianos por todas partes. Se trataba de una política tremendamente cara, que implicaba barcos que se estaban quedando obsoletos. Las galeras eran maniobrables y las tácticas de batalla implicaban el abordaje y la embestida, que dependían del estado del mar, y el Mediterráneo no sólo era impredecible, sino que difería de un lugar a otro. Los esclavos en galeras —cientos en cada barco— eran vulnerables a las epidemias, y se debían mantener durante el invierno. Las galeras no podían perder de vista la costa y no podían prescindir de bases terrestres para las reparaciones y el abastecimiento. Esto condujo a expediciones anfibia contra Trípoli o Túnez, que estaban a merced de tormentas repentinas, como la que destruyó no sólo a la flota portuguesa sino todo el reino, que fue engullido por España. Toda esta situación llegó a su fin alrededor de 1600 cuando

aparecieron, en especial, los holandeses con sus altos barcos a vela, equipados con artillería, que podían recorrer los mares. Pero a finales del siglo XVI parecía que el islam y la cristiandad iban a luchar para siempre.

Un clímax se alcanzó en 1565. La isla de Malta, donde habían recalado los Caballeros de San Juan, tenía una posición estratégica entre Tunicia y Sicilia, y disponía de un puerto grande y profundo, ideal para el mantenimiento y abastecimiento de los barcos. Solimán envió a su almirante en jefe para que tomase el lugar, y se libró una batalla épica. Estuvo centrada en el fuerte de San Elmo, que domina el puerto principal, que sufrió por tierra un asedio de varios meses y Malta sólo sobrevivió de milagro. Esto provocó que finalmente los españoles hicieran causa común con los Caballeros, y la amenaza de una flota de ayuda, y la falta de suministros decentes de agua potable, empujó a los turcos a retirarse: el primer revés real de Solimán.

Pero por otro lado no hacía más que conseguir victoria tras victoria. Los turcos habían ocupado el sur de los Balcanes; los príncipes rumanos se habían convertido en vasallos, que pagaban tributo. Al norte quedaba Hungría, que había luchado contra los otomanos durante la primera mitad del siglo XV, ganando algunas batallas. Belgrado, conocida por los húngaros como «Nándorfehérvár», era una fortaleza poderosa, protegida por la confluencia del Sava y del Danubio, y su construcción era resistente; e incluso había resistido contra Mehmed II en 1456. Sin embargo, hacia 1520, Hungría estaba en decadencia, al convertirse la corona en electiva y perder poder ante una gran clase nobiliaria, que oprimía a los campesinos, y en 1526 la invadió Solimán. En la batalla de Mohacs en agosto de ese año se repitió la derrota calamitosa de los cruzados en Varna en 1444 cuando una estúpida carga de caballería se precipitó contra los jenízaros y los cañones; muy pronto la mitad de Hungría se encontró en manos turcas, y su centro, el principado de Transilvania, aceptó la soberanía turca.

Esto se convirtió en una ventaja considerable para ambos. Los turcos ganaron como aliados (como el Urban que había diseñado la artillería de asedio en 1453) algunos hombres muy adelantados, porque las escuelas eran muy buenas e incluso en 1600 el nivel de alfabetización era bastante alto. (Por ejemplo, alcanzaba casi el ciento por ciento entre los unitarios, sin duda porque en esa zona remota en la que curiosamente había mucho talento, llevaban establecidos desde antiguo emigrantes alemanes que, tres siglos antes, habían sido escogidos deliberadamente por los reyes húngaros en función de sus habilidades). Por el otro lado, los transilvanos, muchos de los cuales se habían convertido en protestantes, fueron salvados por los turcos de los rigores de la Contrarreforma. En su conjunto, Transilvania se convirtió entonces en un vasallo útil para los otomanos. El centro de Hungría cayó bajo el gobierno otomano, pero en el oeste y el norte, existía una Hungría muy diferente, en aquella parte del país que siguió bajo el gobierno de los Habsburgo, que sucedieron a la antigua dinastía húngara. Solimán estableció su nueva capital en Buda, con un

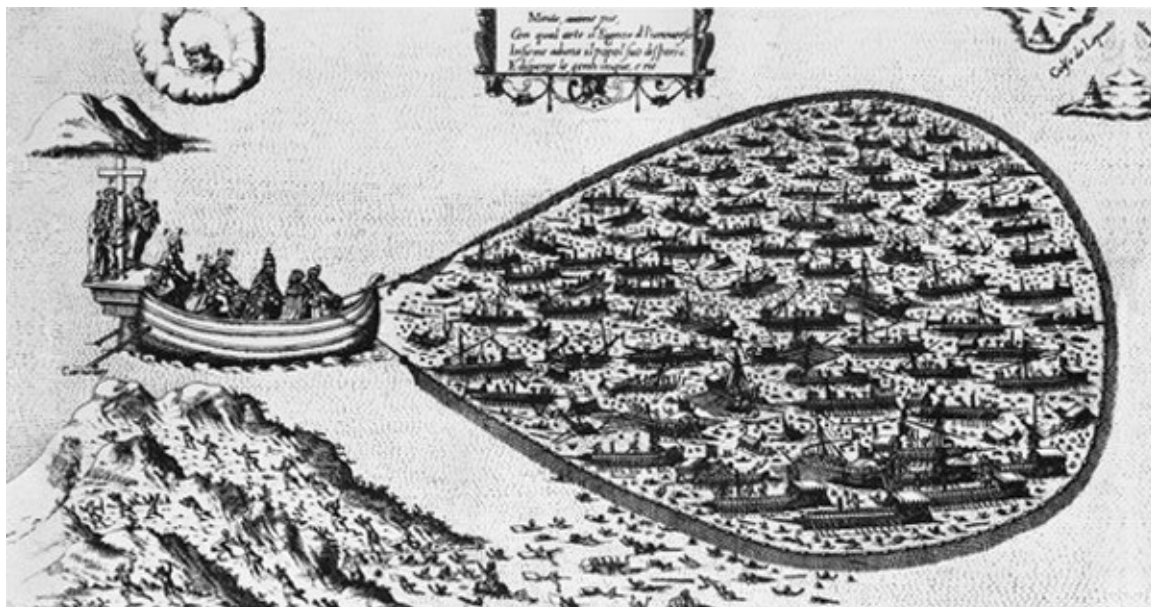
gobernador turco, pero la frontera siguió estando en disputa, y la lucha prosiguió. En 1529 Solimán la cruzó brevemente y asedió Viena, pero se acercaba la estación invernal y el sultán, que seguía siendo un realista, no insistió.

Las largas guerras en las fronteras de los Habsburgo eran un asunto muy difícil porque el mantenimiento de un ejército en Hungría representaba un enorme esfuerzo logístico con un trabajo constante a través de barrizales interminables y largas columnas de camellos llevando los suministros e incluso las balas de cañón. El ejército, detenido, se extendía en una enorme superficie de tiendas y las del sultán y su séquito eran construcciones magníficamente alfombradas (de las cuales aún se puede contemplar una variante menor en Asia central). Dados los problemas interminables, no sólo en otros frentes, sino incluso en un hemisferio diferente, existían límites para la concentración de los otomanos en alguno de ellos, y en Hungría se desarrollaron largos períodos de tregua, porque los Habsburgo también tenían otros frentes. Sin embargo, las complicaciones en Europa central siguieron perpetuándose, y se producían intrigas entre Viena, Transilvania y los soberanos de las tierras rumanas.

Solimán envejeció, cada vez más aferrado a sus ideas y también más religioso. Toleró menos a los cristianos, y tomó cada vez más en serio su papel como guerrero islámico. Durante sus últimos años, Solimán se había convertido en la pieza más grande de un mecanismo de relojería fabuloso que él mismo había diseñado y, después de la muerte de Roxelana (también conocida como Hürrem Sultana), con la que estaba casado, se convirtió en un asceta radical: la corte comía en vajilla de barro, cuando por lo general se servía en la mejor porcelana china, parte de la cual tenía un pequeño baño de plata, que se volvía amarillo en contacto con el arsénico. No se diferencia mucho de la historia de Luis XIV que, a su propia manera, se convirtió en una pieza del mobiliario Luis XIV de Versalles, visitado todas las noches por su amante, Madame de Maintenon, que le hablaba de religión durante dos horas y después le ordenaba que se fuera a la cama con la deprimente y estúpida reina (los dos cocinaron el peor error de la historia de Francia y expulsaron a los protestantes). Las relaciones de Solimán con sus hijos (y en esto tuvo su responsabilidad Roxelana, como madrastra malvada) no eran buenas. Incluso había ordenado ejecutar a uno de ellos por rebelión; esto provocó la muerte por desmoralización de su hermano, Cihangir, que había sido el favorito de Solimán. El resto eran unos inútiles y, como ocurre muy a menudo, el espíritu del padre pasó a una hija, Mihrimah, cuya mezquita en Üsküdar es espléndida (tenía otra junto a la muralla cerca de la Puerta de Edirne en Estambul). Si había algo que supiera hacer el anciano era librar batallas. En 1566 reunió a su enorme ejército y lo trasladó hacia el norte, más allá de Belgrado, penetrando en Hungría, donde empezó un asedio a la fortaleza de Szigetvár. En ese momento, a los setenta y dos años, murió.

# CAPÍTULO CUATRO

## SOMBRAS



## SOMBRAS

La noticia de la muerte de Solimán se mantuvo en secreto durante cuarenta y ocho días. Como siempre, se hizo así para que la sucesión se pudiera entregar sin dificultades al candidato favorecido por los poderes a la sombra. Pero el gran visir, que llevaba mucho tiempo en el cargo, también temía, como resultó ser, que si los jenizaros se enteraban de la existencia de un sultán nuevo, exigirían el «regalo» tradicional, que era una suma considerable. En los cojines se instaló un muñeco disfrazado de sultán, que leía el Corán, rodeado de pajes, que participaron conscientemente en esta charada macabra, mientras que el cuerpo del sultán regresaba en secreto a Constantinopla.

Para entonces, el fabuloso mecanismo de relojería siguió funcionando por sí mismo, y un visir de genio, Sokollu Mehmet Paşa, arregló la sucesión para el destacable Selim II (reinado 1566-1574), que entró en la historia como «Selim el Borracho», pero fueran cuales fuesen sus costumbres, no importaban, porque Solimán había sido muy perspicaz en la elección de sus grandes visires, el griego İbrahim Paşa hasta 1536, cuando fue ejecutado por volverse demasiado influyente, o el bosnio enormemente alto Sokollu Mehmet Paşa, que sirvió a tres sultanes y murió en la cama, aunque corrieron rumores de que la intrigante Safiye Sultana (esposa de Murad III) lo había mandado envenenar, porque esos hombres sabían qué teclas tocar, y entre ellas no estaban incluidas madres imperiales intrigantes como Safiye Sultana.

Fue en este reinado cuando se conquistó Chipre en 1571. El mismo año se produjo el revés de la batalla de Lepanto, cuando los barcos españoles y venecianos, galeras pesadas llamadas galeazas, suficientemente fuertes para llevar cañones de cierto alcance, derrotaron una flota otomana y el acontecimiento fue presentado como un punto de inflexión en el choque de civilizaciones, siendo don Juan de Austria el héroe del momento. Pero la imagen era equívoca: España y Turquía tenían más en común que España e Inglaterra o Turquía y Persia. En cualquier caso, los turcos reconstruyeron sus galeras con rapidez suficiente (al cabo de un año) y siguieron como antes. Hasta 1600 no se puede demostrar un declive real y esta decadencia afectó a ambos bandos.

En ese momento había algo que iba rematadamente mal en el Mediterráneo. Había sido el centro de la civilización. En el transcurso del siglo XVII ese centro había pasado al Atlántico. El caso más interesante que lo demuestra es la revuelta holandesa contra España, una guerra de ochenta años que no terminó hasta 1648 (cuando, exhaustos, los delegados acordaron discutir la paz en Westfalia, pero que aún se seguían detestando tanto que se reunieron en ciudades diferentes, Münster y Osnabrück, comunicándose a través de terceras partes). Fue Holanda la que descubrió los elementos que hicieron funcionar el mundo moderno: la banca nacional, las



tácticas militares organizadas racionalmente, los barcos diseñados con inteligencia, los seguros marítimos, la bolsa, el telescopio, los progresos agrícolas que acabaron con las hambrunas periódicas. Holanda era demasiado pequeña y demasiado fragmentada para resistirse a las invasiones, y lo más esencial fue trasplantado por los holandeses a Inglaterra, donde incluso ocuparon el trono en 1688. La importancia creciente del Atlántico también despertó a la salvaje y remota Escocia porque, por casualidad, Glasgow era el mejor puerto para el tabaco americano, que financió un lugar que no estaba acostumbrado a los ingresos y que los utilizó con bastante acierto.

Los historiadores de Turquía, de Venecia, de España miran por separado al siglo XVII y se preguntan qué fue mal. La decadencia fue universal, pero existen tantos detalles que, durante algún tiempo, incluso se puede debatir si ocurrió de verdad. Pero en 1700, España y su imperio seguían de una pieza porque los herederos potenciales no se ponían de acuerdo sobre su partición. Venecia se estaba convirtiendo en un Canaletto fabuloso. Nápoles también implosionó y Sicilia se estaba convirtiendo en el mundo de *El gatopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa (1958), con analfabetos astutos achicharrándose entre ruinas barrocas. El Imperio otomano seguía teniendo bastante impulso, pero estaba perdiendo batallas y, sobre todo, se estaba empezando a cernir la sombra de Rusia, en cierto sentido el último de los grandes imperios de Asia central.

Existen varias maneras de explicar todo esto. Una de moda en un momento dado fue el imperialismo occidental: la llegada de los portugueses y después de los holandeses con sus barcos a las zonas del comercio de especias. Esto era una variante del leninismo que afirmaba que el capitalismo se estaba convirtiendo en imperialismo y empobreciendo al Tercer Mundo. Sin embargo, 5000 portugueses y ochenta barcos holandeses, realizando un arriesgado viaje de un año de duración, realmente no eran suficientes para derrumbar todo un sistema mundial. Es cierto que los otomanos habían perdido terreno en el comercio de las especias, pero los establecimientos en Alepo y El Cairo florecían, y el comercio de café desde Yemen era mucho más beneficioso. No existe ninguna duda de que en el siglo XIX surgió un sistema imperialista mundial que se gestionó para gran provecho de Occidente. Pero no en el siglo XVII. Por el otro lado, es posible que el cambio climático (y por supuesto la guerra de galeras) condujera a una deforestación tan extensiva que el suelo quedó erosionado: un factor obvio en la meseta de Ankara. Por el otro lado, los regímenes sensibles al tema sabían cómo mantener los bosques: el elemento principal era detener a las cabras. Quizá el cambio climático trajo consigo nuevas cepas de enfermedades pero, de nuevo, los regímenes avanzados tenían alguna idea de cómo se podía controlar la peste, la malaria o la viruela, y en ese aspecto, la práctica de la vacunación fue descubierta en Turquía. El hecho que sigue siendo cierto es que Amsterdam y Londres tenían una idea de cómo se podía aislar y combatir la peste, mientras que seguía devastando a Nápoles y Constantinopla.

La decadencia del Mediterráneo ofrece campo abierto para los críticos de la

religión, ya sea la Contrarreforma católica o el islam, y es cierto que ambos adornaron sus funerales intelectuales con una gran muestra de ascetismo. Los papas no causaban muy buena impresión y existe un paralelismo muy bueno en el islam. Los otomanos, que tenían una flota muy grande, necesitaban estudiar las estrellas, tener una buena cartografía e instalaron telescopios en un observatorio en el distrito de Beşiktaş en Constantinopla (que también servía al sultán, que estaba interesado en la astrología). En 1583 se produjo un terremoto y las autoridades religiosas afirmaron que era el castigo de Dios por investigar Sus secretos, queriendo decir probablemente que estaba enojado con los astrólogos; los telescopios fueron derribados y fue el final del predominio naval otomano. De forma similar algo más tarde, en la primera mitad del siglo XVIII, las presiones religiosas provocaron el cierre de las academias de matemáticas e ingeniería y, en ese mismo sentido, las restricciones a la imprenta. La iniciativa del emprendedor İbrahim Müteferrika se detuvo en seco porque los escribas querían conservar su monopolio —y caligrafía— y presentaron argumentos religiosos en apoyo de su causa (aunque también se puede decir que los libros impresos eran demasiado caros para un público lector muy limitado). No hay duda de que se pueden encontrar excusas y excepciones a todo esto —está claro que existían clérigos inteligentes que no estaban de acuerdo con estas actuaciones—, pero resulta bastante difícil. A finales del siglo XVIII, la Europa cristiana contemplaba a los otomanos con la condescendencia afectuosa del *Entführung aus dem Serail* de Mozart (1782)<sup>[6]</sup>.

Aun así, en los dos reinados que siguieron a la temprana muerte de Selim II en 1574, los de Murad III (reinado 1574-1595) y después de Mehmed III (reinado 1595-1603), la maquinaria funcionó bastante bien. Siguieron adelante las conquistas militares: en la década de 1570 incluso Marruecos, aunque no durante mucho tiempo, formó parte del imperio, y en el este, cuando los safavíes se enfrentaron con problemas en su propio norte y este, conquistaron la mayor parte de Azerbaiyán y Georgia, aunque tampoco por mucho tiempo. Siguieron los planes para excavar un canal entre el Don y el Volga, para permitir que el ejército otomano del mar de Azov tomase Astracán en nombre de sus aliados, los kanes tártaros de Crimea (que en 1571 fueron capaces de llegar a Moscú y quemar la ciudad), aunque el esfuerzo resultó demasiado grande y los tártaros eran traicioneros. Mehmed II ya había capturado la enorme fortaleza rocosa que dominaba el lago Van, y también había tomado Bitlis, teniendo ambas regiones una población mixta de kurdos y armenios, en el transcurso de la campaña en Irak; había presencia otomana en Bagdad, donde un gobernador (que resultaba ser de origen genovés) intentaba mantener la paz entre musulmanes sunníes y chiíes. Pero en las altas montañas de la frontera entre Anatolia e Irak era imposible mantener el control. Al final, las derrotas decisivas para los otomanos iban a ocurrir en esta zona. Después de 1580 se produjo una considerable recuperación persa, y se perdió Bagdad.

Hacia 1580 en el Mediterráneo se había establecido una especie de tregua con

Venecia y España, y los otomanos se tuvieron que retirar de lugares tan lejanos como el océano Índico, pero las fronteras septentrionales resistieron bastante bien. De vez en cuando se producían algunas escaramuzas locales, cuando partidas de saqueadores provocaban problemas, y algún que otro vasallo otomano realizaba acercamientos subrepticios a los Habsburgo en Viena. De 1593 a 1606 incluso se libró «la Guerra Larga», que consistió principalmente en asedios, hasta que ambas partes solucionaron sus diferencias con el Tratado de Zsitvatorok, recibiendo cada parte concesiones en alguna región y dejando la frontera más o menos como antes en el oeste y el norte de Hungría. Sin embargo, en varios aspectos el sistema de Solimán estaba empezando a fallar. El primer problema era que el imperio era demasiado grande. En esta época se estableció una especie de asociación egipcio-otomana y la parte egipcia, cuyo dinero era muy necesario, se vio envuelta en batallas interminables —Etiopía, el Mediterráneo— y el control del Yemen resultó especialmente difícil a causa del terreno y del clima. Entonces reaparecieron los Balcanes, con un intercambio interminable de golpes con los Habsburgo, se hubiera declarado o no la guerra. Después llegó el este, donde no existían unas fronteras naturales, y donde las diferencias entre el islam sunnita y el chiíta provocaron no sólo guerras en Persia, sino revueltas en casa. Solimán sabía cómo lidiar con todo esto, y su reino marcó una síntesis del imperio: Roma para las leyes y la organización, islam para la inspiración, Asia central para lo militar. La interpretación de estos elementos resulta problemática, pero en la actualidad se acepta generalmente que los modelos que funcionaban eran los persas. Sus sucesores no fueron del mismo temple y aunque la síntesis resistió durante un tiempo, bajo los visires de Solimán, al final aparecieron las debilidades.

Las finanzas otomanas habían sido bastante sólidas, basadas parcialmente en la conquista —en especial de Egipto— y en parte en los impuestos. Es evidente que de vez en cuando habían aparecido problemas, y Mehmed II tuvo que reducir el contenido en plata de su moneda principal, pero sus conquistas y el crecimiento que siguió a 1453 cubrieron el desfase. Sin embargo, ahora, al final del siglo XVI, se produjo una misteriosa alza de los precios, que lo distorsionó todo. En la base se pueden encontrar dos causas. La población de la región del Mediterráneo creció casi un 50 por ciento (representando la parte otomana unos 20 millones), por razones que quizá tengan que ver con el cambio climático. La región no producía suficiente grano para alimentarse y debía importarlo del Báltico. Existía otra razón para el aumento de los precios. En América del Sur, los españoles habían descubierto las fabulosas minas de plata de Potosí (aunque existían otras fuentes como, por ejemplo, en el norte de Hungría) y cada año la *flota* traía su carga. Entonces aumentaron los precios e incluso la corona española se declaró en bancarrota en 1575 porque no podía pagar sus deudas. Este proceso afectó a los turcos. Venecia producía una moneda, cuyo valor en plata no se había alterado, y todo el mundo la utilizaba como estándar.

A finales del siglo XVI, las monedas turcas se vieron de nuevo adulteradas, pero en esta época se secaron las nuevas fuentes de ingresos, y el ejército de sirvientes del

Estado, en especial los jenízaros, comprendieron muy bien que los estaban defraudando. Desde la paridad con la moneda veneciana, el *akçe* otomano cayó a la mitad de su valor. En especial, esta situación afectó a los jenízaros, que formaban la brigada de la guardia y que tenían como símbolo del regimiento una enorme marmita para cocinar, queriendo decir que el sultán era quien los mantenía en movimiento. Su cuartel se encontraba en el mercado de la carne en Aksaray, junto a la mezquita de *şehzade*, no lejos del palacio de Topkapı. Los jenízaros protegían el palacio y si se producía un motín estaba claro que los amotinados contaban con una ventaja obvia. Se trasladarían al palacio, ocuparían el segundo patio y demostrarían su rechazo tirando su marmita para cocinar. La única forma de evitarlo, a corto plazo, era que el sultán ofreciese dinero de verdad, y en fecha tan temprana como 1589 se produjo una revuelta de jenízaros que tuvo que sofocar con dinero. Se consiguió, pero a costa de la caballería, que se rebeló después en las provincias (destacó en los levantamientos Celali de principios del siglo XVII).

A medio plazo la solución era reclutar más jenízaros. Los jenízaros originales eran quizá unos 7000, una élite de verdad formada por antiguos muchachos cristianos que eran leales entre ellos y al sultán. Las guerras interminables habían obligado a mayores reclutamientos y como los jenízaros tenían muchos privilegios —en su mayoría, pensiones—, los musulmanes estaban ansiosos por unirse a ellos. Mehmed II lo permitió, y el número de jenízaros creció hasta más de 40 000, con lo que se diluyó el núcleo inicial. Eran responsables no sólo de mantener la paz en la capital, sino incluso de la lucha contra los incendios, unas actividades que permitían extorsionar a los tenderos. La brigada de la guardia se convirtió en una mafia que ofrecía protección.

Un sultán inteligente habría visto la extensión de los problemas, habría presionado una maquinaria que producía papeles interminables (todos ellos en millones de documentos, guardados en los archivos), habría nombrado grandes visires aparentemente capaces de gestionar esta situación, y después se habría enfrentado al problema más grande en su vida: su madre. Los monarcas occidentales engendraban hijos con alguna mujer adecuada con la que, después del nacimiento de uno o dos herederos, se establecían unas relaciones correctas. Durante la etapa de formación del Imperio otomano la regla había sido algo similar: marido y mujer, padre e hijo, padre e hija, seguían manteniendo unas relaciones complejas como era lo normal, pero la maquinaria seguía en funcionamiento. Pero a finales del siglo XVI algo empezó a ir mal.

Una de las palabras turcas que ha entrado en el diccionario mundial es *harem*. Tal como se entiende en la actualidad es un error. El hogar se dividía entre una zona abierta a los visitantes, la «zona de saludo» o *selamlık*, y una zona privada, llamada *harem*, donde las mujeres de la familia podían ser ellas mismas. Incluso las residencias más grandes, incluido el Topkapı, presentaban la misma disposición. *Harem* ha llegado a adquirir el significado de una especie de gran burdel, pero ése no

era su sentido original. Muchachas jóvenes de buen ver eran reclutadas para el servicio en la corte y se las formaba en diversas materias sofisticadas, como la música o el bordado, o como hablar con un hombre. Las chicas ambiciosas querían, por supuesto, maridos del personal de la corte y con frecuencia lo conseguían. Sin embargo, a finales del siglo XVI, se extendió la costumbre de que cualquier chica que complaciese al sultán podía tener un hijo suyo, y si era varón, se la mantenía en una situación privilegiada. Si su hijo se convertía después en sultán, ella —como encarnación de la madrastra malvada— dirigía la ejecución de sus hermanastros, a veces niños pequeños, a los que el jefe de los jardineros (ésta era una de sus funciones) asfixiaba con un cordel de seda. Con la soga no se vertía sangre y según una superstición que se remontaba a la primera época de los turcos, el alma no entraba en el cielo. Murat III y Mehmed III (cuyos diecinueve hermanastros, algunos de ellos bebés, fueron asesinados) no pudieron soportar el proceso y nunca se llegaron a recuperar de verdad. Ahmed I (reinado 1603-1617) acabó con la costumbre y sus hermanastros fueron encerrados en un rincón del *harem* lleno de ratas, llamado la «Jaula».

En cualquier caso, la vencedora era siempre la madre del sultán, conocida como Sultana Valide. Participaba en un juego de estrategias de poder con las figuras principales de la corte, que eran eunucos. Esto era un fenómeno bizantino, debido a una interpretación cristiana muy particular y primitiva, aunque no del todo desencaminada, de que el sexo era obra del Diablo. Aparentemente, la idea se remonta a los coptos en Egipto, con los que Gibbon no es demasiado respetuoso (había monjes que, para demostrar su ascetismo, solían pastar hierba, como las ovejas). El gran eunuco blanco, privado de sus testículos, dirigía la mayor parte del palacio, incluidos los pajes. El gran eunuco negro, privado de todo —sobrevivías a la operación, si lo conseguías, si te sumergías inmediatamente en arena caliente—, dirigía el *harem*. Mujeres con poder y eunucos acabaron controlando el Imperio otomano, un contrapunto cromático a los grandes temas de Solimán. Con Murad III, el *harem* también adquirió las características que conocemos de las caricaturas. Hasta entonces, los sultanes habían contraído matrimonios dinásticos con princesas bizantinas, o mujeres de familias musulmanas similares, como los Giray que gobernaban en Crimea. El *harem* era en realidad una especie de escuela femenina, equivalente a las instituciones que formaban a los pajes, y sólo con Murad III se convirtió al menos en parte en lo que la leyenda dice que fue. Por supuesto no ayudaba en nada a formar el carácter del sultán, si estaba rodeado por una madre posesiva y por mujeres que o estaban irritadas o buscaban atención. La mayoría de los sultanes eran hombres de paja y quedaron oscurecidos por sus grandes visires.

Hasta este momento, la síntesis otomana había funcionado. Solimán había legado una máquina gubernativa de gran eficacia. Existía un verdadero servicio civil imperial: de 1453 a 1623 sólo cinco de los cuarenta y siete grandes visires fueron de origen turco, frente a once albanos y seis griegos (y un armenio). Recibían la

asistencia de visires ordinarios, normalmente cuatro, y presidían una administración que gestionaba con eficacia los ingresos para mantener el ejército en funcionamiento (hacia 1600 los 40 000 jenízaros se llevaban un tercio de los pagos de salarios estatales). El gran visir dirigía el gobierno y podía amasar una fortuna (Rüstem Paşa, el segundo de los grandes visires de Solimán, murió dejando 1700 esclavos, 2900 caballos y 700 000 monedas de oro: como yerno del sultán construyó su propia mezquita en el Cuerno por debajo de la Sülemaniye, y tiene los azulejos İznik —en este caso rojos— más extraordinarios de la ciudad). Cerca de cien secretarios del tesoro controlaban las entradas y salidas, y en las provincias los gobernadores disponían de un servicio civil similar, a una escala más pequeña. Los impuestos iban entrando para sostener un ejército de 200 000 hombres, muchos más de los que podían reclutar los Estados europeos.

Una peculiaridad era el sistema para reclutar a la caballería. Un hombre recibía un conjunto de granjas, llamadas *tımar*, y a cambio debía dedicar una parte del excedente de los campesinos para presentarse con seis caballos para la batalla. De esta forma se presentaban para el servicio 80 000 soldados de caballería en cuanto aparecían los primeros brotes verdes a través de la capa de hielo (y se licenciaban bien entrado el otoño). El *tımar* se concedía por la valía del hombre, pero lo debía devolver en cualquier momento, de manera que no se desarrolló una pequeña nobleza rural hereditaria: de hecho el imperio era un motor para la movilidad social; Rüstem Paşa, por ejemplo, era hijo de un criador de cerdos croata.

La única pieza de la maquinaria que estaba parcialmente fuera del control central era la religión, pero incluso aquí Solimán realizó grandes avances. En teoría, la religión suministraba la ley: la sharía. Un comité de figuras religiosas de prestigio, el *ulema*, formaba una especie de corte suprema, con todo un conjunto de jueces subordinados hasta llegar al nivel de los pueblos pequeños, donde se llamaban *cadíes*, que supervisaban las escuelas y los hospitales al mismo tiempo que administraban justicia. La sharía, un producto del mundo árabe medieval, se adaptaba con dificultades a las circunstancias modernas, y Solimán pasó mucho tiempo redactando códigos legales; también permitió la ley tradicional en las zonas cristianas.

En cualquier caso, en tiempos de Solimán, y durante una generación más, la maquinaria funcionó, con la mejor artillería de Europa, la infantería más valerosa y oleadas de caballería que barrían las llanuras húngaras o la meseta de Anatolia. No sólo eso: internamente había mucha preocupación por el bienestar, una ansiedad por mantener razonablemente bien alimentada a la población de Constantinopla. Los precios estaban muy controlados, y el gran visir en persona visitaba los bazares para detectar cualquier intento de enriquecimiento ilícito. Los gremios, reconocidos oficialmente, fijaban los precios, y esto explica un fenómeno que resulta sorprendente incluso en la actualidad, que en ciertas calles o incluso barrios, las tiendas vendan por lo general los mismos bienes (en Gálata, por ejemplo, lámparas e instrumentos musicales).

Sin embargo, todo fue a peor. Para empezar se produjo la evidente inflación de los precios a finales del siglo XVI, pero sus efectos fueron mucho peores por la devaluación de la moneda: el pescado se pudría a causa del calor, y a principios del siglo XVII la descomposición se extendió. Durante cerca de dos décadas la revuelta Celali hizo que Anatolia fuera ingobernable. Pero esto también fue un indicio de los problemas que estaban por llegar: que la oposición en Turquía era una imagen especular del gobierno y de su incapacidad para proporcionar un progreso serio. Los celalis eran desclasados: soldados de caballería que habían quedado obsoletos, bandidos, disidentes religiosos, campesinos enojados por la pérdida de sus tierras, funcionarios civiles furiosos por la devaluación de sus salarios. Ahmed I consiguió calmarlos y, a pesar de las murmuraciones, erigió la Mezquita Azul para celebrarlo. Se suponía que no se levantaba una mezquita a menos que se hubiera conseguido una victoria realmente provechosa. La Mezquita Azul tiene seis minaretes, un despliegue innecesario, y es sobrecogedora, mientras que Sülemaniye es imponente.

Existían otros problemas importantes que los extranjeros tenían dificultades para comprender. Algo iba mal en el islam de esta época y no sólo en Turquía: se lo puede ver en funcionamiento en la India donde, durante la época dorada de Akbar, alrededor de 1600, los hindúes podían beber vino en la corte, pero bajo Aurangzeb cincuenta años más tarde, prevalecía la intolerancia y estaba a punto de estallar una gran guerra civil dinástica. Una de las instituciones fundamentales del Imperio otomano había sido el *ulema*, encabezado por el Jeque ul-Islam. El tribunal formado por los jueces interpretaba la ley religiosa, la sharía, que había sido entregada por el Profeta pero, como había descubierto Solimán, dicha ley no podía cubrir todas las situaciones contemporáneas y a su lado surgió una ley civil, interpretada por abogados diferentes; y los cristianos o los judíos tenían sus propias costumbres, que por lo general se respetaban.

En la versión sunní del islam existían cuatro escuelas legales diferentes. En la variante hanafí de los otomanos se podía tratar bastante bien a los extranjeros, aunque la versión shafí, menos tolerante y también más estricta con las mujeres, prevalecía en Turquía oriental (aún se puede ver a ancianos severos en el aeropuerto de Diyarbakır en el sudeste de Turquía que llevan mascarillas para no respirar el mismo aire que mujeres y extranjeros). Solimán habría querido que el Jeque ul-Islam fuera una especie de Papa, capaz de decretar cambios en la práctica cuando fuera necesario. Pero esto no ocurrió. La cabeza religiosa de Constantinopla, el muftí, que tenía el mismo rango que el gran visir, realizaba los nombramientos clericales y judiciales; el resultado era una falta de autoridad central, de manera que cuando un Jeque ul-Islam legendario, Suud Efendi, que ocupó el cargo en el período 1545-1574, sugirió que a pesar de todo se debía permitir a los banqueros cobrar intereses, no pudo imponer su opinión. El islam siguió adelante oficialmente repitiéndose a sí mismo, y en las escuelas se puso el énfasis en aprender a fondo el Corán, lo que no era una introducción para el mundo moderno.

Por encima de todo lo demás, el islam se fragmentó. Por debajo siguió la apariencia de una unidad estricta, con reglas que se ocupaban de temas como el uso de la mano izquierda para las cuestiones íntimas, pero las prácticas eran muy diversas, y especialmente en Turquía, donde eran tan importantes las influencias externas y las tradiciones antiguas. Existían hermandades —«sectas» sería un término erróneo porque no existían diferencias teológicas— que reaccionaron contra el mundo severo, legalista y opresivo del islam oficial. La hermandad Bektaşi era poderosa en los Balcanes y entre los jenízaros, y adoptó una actitud tolerante hacia el alcohol. Los Mevlevi, los más humanos, se remontaban al gran Mevlana (Rumi) del siglo XIII, que había predicado la comprensión de las debilidades humanas y había producido la mejor poesía (son los creadores de los derviches giróvagos). Pero había otros, los Kadizadelis, que llegaron a la conclusión de que si el imperio no florecía era porque no se obedecían las reglas del islam, y más tarde los soberanos deseosos de una reconstrucción tuvieron que usar grandes fuerzas para aplastarlos.

Ahmed I fue el último sultán de la época dorada, pero ahora la tendencia era aplicar las reglas islámicas: por otro lado, dadas las revueltas Celali y los nuevos éxitos persas en el este, ¿se podía controlar el país? A principios del siglo XVII, hombres ultrapiadosos ocuparon los cargos dirigentes y el imperio se volvió más islámico. Los libros griegos desaparecieron de las bibliotecas y las nueve décimas partes de los no demasiados libros que se publicaban estaban centrados en la religión: materias repetitivas e infantiles, y vidas de santos, como en el catolicismo contrarreformista. Al igual que en la Contrarreforma católica, los mendigos se arremolinaban alrededor de las instituciones pías, y como al menos éstas se encontraban libres de las ansias recaudatorias del Estado, los ricos pusieron en ellas su dinero, donde no producía nada. En el Nápoles del siglo XVIII, el 5 por ciento de la población estaba formado por monjes y monjas, y el Imperio otomano también corría el riesgo de convertirse en un enorme *mezzogiorno*. Cada vez más los elementos productivos estaban formados por minorías religiosas y extranjeros, protegidos por los consulados bajo las reglas de lo que se conocía como las capitulaciones (del latín *capita*, que significa «parte de un acuerdo»). La ley de la sharía, que se suponía que gobernaba el imperio, no se podía aplicar a personas con costumbres completamente diferentes sobre la propiedad y, por ejemplo, el interés bancario (que teóricamente también estaba prohibido por el catolicismo contrarreformista: los monjes ocuparon las tiendas de empeño y las llamaron «Monte de Piedad»).

A la muerte de Ahmed I, una madre poderosa surgió como la verdadera gobernante. Durante un período muy breve apareció el mentalmente enfermo Mustafá (reinado 1617-1618), antes de que los jenízaros lo devolvieran a la «Jaula». Subió al trono Osmán II (reinado 1618-1622), hijo menor de Ahmed, con la idea romántica de reformar y dirigir sus tropas en la batalla, esta vez contra los polacos por una cuestión relacionada con el mar Negro. Sabía que los jenízaros se habían convertido en el problema, y pensó en transferir la capital a El Cairo. Pero su campaña en el mar



Negro no fue bien, el tesoro estaba vacío y los jenízaros, con la ayuda del *ulema*, volvieron a poner en el trono a Mustafá. Osmán fue humillado y asesinado de forma muy cruel, siendo la primera deposición de un sultán otomano.

Mustafá fue destronado un año después y de nuevo entró en acción su madre para instalar en el trono a Murad IV de once años (reinado 1623-1640), que se empezó a imponer con sólo veinte años (murió a los veintisiete) y era un hombre gigantesco, encantado de encabezar a sus tropas. Si el sultán tenía suficientes ansias de poder y era despiadado podía controlar los problemas internos: lo esencial eran las finanzas, recortando en los innumerables parásitos de palacio y en los sueldos que se embolsaban los jenízaros que no combatían, sino que se centraban en empleos civiles de un tipo u otro; se recaudaron impuestos especiales, y se aplastaron los problemas internos. Murad IV tuvo suerte, en el sentido que los austríacos estaban ocupados con la guerra de los Treinta Años, y pudo concentrarse contra Persia. En 1638 tomó Bagdad: otro giro en la dirección islámica. Esto apareció también en otros aspectos. Existían leyes que exigían a cristianos y a judíos que no se mostrasen: se suponía que los griegos debían llevar zapatos azules, los armenios, rojos, y estas leyes fueron aplicadas durante un tiempo. Además, este sultán prohibió el alcohol, lo que no es una buena idea si tienes que dirigir un imperio. (Ahmed I incluso había ejecutado a un hombre que habían pillado fumando, y Murad IV ejecutó a miles por eso mismo). Murió de enfermedad casi un año después de su regreso de Bagdad, y los problemas resurgieron con rapidez.

El sucesor de Murad, su hermano İbrahim, era perezoso y autoindulgente; se agotó en el *harem* y dejó el gobierno en manos de sus favoritos y de su madre, que se centró en las intrigas de palacio con los eunucos: una caricatura del despotismo oriental. En esta época los grandes visires —que después de todo representaban al sultán en el gobierno— podían amasar fortunas enormes, y la única forma de controlarlos que tenía un hombre débil eran las purgas periódicas e impredecibles, que también acababan con sus clientes. Hubo dieciocho grandes visires en doce años: cuatro de ellos fueron ejecutados, once cesados, dos dimitieron, y sólo uno murió en la cama mientras ocupaba el cargo. En 1648 İbrahim fue depuesto y ejecutado (con el consentimiento de su madre) y le sucedió Mehmed IV de seis años (reinado 1648-1687), que fue también un sultán con una madre poderosa, que hizo estrangular a la madre de İbrahim.

Éste fue un período deprimente porque cada cambio de gobierno significaba una clientela nueva, lo que acabó calando por toda la administración, y las cosas empeoraron porque la frivolidad de İbrahim le hizo atacar Creta, que estaba en manos de Venecia, lo que fue el origen de una guerra muy larga, cara e inútil (que al final sólo sirvió para introducir en Turquía el aceite de oliva). En 1640 había 60 000 funcionarios asalariados al servicio de la administración; en 1648 eran 100 000 y el déficit era enorme e iba acompañado de revueltas de jenízaros. Además, el populacho de Constantinopla estaba irritado porque se le pagaba en moneda de cobre y se

esperaba que pagase sus impuestos en plata, lo que provocó en 1651 una revuelta de los gremios. Este caos provocó que la madre de Mehmed IV diera un paso creativo. En 1656 nombró gran visir a Mehmet Köprülü, un albanés de setenta años, estirado y con experiencia, que aceptó el cargo con la condición de tener las manos libres. Él y su hijo Fazıl Ahmet dominaron el gobierno hasta 1676, momento en que les sucedió otro Köprülü, Kara («Negro») Mustafá de Merzifon.

Ése fue un período de recuperación, desarrollado con gran dureza. Uno de los grandes problemas era que las granjas —*timar*— que se suponía que debían proporcionar la caballería, se habían concedido a no soldados, y se les impuso un préstamo forzoso además de impuestos. Se purgó la caballería, con muchas ejecuciones, y las tropas leales aplastaron las diversas rebeliones, entre ellas una en Egipto. Se equilibró el presupuesto; por fin se conquistó Creta (1669) y en la frontera septentrional se estabilizó la situación: durante un tiempo el Imperio otomano tuvo el control, al menos nominalmente, de la mayor parte de Ucrania. Fazıl Ahmet fue tan eficaz como su padre y ordenó menos ejecuciones; el presupuesto se equilibró. El problema real de la recuperación Köprülü es que no se impuso el gobierno de la ley. En el siglo XVII en Europa, y en especial en Inglaterra, prevaleció cada vez más el imperio de la ley. Pero en el Imperio otomano, la propiedad no era segura, los impuestos eran arbitrarios y parecía que no existía ninguna alternativa entre la tiranía y el caos. En estos momentos se está desarrollando un debate sobre si en esta época el Imperio otomano ya estaba en decadencia. Sin embargo, la respuesta a esta cuestión está en el comentario de George Orwell de que la guerra es una máquina irrefutable para probar tu fuerza, y sólo la potencia de los músculos te permite ganar el bote. Al menos los dos primeros Köprülü fueron tiranos eficaces, y dejaron algunos monumentos, quizá los últimos verdaderamente importantes: su biblioteca, no demasiado lejos del Gran Bazar en Estambul, es un tesoro. Pero por delante se vislumbraban más problemas.

# CAPÍTULO CINCO

## EQUILIBRIO CAMBIANTE



## EQUILIBRIO CAMBIANTE

La época de los Köprülü presenció una extensión extraordinaria del poder otomano en el centro y el este de Europa, como consecuencia de su situación económica. El imperio no había arreglado sus problemas financieros, excepto con medidas a corto plazo que iban a tener efectos nocivos a largo plazo: confiscaciones, impuestos agrarios. El truco estaba de nuevo en confiar en los beneficios de las conquistas, y si controlabas los cuellos de botella del comercio, podías hacer dinero. El mar Negro seguía siendo un lago otomano, en el que no podían penetrar los barcos rusos ni los de Europa occidental. La orilla septentrional y Crimea estaban bajo el gobierno de un Estado tártaro que funcionaba bastante bien bajo la familia Giray, que se consideraban muy grandes y cuya caballería se podía mover con gran rapidez por las estepas de Ucrania, como hacían los turcos en otros tiempos. Pero había complicaciones. Polonia, el Estado histórico de la región, se estaba empezando a descomponer, de forma similar a lo que había ocurrido en Hungría, y había forajidos románticos, los cosacos (la palabra es de origen tártaro), que escapaban al control del gobierno y realizaban formidables expediciones de saqueo a caballo en todas direcciones: a veces derrotaban a los polacos y a veces llegaban a acuerdos con ellos, al igual que con los turcos y los rusos. Ucrania era un país sin ley y dividido, y los satélites otomanos en Moldavia y Transilvania en la frontera septentrional estaban intranquilos. Todo este contexto se complicó aún más porque Suecia, en el norte, era un país bien organizado, rapaz y gobernado por un lunático, Carlos XII, y la confusión aumentó porque la Francia de Luis XIV estaba luchando por la hegemonía en Europa en contra del Imperio austríaco, en alianza con ingleses y holandeses. El sentido común más elemental debería haberle dicho a los turcos que tuvieran mucho cuidado y les debería haber advertido contra cualquier avance si los suecos permanecían tranquilos y los europeos occidentales estaban en paz entre ellos.

Un ejemplo del mundo de ensueño en el que vivía fue que estas consideraciones no contaban para nada. En esta época, los gobernantes en Constantinopla no hicieron los deberes. Nadie hablaba ninguna lengua extranjera y los hombres que las conocían, por lo general cristianos, eran despreciados y se desconfiaba de ellos. Las fuerzas turcas lo hicieron bien contra los polacos, se aliaron con parte de los cosacos e incluso asediaron la gran ciudad en el sudeste de Polonia, Lviv. Fantasearon con que los protestantes húngaros conseguirían el apoyo francés (los turcos no comprendían que en ese mismo instante Luis XIV estaba expulsando a sus propios protestantes, los hugonotes). En cualquier caso, había llegado el momento para una demostración de fuerza. Kara Mustafá, que había asumido el cargo tras Fazıl Ahmet, tenía sueños de grandeza y decidió asediar Viena. En 1664 el ejército austríaco ya había demostrado una organización superior en la batalla de Szentgotthard, a la que siguió un tratado (Vasvár) que permitió a los austríacos concentrarse contra Francia en Italia y

Alemania. Ahora, en 1683, los turcos denunciaron el tratado en un ejercicio de megalomanía. El Jeque ul-Islam advirtió que el verdadero problema era Rusia, pero no se le tuvo en cuenta: el imperio iba a jugarse los triunfos, desde lo más alto.

Se emprendió un esfuerzo logístico extraordinario cuando se pusieron en marcha los 200 000 hombres, más o menos a la misma velocidad que los cañones, atravesando los ríos con puentes de pontones y arrastrándose por el barro, de manera que la media eran poco más de seis kilómetros al día, seguidos por toda la recua de suministros, mientras que el coche de plata del gran visir avanzaba por el lodo. Les llevó tres meses desde Edirne vía Belgrado y Buda, donde apareció la caballería tártara y las tropas auxiliares de las tierras rumanas. Después, este ejército fabuloso, con tiendas enormes, tesoros y todo lo demás, se reunió delante de Viena en julio de 1683. Se inició el bombardeo. Sin embargo, las balas de cañón iban a lomos de camellos y el problema era que los camellos no podían transportar balas demasiado pesadas. Las murallas de Viena se habían reforzado y las balas eran demasiado pequeñas. Rebotaban. El emperador austríaco Leopoldo había abandonado prudentemente la ciudad, pero fue capaz de conseguir aliados, y no sólo aliados sino a casi todos los Estados cristianos con intereses en la zona, incluyendo a Rusia. Kara Mustafá había elegido extraordinariamente mal el momento, una época en que las guerras habituales de Francia contra Austria habían quedado en suspenso; consiguió que polacos y rusos se uniesen contra él; los venecianos seguían conservando algo de fuerza y se unieron a ellos; los húngaros disidentes por sí mismos eran impotentes. En septiembre de 1683, llegaron la caballería polaca y los príncipes alemanes para ayudar a Viena, atacando al ejército sitiador desde la retaguardia. Se produjo un colapso otomano: el ejército, dejando atrás sus tiendas y su tesoro, huyó de regreso a Hungría, donde poco después caería Buda. La derrota de Viena le costó la vida a Kara Mustafá: fue estrangulado en Belgrado con un cordón de seda.

A continuación se produjo un enorme contraataque cristiano; Belgrado cayó en 1688 y muy pronto se unieron a él los persas. El Imperio otomano sufrió por su extensión excesiva y casi se produjo una derrota aplastante con el regreso de los venecianos a Grecia (la destrucción del Partenón se debe a un bombardeo veneciano contra Atenas) y de los austríacos a Bulgaria; los rusos avanzaron en el mar Negro, aunque los derrotó la logística. En 1687, al proseguir las calamidades, estalló un motín y Mehmed IV fue depuesto y sustituido por uno de sus hermanos, Suleimán II (reinado 1687-1691), que salió tambaleándose y sorprendido del rincón más oscuro de Topkapı, esperando que lo ejecutarían, pero se le informó que iba a ocupar el poder, porque el registrador de los Descendientes del Profeta y el funcionario jefe de los Portadores de la Copa Imperial habían hecho su trabajo, y las tropas que se habían rebelado volvieron a jurar su lealtad cuando a su jefe se le concedió la recaudación de un impuesto agrario y se le dio la gobernación de Rumelia. La única esperanza real radicaba en que los austríacos tuvieran que volverse hacia Occidente, y éste fue un factor a largo plazo que iba a salvar una y otra vez al imperio.

En 1699 se firmó el Tratado de Karlowitz, por el cual los turcos se retiraban de Hungría. Probablemente se habrían visto obligados a entregar mucho más, pero en 1701 los Habsburgo quedaron absorbidos en el último gran conflicto con Luis XIV: la guerra de Sucesión española. La batalla de Zenta, en la frontera serbo-húngara, en 1697, había demostrado lo atrasadas que estaban las tropas otomanas, un atraso reforzado por los sueños de grandeza: el Estandarte del Profeta recorría las filas con lo que sólo se animaba a ataques suicidas. La fórmula otomana estaba fallando y aun así, durante algún tiempo, no había otra. Éste era un imperio que se tenía que expandir, aunque sólo fuera para mantener ocupados a los jenizaros, que en caso contrario provocarían problemas. En los viejos tiempos valía la pena pagar a los jenizaros para la conquista de algún lugar que proporcionaría ingresos. Ahora estaban a la defensiva una y otra vez. Si dejaban tranquilo al imperio o sólo se tenía que enfrentar a un adversario, podría sobrevivir bastante bien con la vieja fórmula. Pero en cualquier otro caso, no. Su única esperanza firme radicaba en la rivalidad entre ellos de los agresores en potencia y, con la guerra de Sucesión española que duró hasta 1713-1714, estaban muy entretenidos y esto permitió a los turcos recuperar algunos de los territorios perdidos. Pero al terminar la guerra, el ejército austríaco, bajo el mando del príncipe Eugenio de Saboya, regresó a los Balcanes, derrotando al ejército otomano en Peterwardein en 1716, aunque los venecianos, que se habían unido a la expedición, no lo tuvieron tan bien. Perdieron parte de Grecia, pero el Tratado de Passarowitz en 1718 entregó Belgrado a los austríacos y la población musulmana salió en masa de Hungría. Las derrotas quedaron algo paliadas veinte años más tarde, principalmente porque los austríacos se metieron en una guerra con la floreciente Prusia; y durante períodos sorprendentemente largos hubo paz: una época (hasta 1730) conocida como «el tiempo de los tulipanes».

Los tulipanes proceden de Asia central y su nombre deriva de la palabra persa que significa «turbante»; Turquía los exportaba y en la década de 1630 se había extendido en Holanda una manía por los tulipanes con especulaciones absurdas sobre el precio futuro de los diversos bulbos. Ahora la locura por los tulipanes había asaltado Turquía, fomentada por Ahmed III (reinado 1703-1730), y esta flor da nombre a un período espectacular, aunque corto. Ahmed III era un hombre de paz y por una vez había tenido una niñez relativamente libre, fuera de la «Jaula» de Topkapı. Tuvo la suerte de que apareciese una fuente nueva de ingresos en el Danubio con la venta de derechos aduaneros y gastó de manera espectacular. Éste fue el momento en que la moda occidental y en especial la francesa empezó a penetrar en el Imperio otomano, y Ahmed se divirtió mucho con las importaciones o con reproducciones: tenía su propio *köşk* en el palacio, en el que los paneles estaban cubiertos con diversas pinturas florales. Su embajador en Francia regresó con descripciones brillantes de los parques y los palacios a disposición del rey de Francia, y Ahmed ocupó una zona en Kağıthane conocida como «las aguas dulces de Europa», donde desembocan dos ríos en el Cuerno de Oro, y construyó un palacio, Sadabad, con jardines elaborados y

decorado en especial con tulipanes: se celebraron ceremonias fabulosas que se completaban con tortugas que llevaban velas fijadas en el caparazón para iluminar las flores. Durante la mayor parte de este período, hubo paz, y «el tiempo de los tulipanes» es recordado con afecto en las miniaturas de Levni, el pintor de la corte (sus imágenes en el *Surname-i Vhebi* de 1720 muestran el festival de la circuncisión de los hijos del sultán, completado con los «muchachos danzantes», que era una característica de la corte otomana).

Pero también fue el último momento del imperio tal como lo establecieron los grandes sultanes. Los otomanos siguieron por el sendero marcado y de vez en cuando tuvieron grandes visires eficientes —en especial İbrahim Paşa de Nevşehir (en Capadocia) bajo Ahmed III—, que sabían que en Europa (y en Rusia) se estaba desarrollando algo formidable. En la primera mitad del siglo XVIII, los embajadores otomanos se establecieron por primera vez en el extranjero, en especial en París, y algunos de ellos realizaron verdaderos esfuerzos por comprender (otros eran perezosos y despreciaron todo lo que veían como antiguallas de infieles). Creció el comercio exterior y con él la presencia de mercaderes, especialmente en Esmirna y Salónica; Occidente quedó fascinado con la moda y los diseños turcos, y las relaciones a nivel personal fueron muy buenas en muchos casos.

Lady Mary Wortley Montagu (hija de un conde y con amplias conexiones, en especial con Alexander Pope) aportó una de las contribuciones inglesas clásicas al tema y en sus cartas a casa describe cómo en 1716 cruzó la frontera del Imperio otomano de camino a Constantinopla, donde su marido había sido nombrado embajador británico. En Belgrado conoció al gobernador, un hombre encantador de una energía prodigiosa, que bebía y explicaba historias divertidas; pero estaban rodeados de bandidos y necesitó todo un destacamento de jenízaros para garantizar su seguridad durante el viaje; y los jenízaros maltrataban a la población, sin que a ella le pareciera nada especialmente reprensible. En Constantinopla, esta mujer maravillosa observó todo tipo de detalles y aprendió la lengua: tenía como amigas a muchas turcas que le explicaron una o dos cosas, como que una vez estaban fuera de la casa, cubiertas por el velo, nadie conocía su identidad, de manera que podían tener citas con hombres, sin que nadie les preguntase nada.

Aun así, sigue siendo cierto que el siglo XVIII otomano es el más difícil de comprender porque, una y otra vez, te tienes que fiar de los relatos occidentales, algunas veces de una calidad literaria seductora, pero siempre basados en observaciones desde el exterior. Cuando llegas al interior, la cuestión se vuelve más difícil, porque ésta fue una época religiosa y la clase dirigente otomana se definía a sí misma en términos religiosos, con un vocabulario arcano. Los sultanes se iban sucediendo, sin que ninguno de ellos fuera demasiado interesante, y en el caso de Osmán III (reinado 1754-1757) fue piadoso y aburrido. En un nivel todo era espléndido y todo el mundo se daba cuenta de las celebraciones extraordinarias, que a veces duraban dos semanas, como las que marcaban, por ejemplo, la circuncisión de

los hijos pequeños del sultán. Pero había problemas profundos y a veces salían a la superficie. Ahmed III fue derrocado en 1730 por una revuelta de los jenízaros, dirigida por un albano de nombre Patrona Halil, que sólo se pudo silenciar con la ejecución de İbrahim Paşa y de otros colaboradores cercanos del sultán; en este acontecimiento, el sucesor de Ahmed, Mahmud I (reinado 1730-1754), jugó un papel importante y traicionero, al invitar a Patrona Halil y a sus amigos a un banquete, supuestamente en honor de su nombramiento para un alto cargo, para matarlos a todos. Éste fue el final del «tiempo de los tulipanes».

El *ulema* siguió interpretando la sharía, proporcionando las normas precisas para todas aquellas contingencias que no había previsto el Dios árabe del siglo VII, pero todo el montaje estaba viviendo un tiempo prestado. Por debajo de todo esto, se podía sentir un cambio de mentalidad. En la primera mitad del siglo XVIII, parece ser que gran parte de la población se tomaba sus deberes religiosos con bastante ligereza y quién sabe lo que se decía y hacía tras las puertas cerradas. Incluso la arquitectura de las mezquitas —siendo el mejor ejemplo la Nuru Osmaniye, en el Gran Bazar, iniciada por Mahmud I en 1748—, muestra influencias rococó. Su sucesor, Osmán III, intentó restaurar los imperativos religiosos —prohibición del alcohol, los no musulmanes debían llevar ropas distintivas y otras medidas similares— pero fue ampliamente ignorado y no duró mucho. Su sucesor, Mustafá III, tampoco tuvo gran interés (reinado 1757-1774), excepto por el hecho que fue el primero en pedir un préstamo. El islam estaba en contra de los préstamos, pero en 1768, a medida que aumentaba el poder de Rusia, no había alternativa.

La realidad era que el sistema imperial se estaba empezando a desintegrar. Todos los jenízaros se dedicaban a otra cosa: si tenían suerte regentaban una tienda, si no, se dedicaban a la extorsión. Constantinopla sufría regularmente grandes incendios que destruían los edificios de madera apilados y, una paradoja extraordinaria, este régimen teóricamente todopoderoso no fue capaz de organizar un urbanismo al estilo, por ejemplo, de Viena, con calles anchas y espacios abiertos, dominados por un palacio nobiliario o una iglesia monumental. El fracaso en el desarrollo de grandes espacios públicos como en las capitales occidentales se debió a la sharía. En todos los países existe una lucha entre el derecho de propiedad y los derechos de los usuarios de los espacios públicos, y bajo la sharía los usuarios tienen la prioridad. Si cerraban una calle y construían sobre ella, ése era su derecho, mientras que en Occidente, siguiendo la tradición romana, las autoridades públicas podían organizar la confiscación de espacios, o como en Inglaterra, la gran aristocracia podía hacer lo mismo utilizando los recovecos de la ley de propiedad inglesa. Pero esto no era así en Constantinopla, o en cualquier otra ciudad musulmana, y en estas conejeras, controladas sólo por los incendios, también se extendían las enfermedades. Constantinopla era muy insalubre. Los embajadores escapaban todos los veranos hacia el mar Negro, donde tenían casas de verano, en general en Tarabya, la versión turca del griego «Therapeia» o «pueblo terapéutico». Con frecuencia los sultanes



también se escapaban, en este caso a Edirne, donde había buena caza.

En los Balcanes otomanos la desintegración fue muy seria. En los viejos tiempos los campesinos habían recibido un trato bastante bueno por parte de los funcionarios imperiales: les protegían de los posibles barones malos, sus señores. Los funcionarios corruptos o incompetentes podían ser ejecutados y sus bienes confiscados. Sin embargo, este sistema se había basado en una especie de feudalismo, el *tımar*, que no implicaba la propiedad hereditaria que se asocia con el capitalismo agrícola. Y el propietario podía perder las tierras si no cumplía con su parte del trato. En el siglo XVIII, al extenderse el comercio a lo largo de las rutas comerciales hacia Salónica, algunos de los propietarios empezaron a desarrollar sus tierras, sobornaron a los funcionarios locales y convirtieron las tierras en verdaderas plantaciones, *çiftlik*. Esto significaba un paso atrás para los campesinos, pero el tema se complicaba de nuevo porque, por un juego del destino, los grandes propietarios eran musulmanes y los campesinos, *reaya* o «rebaño», eran generalmente cristianos. También es importante señalar que las tierras de la Iglesia ortodoxa, que estaban muy mal cuidadas, eran muy extensas; de manera que el resultado fue un campesinado que tenía cada vez menos tierras, y con frecuencia eran terrenos rocosos y pobres.

La consecuencia fue la extensión del bandidaje por todos los Balcanes y en especial en las regiones montañosas. En Grecia estos hombres se conocieron como *klephts* y con frecuencia se les celebraba en relatos y canciones como si fueran Robin Hood. ¿Qué podían hacer los terratenientes? Reclutaron a otros matones como policías, que fueron llamados *armatoles*. Un historiador francés brillante, Gilles Veinstein, describe acertadamente este proceso como un movimiento «de bandolero heroico a gendarme ladrón». Los Balcanes se estaban volviendo ingobernables, y de vez en cuando se producían represalias salvajes: podías viajar por una carretera sorprendentemente difícil y embarrada, y te podías cruzar con unos postes muy altos en la punta de los cuales se retorcían hombres empalados y agonizando. Hacia 1770 las mentes más brillantes de los Balcanes se preguntaban ya qué movimientos podrían llegar desde Occidente.

Sin embargo, una inteligencia similar no era lo más destacado de la corte de Mustafá III. Nadie conocía nada en profundidad, y a veces ni superficialmente, de una gran potencia emergente como la Rusia de Catalina la Grande. Existían relaciones antiguas con Polonia, que estaban sobrevaloradas, y con Suecia. Venecia había dejado de contar, y Austria se había vuelto hacia Alemania; Francia era amistosa. En un ataque de falsas ilusiones, Mustafá III se dejó implicar en una guerra contra Rusia, básicamente por el mar Negro. Los rusos habían estado probando el norte del Cáucaso, donde en teoría seguía vigente la soberanía otomana, y se interesaban abiertamente por Crimea, un Estado vasallo de los otomanos. Los gobernantes de Moldavia, que limitaban con Ucrania, habían estado intrigando con Moscú. Mustafá III les iba a demostrar quién era el dueño del mar Negro, y le declaró la guerra a Catalina en 1768. De repente, la brillante fachada del Imperio otomano del

siglo XVIII estaba a punto de derrumbarse.

# CAPÍTULO SEIS

## A LA DEFENSIVA



## A LA DEFENSIVA

Un dicho turco afirma que un desastre vale más que mil consejos. La guerra de seis años contra Rusia iniciada en 1768 fue ese desastre y terminó con el Tratado de Küçük Kaynarca en 1774. En él el elemento esencial no fue tanto la pérdida de territorios como de prestigio y dinero; el mito del imperio implosionó. El mar Negro había sido más o menos un lago otomano desde 1453, y se cobraban tasas de los mercaderes que movían sus bienes por el Danubio desde Europa central o por el Dniester y el Dnieper desde Rusia. Crimea, con una población muy mezclada, era el corazón del Estado tártaro, bajo la dinastía Giray que, a pesar de la pretensión de ser los herederos legítimos de Gengis Kan, habían aceptado la soberanía otomana; hubo otros tártaros que abrazaron el bando ruso, en especial los Nogay en el norte del Cáucaso (que posteriormente fueron utilizados para controlar las masas revolucionarias rusas y sus largos látigos, los *nagayka*, recuerdan su existencia en la iconografía revolucionaria). El norte del Cáucaso era, en teoría, turco, donde los circasianos de su región occidental eran, en teoría, musulmanes y desde luego duras tribus montañosas. En el Cáucaso, los turcos y sus aliados lucharon con dureza, pero en los Balcanes y en el delta del Danubio los resultados fueron descorazonadores.

Pero fue especialmente en el mar donde el imperio vivió su momento más desastroso. En el Mediterráneo apareció una flota rusa, que incorporaba algunos oficiales navales británicos, ejemplo característico de cómo usaban los rusos a sus extranjeros. Esto se inició, por supuesto, con la propia emperatriz, que descendía de una subdivisión de los Anhalt, un principado alemán de unas dimensiones poco mayores que un buen campo de golf, y que había subido al trono en 1762 tras conseguir que su amante destrozase la cabeza de su marido con la pata de una silla. El individuo, Pedro III, que había accedido al trono seis meses antes, después de la muerte de su tía, la emperatriz Isabel, había aparecido bebido en la misa de réquiem y había ordenado la sustitución de un Te Deum. Pero ahora esos bárbaros del norte pusieron punto y final al monopolio otomano del mar Negro. Su flota navegó con gran sorpresa hacia la Grecia otomana, donde desembarcaron los oficiales e intentaron animar una rebelión ortodoxa, y después se dirigieron hacia el puerto de Esmirna, y en 1770 destrozaron una flota otomana en Çeşme, cerca de Quíos, con una combinación de potencia de fuego y una técnica de navegación superior. Resultaba característico de la situación de la inteligencia otomana que nadie pudo descubrir cómo habían podido llegar hasta allí los rusos: ¿es que no existía cierto río llamado Rin que atravesaba Europa?

En este punto, podemos iniciar las referencias a la principal oficina del gobierno en Constantinopla, la *Bab-ı Ali*, la Sublime Puerta, como el centro de la toma de decisiones, y en una abreviación francesa que se universalizó, se convirtió en «la Puerta». Al terminar la guerra en 1774, la Puerta tuvo que aceptar la pérdida del

monopolio del mar Negro. Rusia se convirtió en la potencia dominante en el norte del Cáucaso y estaba camino de ocupar Georgia. Crimea vislumbró la independencia, y uno de los Giray, şahin, un joven muy guapo, se convirtió en amante de Catalina. Otro Giray, convertido al protestantismo escocés, se enamoró de Miss Patterson de Edimburgo, y se fugó con ella cuando su padre (un abogado) afirmó que no iba a permitir que su hija se casase con un oriental por muy príncipe que fuera; ella seguía en su palacio en Crimea cuando desembarcó el ejército británico cincuenta años más tarde, y tuvo una descendiente que, al casarse con un Von Gersdorff, celebró la última boda social en la Alemania nazi. Los tártaros de Crimea y Nogay se enzarzaron entonces en una guerra entre ellos y en 1783 Rusia se anexionó Crimea sin demasiadas contemplaciones. Lo único que pudo hacer el sultán fue decir que se debía reorganizar como protector de los musulmanes, en lo que estuvo de acuerdo Catalina la Grande, a condición de que ella también se convirtiera en protectora, de alguna forma vaga, de los cristianos en el Imperio otomano, un asunto que se convirtió en una mecha a largo plazo.

Con barcos rusos (algunos de ellos griegos con bandera de conveniencia) navegando por el Bósforo, con tártaros y circasianos llegando como refugiados a Anatolia, con la pérdida, por primera vez, de territorios que habían sido musulmanes, se produjo una crisis en el Estado. Por supuesto, las personas inteligentes llevaban años diciendo que las cosas tenían que cambiar, pero no habían conseguido nada, porque el sistema, a su manera, funcionaba y existían muy pocas presiones desde dentro para que cambiase. Incluso la Iglesia ortodoxa estaba bastante satisfecha y desde luego no quería que nadie de fuera empezara a husmear en sus asuntos (en esa época, unos visitantes alemanes del Monte Atos descubrieron que utilizaban manuscritos bizantinos para mantener abiertas las puertas o para alimentar las estufas). Miles de jenízaros cobraban inútilmente su sueldo del Estado y con frecuencia vendían sus derechos a especuladores armenios. En realidad, el sultán sólo gobernaba lo que se conocía como «Hüdavendigâr», la región originaria de los otomanos alrededor de Bursa, aunque ahora incluía desde luego a Constantinopla (esta zona sigue representando alrededor de las dos terceras partes del PIB turco).

En los demás sitios gobernaban los jefes locales, sin demasiada relación con el sultán. El norte de África hacía mucho tiempo que se había ido, excepto por una dependencia ficticia, aunque los descendientes de los jenízaros y sus esposas locales siguen siendo poderosos y el nombre Köloğlu sigue dando ventajas en los asuntos turcos contemporáneos. Los egipcios casi no estaban bajo control, y los árabes de Siria o Irak tenían su propio sistema de impuestos agrarios administrados por los potentados, pagando una pequeña parte al Estado y explotando a la población local. El peor de estos casos tuvo lugar en las tierras rumanas, en Valaquia y en Moldavia. Allí, con cierta ayuda, habían desaparecido las dinastías locales. Los tronos y los derechos de recaudación de impuestos eran subastados cada año entre los griegos ricos del barrio de Fener en Constantinopla, que vivían en casas lujosas alrededor del

Patriarcado ortodoxo. Uno detrás de otro, los Soutzous, los Ghika (de origen albanés), los Mavrocordato, llegaban a la capital de Valaquia, que en aquel entonces se encontraba en Cariova, con sus familiares y guardaespaldas albanos, cargados con grandes cajas vacías. A continuación se publicaba una proclama que declaraba el reino abierto, y a esto iban asociados los impuestos, después de lo cual el campesinado desaparecía, dejando sus pertenencias a los recaudadores; después llegaría otro griego, quizá llamado príncipe Ghika XIV y hacía lo mismo. Con el paso del tiempo, las conciencias se sintieron golpeadas y en la cuarta generación estos Ghika y Soutzous se convirtieron en nacionalistas liberales, destacando los (exagerados) orígenes latinos de la lengua rumana y refiriéndose a ellos mismos como primos de los franceses.

Visto todo esto, ¿por dónde empezar? Lo que sorprendió a los poderes en la sombra tras el Tratado de Küçük Kaynarca fue el éxito extraordinario de los ejércitos rusos. Por eso el primer paso fue una reforma militar y para esto el gran obstáculo eran los jenízaros. No se les podía abolir y no quedaba demasiado dinero para comprarlos. El sultán Abd-ul-Hamid I (reinado 1774-1789) había sucedido al desacreditado Mustafá III y se pudo empezar a ver un cerebro en funcionamiento. Había que conseguir un ejército nuevo y era necesario aprender de Occidente. Los franceses eran los extranjeros más útiles y se sabía que tenían una buena artillería. Con anterioridad se habían contratado expertos occidentales, pero no habían conseguido nada, porque el conservadurismo religioso, o quizá el simple resentimiento ante estos sabelotodo extranjeros, les había cerrado el paso. Incluso cuando se convertían, como hizo el mejor de ellos (Humbaracı Ahmet Paşa), eran despreciados como simples oportunistas.

Ahora llegó un experto en artillería, otro húngaro, el barón de Tott (probablemente eslovaco, porque en húngaro *Tót* es un insulto, equivalente a «negrata»), aunque llegó como francés. Creó un cuerpo de artilleros, los entrenó bien y después se ocupó de los problemas secundarios. En la artillería no se trataba sólo de cargar cañones: necesitabas unas buenas matemáticas, y el *ulema* había cerrado la academia de matemáticas cincuenta años antes, con el argumento de que se adentraba en secretos que era mejor dejar al Diablo. O eso dice la historia, aunque lo podemos dudar, porque los turcos, como los rusos, tenían una tradición matemática excelente, y han realizado con mucho éxito el salto a la civilización informática. En cualquier caso, el barón de Tott, según los cuatro volúmenes de sus memorias, muy amenos aunque posiblemente muy embellecidos, al final sólo pudo mostrar su cuerpo de artillería y a los jenízaros no les gustó.

En 1787, con la esperanza de recuperar Crimea, los otomanos declararon de nuevo la guerra contra Rusia, después de un error de cálculo absurdo al considerar que los suecos, que también estaban atacando a Rusia, tendrían suficiente empuje. Pero como resultó al final, los rusos no se pudieron concentrar contra los turcos, en parte a causa de los ataques suecos, pero principalmente porque se distrajeron por

asuntos polacos y con la Revolución francesa. Incluso se produjeron algunas victorias turcas en el Cáucaso, pero no significaron nada porque los austríacos se unieron a sus aliados rusos y recuperaron Belgrado aunque, preocupados por Francia, la devolvieron. Esta guerra sin sentido se distinguió por uno de esos episodios que ponen de manifiesto los problemas del desarrollo. El barón de Tott no lo había hecho mal, pero faltaban los recursos para tener una artillería de verdad. En ese caso, ¿te decides por un cañón grande y espectacular o por muchos cañones pequeños? Los otomanos se decidieron por el cañón grande, y lo dispararon desde la fortaleza de Ochakov, en la desembocadura del Dnieper. El obús se elevó en el aire, estallando en un número incontable de fragmentos, que destruyeron el cañón. Ochakov cayó. Este episodio provocó un debate acalorado en Constantinopla: ¿la lección a aprender era que los extranjeros eran traicioneros, o que se necesitaban más extranjeros con un programa más profundo?

Abd-ul-Hamid I murió en 1789 y fue sucedido por un sobrino emprendedor, Selim III (reinado 1789-1807). Con él se inicia la occidentalización consciente de Turquía. Se tuvo que enfrentar con el principio de lo que se iba a conocer como la cuestión oriental. Es sencilla y sigue con nosotros: ¿qué ocurrirá cuando desaparezca Turquía? Todo estaba implicado en la pregunta: estrategia, economía, religión. ¿Sería posible que la Rusia ortodoxa rehiciera un Imperio bizantino con base en Constantinopla? Por esto, sus alianzas cambiaron entre Inglaterra y Francia, con ninguna de las cuales pudo conseguir una partición. En 1798 la cuestión se puso por primera vez encima de la mesa: Napoleón desembarcó en Egipto.

La extraordinaria historia de Alemania (obra de Thomas Nipperdey) se inicia con la frase «En el principio fue Napoleón», porque fue él quien sacudió los cimientos del Sacro Imperio y lanzó a Alemania en su curso moderno, como una especie de guerra de los Treinta Años trasplantada. En cierto sentido, Napoleón tuvo el mismo efecto en España: la guerra de Independencia, desde la perspectiva española (pero no británica), fue el inicio de una larga guerra civil, que aún no se ha resuelto del todo. En el Imperio turco, como se le conocía entonces, también estalló en esta época una especie de guerra civil entre modernizadores y conservadores que, en cierta forma, sigue presente en la actualidad. La revolución de 1789 había dado a Francia una energía enorme, y en 1797 había realizado conquistas que iban mucho más allá de las del antiguo régimen: se habían formado Estados satélites en Alemania, Italia, incluyendo el antiguo imperio veneciano, que fue ocupado, así como en los Países Bajos, Bélgica y Holanda. El nuevo régimen revolucionario, con Napoleón, su general más destacado, a la cabeza, recogió una idea de sus débiles predecesores. Francia había perdido la India y América ante los británicos. ¿Por qué no apostar por un premio mucho más grande, el Levante o Cercano Oriente? Además —al menos para los soñadores que daban vuelta al globo terráqueo en París— la ocupación de esa región permitiría a Francia amenazar a los británicos en la India, ya fuera cruzando un aliado potencial como Persia, o incluso excavando un canal desde Suez

hasta el mar Rojo, adecuado para buques de guerra.

En julio de 1798, Napoleón, que entonces tenía veintiocho años, con una especie de estilo faraónico, consiguió trasladar un ejército ante las narices de la marina de guerra británica y desembarcó en Egipto. Puso en desbandada a la aristocracia mameluca, que cargaba montada en caballos y haciendo remolinos con los sables, y los más brillantes entre ellos se dieron cuenta de que había algo más, una liberación de la tiranía adormecida de los turcos. El primer año no fue del todo mal, aunque los franceses quedaron atrapados, porque los británicos, bajo el mando de Nelson que también tenía su estilo, encontraron finalmente a la flota francesa y la hicieron añicos. Napoleón marchó después hacia territorio turco, sufriendo lo más parecido a una derrota y puso en entredicho su reputación ordenando el asesinato de prisioneros. En 1799, reconociendo que había perdido el juego, regresó en secreto a Francia, y pronto se apoderó del poder. Pero había planteado la cuestión oriental, y también lanzó a Egipto hacia un curso interesante: la occidentalización. Allí, utilizando a nativos egipcios y a los oficiales franceses que se habían quedado, surgió una figura creativa: Mehmet Alí.

Era de origen albanés (y toda su vida habló el turco otomano). Creó un ejército y una marina bastante eficaces; contrató a expertos extranjeros para desarrollar las industrias; invadió Arabia y controló a la secta fanática de los wahhabíes, que se había levantado en la zona. Selim III no podía hacer gran cosa contra él, así que lo reconoció como virrey, de hecho, soberano del nuevo Egipto. Incluso se puede argumentar que en este período la creatividad procedía de Egipto, como sugiere el historiador turco şerif Mardin, mientras que el peso muerto era Bagdad. Selim, mientras tanto, se enfrentó a los ataques de los británicos en 1807 (fueron rechazados porque el embajador francés animó las defensas de la capital) y también se encontró en guerra con Rusia. Fue algo parecido a una no guerra, porque las tropas de Selim, los jenízaros, estaban tan ocupados dirigiendo su negocio de protección que no aparecieron en el frente: sólo llegaron media docena de un regimiento completo. Pero en 1812 Napoleón atacó Rusia y se firmó la paz con Turquía, que consiguió un tramo valioso de territorio a lo largo de la costa del mar Negro, al norte de la parte superior del delta del Danubio, llamado Besarabia meridional (en turco, *Bucal*, que significa «rincón»). Era importante por los puertos a través de los cuales entraban en el mar Negro las mercancías procedentes de Europa central, y los austríacos, aunque le daban prioridad al gran puerto de Trieste, también estaban interesados en una ruta danubiana. A Turquía la estaban arrastrando al mundo del capitalismo occidental y ¿cómo debía responder? India y China se enfrentaron al mismo problema y ambas se colapsaron.

Selim III había formado un ejército nuevo, casi en secreto en cuarteles en el lado asiático del Bósforo, y allí entrenaba a los soldados imitando los métodos de Mehmet Alí. Sin embargo, sus problemas eran mucho mayores que los del gobernante de Egipto. En el siglo XVIII los jefes locales, ya fuera en los Balcanes o en Anatolia,



habían adquirido los derechos para recaudar impuestos vendidos por el sultán, y a partir de entonces estos señores de la guerra ignoraban a la autoridad central. Con sus ejércitos privados gobernaban sus feudos, siendo el más grande el de Alí Paşa de Tepedelen, en la región montañosa del sur de Albania y el noroeste de Grecia, el Epiro. Lord Byron lo visitó, fascinado por el despliegue de poder exótico: los grandes cojines, las alfombras, las pipas de agua, las chicas, los muchachos (lo que provocó más tarde algunas murmuraciones entre los oficiales británicos, que creían que los turcos tomaban a los muchachos porque estaban aburridos de la poligamia); y la hija ficticia de Alí Paşa es la heroína de *El conde de Montecristo* de Dumas padre, «la bella Haydée». En el sudeste de los Balcanes existía otro gran feudo similar, el territorio conocido como Rumelia, no muy lejos de la capital.

Selim III intentó utilizar los regimientos locales de jenízaros para controlar a estos jefes, y después intentó lo contrario, y todos los esfuerzos quedaron en nada. En 1807 fue depuesto y ocupó su lugar un Mustafá de escasa personalidad; el Ejército Nuevo fue disuelto; entonces un gran visir inteligente, usando el apoyo del *ulema* y de otros que detestaban a los matones jenízaros, organizó el derrocamiento de Mustafá; después de eso los jenízaros asesinaron a Selim, cuyo puesto fue ocupado por su muy joven hermanastro Mahmud II (reinado 1808-1839), que iba a jugar una partida muy larga: en cierta forma, lo que podría haber sido el imperio tardío.

Los jenízaros, que merodeaban por Constantinopla y por otras ciudades, incluso en Siria, tenían otras cosas en que pensar, y Mahmud, bien aconsejado, fue muy cuidadoso. El Ejército Nuevo fue reconstituido de una forma poco provocativa. Se convocó una conferencia general con los potentados locales y se llegó a un acuerdo sobre cómo seguir adelante (la mayoría de ellos, temiendo que los asesinasen en un banquete, no aparecieron, y el acuerdo no se pudo cerrar con todos los honores, pero sirvió para darles una idea de la debilidad del sultán). Los asuntos se fueron encadenando y llegaron oficiales extranjeros para ayudar en el entrenamiento del Ejército Nuevo. Éste fue realmente el inicio de la nueva Turquía.

Ejércitos y modernización son un buen tema. En el mundo atlántico, que es donde se ubicaba ahora el progreso, los ejércitos eran una herramienta y no una inspiración. Fuera del mundo atlántico, donde el progreso estaba a merced de instituciones clericales oscurantistas y potentados locales retrógrados, los ejércitos ofrecían el mejor medio para la modernización; en Rusia o Austria (o incluso en la Francia de Luis XV) si querías tener escuelas modernas, utilizabas el ejército. La mejor academia de Viena era la Teresiana de los cadetes y lo mismo ocurría con las «instituciones Junker» en Rusia, o las academias militares en Berlín, donde se educaron muchos de los escritores, como León Tolstoi y Heinrich von Kleist. El prusiano Helmuth von Moltke, artífice de la victoria contra Francia en 1870, también fue el autor de un clásico de la literatura, sus cartas desde Turquía, donde, en la década de 1830, fue uno de los consejeros militares extranjeros. Otro ejemplo de este mismo fenómeno se puede encontrar en los Países Bajos, tras la victoria de los

ejércitos revolucionarios franceses en la batalla de Fleurus en 1794. Ocuparon la gran Universidad de Lovaina donde, en medio de nubes de tiza, los estudiantes discutían solemnemente en latín si Adán y Eva hablaban entre ellos con familiaridad o formalmente. Los franceses guardaron sus caballos en el recinto, exiliaron al rector en la Guyana y convirtieron el lugar en una academia de medicina e ingeniería. De manera muy parecida, la Turquía moderna la acabaría formando el ejército.

Pero antes de que pudiera empezar el progreso, debía ocurrir un desastre, y éste llegó sin hacerse esperar. Egipto era a todos los efectos independiente. En cuanto acabaron las guerras napoleónicas en 1815, los problemas estallaron en los Balcanes. Anteriormente, en 1804, se había producido una revuelta en Serbia, donde «Jorge el Negro» se había podido establecer durante algún tiempo como príncipe, y después de una década de guerra, surgió una pequeña Serbia, bajo otro príncipe que astutamente aceptó la soberanía del sultán. Para los extranjeros esto podía parecer que un pueblo cristiano se emancipaba de la tiranía del turco. Pero los que conocían el terreno sabían que había mucho más: los rusos habían animado a Jorge el Negro cuando estaban en guerra con Turquía y después lo desanimaron cuando estuvieron en guerra con Francia. En cualquier caso, fue utilizado por los funcionarios del sultán para aplastar a los jenízaros locales. Sin embargo, casi ninguno de estos supuestos movimientos de liberación nacional fue lo que pretendía ser, y esto se puede extender al siguiente y seguramente el más dramático de todos: Grecia.

Los griegos ya habían dirigido una especie de imperio dentro del imperio, sobre los Balcanes y el Cercano Oriente, y había sido así desde los mismos comienzos del Estado otomano. El patriarca ortodoxo era el terrateniente más grande del imperio y el cargo estaba muy disputado (entre 1453 y 1918, sólo cuatro patriarcas murieron en la cama durante el ejercicio del cargo). El puerto de Esmirna, dominado por los griegos y los levantinos, se había convertido en una parte vital de la red comercial del Mediterráneo, y la gran isla de Quíos, muy cerca de dicho puerto, también era un centro comercial importante. Sus mercaderes eran realmente internacionales: eran católicos, a veces con nombres que eran medio italianos y medio griegos, como Calvocoressi o Mavrocordato, y hablaban una mezcla de italiano y griego llamado «frangochiotike». A finales del siglo XVIII se establecieron en Londres.

Catalina la Grande tuvo la idea de alzar la bandera de la ortodoxia en 1770 en Morea (llamada así por una palabra que significa «mora») o, siguiendo la expresión clásica, el Peloponeso, que en su momento tuvo a Esparta, y los oficiales rusos desembarcaron para crear problemas, pero no consiguieron nada. Ahora, con la implicación de Francia y Rusia en el Mediterráneo oriental, estaba claro que se iban a producir cambios, y en una etapa los rusos llegaron a ocupar las siete islas jónicas (siendo la más grande Corfú) frente a la costa occidental de Grecia. Habían sido venecianas, pero Venecia había desaparecido en 1797. En medio de los problemas del Imperio otomano durante el siglo XVIII se puede encontrar una historia de éxito: los barcos y los mercaderes griegos que a través de Trieste sacaban con maestría bienes

procedentes de Europa central y de Rusia vía Odesa, para llevarlos a Salónica o Esmirna. Los mercaderes tenían conexiones masónicas en Londres, y se estableció una sociedad secreta siguiendo el modelo de los francmasones, que encontró simpatizantes entre los griegos ricos del barrio de Fener en Constantinopla. Con la connivencia rusa, los nacionalistas griegos bajo el príncipe Ypsilanti cruzaron el río Prut y penetraron en Moldavia en 1821 con la esperanza de provocar un levantamiento; en esa época los griegos ocupaban los puestos superiores de la Iglesia, incluso en tierras rumanas, y por supuesto constituían la mayor parte de la clase comercial y de la aristocracia. La revuelta fracasó: los campesinos rumanos preferían los turcos a los griegos. Pero en Morea estalló otra revuelta; un clérigo dio la señal del alzamiento y organizó un matanza horrible de toda la población musulmana de Corinto, incluidos mujeres y niños, cuando intentaban abandonar la ciudad con un alto el fuego y un salvoconducto acordado por los británicos.

La noticia de esta atrocidad llegó a Constantinopla y la respuesta fue rápida. El primer error absurdo fue colgar al patriarca, que había estado pronunciando anatemas contra los rebeldes, y a una veintena de fanariotas prominentes (del barrio de Fener). El siguiente error fue la masacre de los habitantes de la isla equivocada. Quíos había permanecido totalmente leal. La isla vecina de Samos, que sólo producía piratas y un vino tinto muy flojo, odiaba a Quíos y en marzo de 1822, al caer la noche, los griegos de esa isla desembarcaron en Quíos y lanzaron al mar a unos pocos e inofensivos *zaptives* (guardias). La noticia llegó a Esmirna, donde el gobernador, un tal Karaosmanoğlu, ordenó represalias. Tuvieron lugar en Quíos y se puede describir como el primer desastre de las relaciones públicas turcas. Delacroix pintó un cuadro lleno de vírgenes violadas, villanos asiáticos y todo lo demás. Los románticos europeos se soliviantaron.

El más grande de todos ellos fue George Gordon, lord Byron. El poeta estaba a mediados de la treintena y en el Adriático se quedó sin inspiración y sin dinero. Estaba aburrido de su amante, Teresa, y la envió de regreso con su anciano marido en Rávena. Iba a demostrarle al mundo que aún no estaba acabado y éste fue el inicio de un proceso largo mediante el cual los escritores occidentales aparecen en lugares extraños para encaramarse a las barricadas y decir *no pasarán*<sup>[7]</sup>. Byron apareció en Missolonghi, en el golfo de Corinto, y se enamoró de un muchacho, Lucas, que se negó y pataleó hasta que le dio un abrigo de oro para que se subiese al burro, mientras sus familiares recogían educadamente el dinero de Byron. Nuestro poeta romántico se giró después de cara a la pared y murió, el primer mártir de la independencia griega. Ya lo había dicho en su poema *Lara*: «La penitencia que se ha impuesto a un pecho / al que la ternura sacó una vez de su descanso; / vigilando el dolor que obligará / al alma a odiar por haber amado demasiado». No añadió ninguno de sus versos sobre «el fuego acogedor de los haces indeseables». Si los turcos tenían en contra a Byron y Delacroix, aún habrían tenido una posibilidad. Pero el joven William Ewart Gladstone estaba en ese momento leyéndolo todo.

Toda esta gente tenía una idea romántica de Grecia, en oposición a la Roma clásica que había inspirado a los franceses en el siglo XVII. En parte se trataba de una reacción del nacionalismo alemán contra el dominio francés, y esto explica la estructura extraordinaria de las frases alemanas antiguas, con el verbo al final y las subordinadas relativas convertidas en largas frases adjetivas con un participio delante del nombre. En la actualidad, los alemanes que han crecido con *Der Spiegel* no las pueden seguir con facilidad, y en Berlín Kant se enseña en inglés. El norte de Europa se volvió loco por Hellas, y después de Napoleón había muchos veteranos de las guerras que se podían contratar, y los mercaderes griegos tenían dinero: Calvocoressi y Mavrocordato mezclados con círculos masónicos en Londres, París y San Petersburgo. Lo peor que pudieron hacer los turcos fue distanciarse de ellos, porque no eran buenos enemigos, mucho más cuando algunos de ellos, como los Vorontsov de Rusia, celebraron muy buenos matrimonios en Inglaterra. Ser antiturco era estar a «tono». Por supuesto había algo más que una pose alrededor de este tema. Cuando se trataba de atrocidades, los griegos dieron tanto como recibieron. De alguna manera, entonces y mucho más tarde, las víctimas musulmanas cayeron en el olvido y los griegos eran muy hábiles en la gestión de las imágenes, mientras que los turcos, *horresco referens*, no lo eran. Una y otra vez los empujaban a la defensiva, diciendo que los números eran exagerados y que había sido culpa de los demás. También era cierto que a pesar de su apoyo a la independencia griega, las potencias sabían muy bien que el final del Imperio otomano iba a provocar problemas, como así fue. Metternich de Austria, el reaccionario más destacado, no se hacía ilusiones: Grecia, en sus palabras, estaba condenada a vivir.

La mayor parte de la leyenda nacionalista era una falacia. En realidad los destructores de Bizancio habían sido los italianos y no los turcos que si hicieron algo fue salvarla. La Grecia antigua fue destruida por los celtas, después de Alejandro, y después la habían vuelto a destruir los eslavos en el siglo VIII. Fue rehelenizada por los bizantinos y los nacionalistas griegos nunca se pudieron poner de acuerdo en si eran helenos o —eclesiásticamente— bizantinos. Los campesinos griegos hablaban una versión muy corrompida de la lengua, que se había preservado en las iglesias; y además, la mayor parte de la península estaba plagada de valacos, pastores relacionados con los rumanos, o albaneses que en su mayor parte ocupaban lo que quedaba de Atenas. Muy pronto la revuelta griega se transformó en una guerra civil, librada entre partidas rivales de bandoleros, y los rebeldes sólo tuvieron una ventaja real en el mar, porque eran mucho mejores marineros que los turcos, que no podían conseguir un bombardeo en condiciones en las movidas aguas del Egeo: los disparos iban demasiado altos, hacia el cielo, o demasiado bajos, al mar. En tierra, se produjo una especie de calma móvil. El esquema de los turcos era bajar desde el norte durante la estación de campaña, lo que provocaba que los griegos suspendiesen sus peleas, para volver a empezarlas cuando los turcos se iban al acercarse el invierno.

En 1826 se produjo un cambio repentino. Mehmet Alí, de Egipto, envió a su hijo,

İbrahim Paşa con un ejército y una flota, y éstos empezaron a aplastar la revuelta. Los románticos se empezaron a preocupar. En ese punto, los rusos empezaron a crear problemas, porque tenían planes propios para los Balcanes y, en especial, el Cáucaso, donde ya estaban en guerra con Persia. ¿Cómo iban a mantener británicos y franceses el equilibrio en el Mediterráneo oriental? Se unieron a los rusos y las tres flotas aparecieron ante el Peloponeso para intentar una separación entre los combatientes. En 1827, en la bahía de Navarino, alguien disparó un tiro; la flota de İbrahim quedó hecha pedazos. Después, en 1828, libre de una intervención de los aliados en su contra, el zar Nicolás I atacó Turquía, que no se encontraba en las mejores condiciones para defenderse. Como era de esperar entró en colapso y pidió la paz, entregando a Rusia el control de la costa oriental del mar Negro; y en 1832 los otomanos aceptaron la independencia de un reino de Grecia muy pequeño, para el que se seleccionó como rey a un joven noble alemán. Este nuevo Estado consistía básicamente en el Peloponeso estéril, las ruinas de Atenas (donde existían iglesias bizantinas en la Acrópolis) y algunas islas. Era muy pobre y durante la mayor parte del siglo XIX sus habitantes emigraron, si podían, hacia la mucho más próspera región occidental de Anatolia.

Para los otomanos la independencia de Grecia fue de todas formas un golpe para el sistema. Después llegó otro. Para entonces Mehmet Alí había levantado un Estado de proporciones considerables, y tenía relaciones excelentes con los franceses, que lo querían utilizar para extender su dominio sobre el Cercano Oriente. Mehmet Alí tenía la ambición de ocupar Siria; después de todo, los gobernantes de Egipto, antes de las conquistas de Selim I, habían penetrado bastante en el interior de Anatolia. La parte sudeste, fronteriza con Siria, había sido en su momento la provincia romana de Cilicia: Campestris, la llanura, era (y es) rica en algodón y la Traquea, la zona montañosa o salvaje, tenía un gran valor estratégico. Mehmet Alí regateó con Mahmud II y en 1831, asegurado el apoyo francés, la invadió. El ejército de Mahmud II falló de nuevo y las tropas egipcias amenazaron Constantinopla. Esto presentó a los rusos un problema que nunca fueron capaces de resolver de forma adecuada. Se suponía que Turquía era el enemigo ancestral. Ahora se arriesgaban a que la conquistase un aliado de Francia, de manera que la tendría que defender. Por eso las tropas rusas acamparon a las afueras de Constantinopla, esta vez como protectoras de los turcos, que lo permitieron por el tratado de Hünkâr İskelesi de 1833. Mehmet Alí se retiró, pero decidido a intentarlo de nuevo. Lo hizo en 1839 y de nuevo venció, pero esta vez fueron los británicos los que lo detuvieron, porque no querían que los franceses controlasen Constantinopla, y el Levante en general. Había una razón para ello: el Imperio otomano había ido cayendo bajo la influencia británica a medida que el sultán Mahmud II intentaba detener el declive y lanzar al imperio hacia un proceso de reformas.

El sultán había esperado durante todos los años de la revuelta griega, la guerra con Rusia y las crisis iniciales con Egipto. Necesitaba tiempo para entrenar al

Ejército Nuevo, e incluso para reclutar jenízaros que estuvieran dispuestos a cambiar de actitud. La población de Constantinopla y en especial los miembros de los gremios que odiaban las extorsiones de los jenízaros, debían estar a su lado, al igual que aquella parte del *ulema* (de hecho un servicio civil) que no estaba aliado con los jenízaros. Todo esto tenía una dimensión religiosa. A los clérigos sunníes no les gustaba la hermandad Bektāşi, con su actitud laxa con el cumplimiento de las normas (y, lo que también era importante, su apropiación de ingresos religiosos), ni la religión propia de los jenízaros centrada en los Bektāşi. Mientras tanto, estos supuestos soldados seguían con su vida parasitaria, consiguiendo unos derechos salariales —a veces de 120 000 al año— que estaban garantizados por el dinero del Estado y se podían vender a algunos tratantes armenios, aunque con un descuento.

En 1826 le llegó el momento a Mahmud II para enfrentarse al problema y, con gran astucia y una selección cuidadosa del momento, lanzó la provocación. Los jenízaros cayeron en la trampa y se amotinaron. Los amotinados cometieron un error absurdo, abandonando la zona central de Constantinopla alrededor del Hipódromo y el palacio de Topkapı, y regresando a sus cuarteles en lo que en la actualidad son los terrenos de la Universidad de Estambul, donde celebraron la ceremonia tradicional de volcar sus marmitas para cocinar. Uno que había sido uno de sus líderes tiempo atrás, y que se había pasado al bando de Mahmud, se acercó a los cuarteles con el objetivo de parlamentar. Pero no llegó muy lejos. Los hombres del sultán trajeron cañones, e hicieron añicos el portón de entrada, siguiendo con el bombardeo hasta que miles de jenízaros yacían muertos o habían huido, tras lo cual la muchedumbre fue recorriendo la ciudad a la caza de los fugitivos. Algunos escaparon hacia las provincias, o se escondieron en el bosque de Belgrado, al norte de la ciudad en dirección a la costa del mar Negro; la hermandad Bektāşi fue prohibida (y reconstituida mucho después y de forma sorprendente por el supuestamente reaccionario Abd-ul-Hamid II). Esta destrucción de los jenízaros fue conocida como el Incidente Afortunado, o *Vaka-i Hayriye*, y para celebrarlo Mahmud hizo erigir una mezquita recargada, casi rococó, a la orilla del Bósforo, cerca del arsenal de Tophane. Recibe el nombre de Nusretiye, que significa «victoria». De hecho lo fue y permitió el nacimiento de un ejército nuevo, aunque no fue lo suficientemente fuerte para expulsar a Mehmet Alı cuando llegó el momento. De hecho, Mahmud II, que había empezado a beber mucho, murió en 1839 justo a tiempo para no enterarse de la noticia de la segunda irrupción victoriosa de los egipcios en Nizip. Le sucedió su hijo Abd-ul-Mejid (reinado 1839-1861).

A Abd-ul-Mejid le habían dado una educación europea bastante seria y, en las circunstancias de 1839, era lo mejor porque la europeización estaba en marcha gracias a su padre. Para empezar, Mahmud II había cambiado la vestimenta oficial, ahora que el imperio formaba parte del sistema europeo: nada de kaftanes ni turbantes. Mahmud apareció de repente, al igual que sus tropas, con pantalones y se diseñó una levita larga, la *stambouline*, abotonada hasta el cuello. A finales de la

década de 1820 decretó que sus súbditos ya no debían lucir el turbante sino un sombrero nuevo, el fez. Se trataba de un sombrero cónico, aparentemente de origen cristiano y marinero, que tenía la ventaja que quien lo llevaba se podía inclinar durante las plegarias y no se le caía el sombrero cuando tocaba el suelo. Tenía una borla en lo alto para que pudieran arrastrar al hombre hasta el cielo. El fez también tenía la ventaja de que lo podían llevar los no musulmanes simplemente como una muestra de pertenencia y eso era lo más importante para Mahmud II. Iba a pedir ayuda a Europa y eso significaba reconocer a los no musulmanes como ciudadanos con los mismos derechos. El preludio fue importante: un tratado, firmado en 1838 en Balta Limani, a cierta distancia en la costa europea del Bósforo, sancionó el libre comercio con Gran Bretaña y a partir de ese momento el comercio británico vivió un gran crecimiento.

Detrás de esto se encuentra una historia importante. Los británicos habían seguido las doctrinas de Adam Smith y estaban abandonando cualquier idea de proteger algún aspecto de su propia economía contra la competencia extranjera, basándose en que dicho proteccionismo sólo iba a provocar vagancia y parasitismo. No estaban muy lejos de abolir incluso la protección a los campesinos —Leyes del Grano— con la excusa de que la clase trabajadora debía tener los alimentos baratos aunque la comida no fuera «nacional». En ese momento, para una economía como la turca (el imperio era tan enorme que es difícil hablar de «una» economía) que sólo tenía industrias locales y una agricultura por lo general subdesarrollada, el libre comercio significaba, inicialmente, su destrucción: las telas inglesas, fabricadas a máquina, barrerían los telares manuales, y eso fue lo que hicieron. Las *stamboulines* estaban confeccionadas con esas telas mecánicas, sin duda por sastres muy habilidosos. Quizá, como han afirmado comentaristas nacionalistas posteriores, los turcos se deberían haber resistido. Pero Mahmud II no tenía muchas opciones.

Los extranjeros ya tenían privilegios especiales, las capitulaciones, que se remontaban mucho tiempo atrás, hasta la época de Solimán el Magnífico, cuando los mercaderes franceses obtuvieron ciertos derechos; incluso tenían orígenes bizantinos, en los que los venecianos habían conseguido privilegios como una exención relativa de las tarifas aduaneras. En cierta forma esto era bastante lógico. El Imperio otomano seguía necesariamente la ley religiosa, la sharía, supuestamente la ley de Dios mismo, revelada en el Corán e interpretada por el *ulema* para ajustarse a los tiempos modernos cuando era necesario. La ley, respecto a la familia y a la propiedad, no se ajustaba bien a la ley europea, y una de sus prescripciones, la prohibición de la usura —es decir, cobrar un interés por un préstamo—, habría acabado con el negocio de los bancos. A través de las capitulaciones, las potencias europeas podían establecer tribunales propios (incluso se ha preservado una prisión británica en el distrito de Gálata en Estambul) y oficinas de correos. Al final, se trataba de una extensión inteligente del sistema de *millet* mediante el cual los no musulmanes podían utilizar su propia ley, pero estaba claro que se podía abusar de todo esto al pedir los súbditos

otomanos una nacionalidad extranjera y después la protección de las embajadas al otro lado del Cuerno. En cualquier caso, no había ninguna posibilidad de que el gobierno otomano pudiera gestionar su economía siguiendo políticas proteccionistas, y Mahmud II fue en la dirección opuesta, esperando que el libre comercio atraería capital británico, como así fue. Después del Tratado de Balta Limanı los turcos empezaron a tener buena prensa en Gran Bretaña, y cuando aparecieron turcos jóvenes y con buenas maneras, sin dejar de ser exóticos, que hablaban bien en inglés o francés, se inició una especie de moda por el país.

En 1839 los turcos dieron un paso más. El nuevo sultán, Abd-ul-Mejid I, convocó a los embajadores extranjeros a una reunión formal en el Pabellón Rosa (Gülhane) en los jardines del palacio de Topkapı, y allí, su gran visir, el formidable Mustafá Reşit Paşa, que había sido embajador en Londres, leyó un documento largo y enrevesado, expresado en un pesado lenguaje religioso. Algunos de los diplomáticos ni siquiera se dieron cuenta de que se trataba de un momento revolucionario. Pero lo era. Decía que el imperio había pasado por desastres, que todos los buenos musulmanes debían reconocer que les habían castigado por no seguir el mandato divino y que había llegado el momento de restaurar la antigua sabiduría. La restauración se iniciaba en ese mismo instante con el efecto de que todos los súbditos del sultán debían ser iguales ante la ley, lo que significaba que cristianos y judíos ya no eran ciudadanos de segunda clase. Esto fue el preludio a toda una serie de reformas conocidas en su conjunto como el *Tanzimat*, un plural árabe que significa «casa en orden». Habría una moneda nueva (que funcionó después de un mal comienzo con papel moneda) y una administración centralizada; se establecería un verdadero código legal; la religión quedaría confinada al lugar que le correspondía, aunque no se decía cuál era; el Imperio turco, como lo llamaban los extranjeros, se «modernizaría» y una parte de estas reformas permitiría que los cristianos mejorasen su situación, con escuelas e iglesias. Egipto ya se había movido en esta dirección, y Tunicia seguía de cerca, pero aun así, para un imperio tan grande y variado como el otomano, éste era un paso tremendo.

Abd-ul-Mejid marcó otros tantos. Siendo él mismo una figura de opereta con el estilo de retrato marcado por el príncipe Alberto, se ganó el aplauso de Occidente por una acción especialmente generosa. En 1848 se habían producido revoluciones por toda Europa y los liberales, muy queridos en Inglaterra, por lo general habían perdido. Húngaros y polacos, que habían luchado contra los reaccionarios Austria y Rusia, perdieron y huyeron a Turquía. Los austríacos querían que los extraditaran. El sultán se negó, y muchos de ellos entraron a su servicio en ámbitos diversos: en algunos casos convirtiéndose en los ancestros de dinastías que han realizado una carrera profesional en muchos campos en la República turca (incluida la gestión de emisoras de radio, la introducción de la enseñanza del piano, el liderazgo en el Partido Comunista y, en la actualidad, la dirección bancaria).

En esta etapa se produce el primer momento en que Turquía se puede considerar



entre las potencias progresistas: la guerra de Crimea. Este conflicto estalló con una guerra ruso-turca en 1853, mientras que británicos y franceses (y más tarde los italianos) se unieron a Turquía en 1854. Al principio se combatió en el sur de los Balcanes y después, cuando los rusos fueron expulsados de la región, en la península de Crimea en el mar Negro. Las causas de la guerra parecen surrealistas: se centraban ostensiblemente en Jerusalén y se referían a la custodia de los Santos Lugares de la cristiandad: la iglesia del Santo Sepulcro, construida por los cruzados, y la de la Santa Natividad en Belén. Los ortodoxos predominaban, con el apoyo de Rusia, pero los franceses abogaban por la causa católica, y los monjes —a veces de forma literal y para gran diversión de los turcos— luchaban entre ellos (como siguen haciendo de vez en cuando: en el Santo Sepulcro existe un horario muy estricto para fijar qué grupo cristiano hace qué y cuándo). En Francia había subido al poder un gobernante inquieto y ambicioso, el sobrino de Napoleón. Se apoyaba en la Iglesia para conservar el respaldo de los campesinos, y también quería vengarse de la derrota de 1812 y de la retirada de Moscú. Por eso empezó a crear problemas, exigiendo del sultán el derecho a proteger los Santos Lugares, una petición entregada en Constantinopla por el detestado padrastro de Baudelaire<sup>[8]</sup>, como si no hubiera nadie más para la tarea. El zar se enfadó y envió a otro matón con otra serie de demandas.

Fue más o menos en esta época cuando el zar Nicolás I pronunció una frase famosa. Hablando con el embajador inglés dijo, más o menos, que Turquía era «el hombre enfermo de Europa», lo que implícitamente quería decir que Gran Bretaña y Rusia se podían dividir el imperio entre ellos, dejando fuera a Francia. Pero los británicos no querían que los buques de guerra rusos pudieran pasar del mar Negro al Mediterráneo oriental, amenazando las comunicaciones británicas con la India, «la joya de la corona», de donde procedía buena parte de su prosperidad. Pero en esta guerra había mucho más que todo esto. En 1850, Rusia estaba encuadrada entre los grandes Estados malos, un imperio diabólico, que ofrecía en casa feudalismo y tiranía y, en el exterior, opresión de todo tipo de héroes liberales. Se trataba de una guerra ideológica y desde el tratado de libre comercio de Balta Limanı y la declaración del Jardín de Rosas sobre las reformas, los turcos se encuadraban entre los progresistas. Los hombres del *Tanzimat* supusieron que ahora había llegado el momento. Si provocaban a Rusia, era posible que los rusos cometieran un error, y eso fue precisamente lo que ocurrió: las tropas turcas y rusas se enfrentaron en el bajo Danubio y esta vez los turcos se comportaron bastante bien al entrar en combate el Ejército Nuevo. La marina británica llegó al Bósforo, en compañía de los franceses. Entonces, en noviembre de 1853, los rusos cometieron otro error, saqueando el puerto de Sinop en el centro de la costa turca del mar Negro. Destruyeron por sorpresa una flota de suministros turca y gran parte de la ciudad, uno de los lugares más antiguos y pintorescos de la costa. Esto provocó la respuesta británica y en marzo de 1854 británicos y franceses declararon la guerra a Rusia.

La guerra de Crimea fue la primera guerra moderna. En primer lugar, existía el

telégrafo eléctrico que permitía informar cada día de los acontecimientos, y éste llegó a la propia Crimea en 1855. El zar Nicolás I se enteró en San Petersburgo de lo que estaba pasando por el *Times* de Londres. Se vieron implicados los periódicos y a partir de ahí también la opinión pública: por esa razón, Florence Nightingale consiguió derrotar a los médicos del ejército, brutales y anticuados, que dirigían el hospital en el cuartel de Selimiye en Üsküdar (Escutari), y un llamamiento público consiguió sumas enormes para su fondo. (El embajador le opuso resistencia y tuvo una venganza curiosa. Consiguió que la reina Victoria escribiese al sultán proponiendo que, en memoria de los muertos en Crimea, se construyese en la ciudad la primera iglesia cristiana desde 1453. Ésta es un buen ejemplo de gótico victoriano, construida por G. E. Street, arquitecto de los Tribunales de Justicia en el Strand, uno de cuyos pupilos fue William Morris. Esto desvió dinero de los fondos de Florence Nightingale)<sup>[9]</sup>. Las fotografías se podían enviar ahora por telégrafo, de manera que el público podía visualizar lo que estaba ocurriendo. Además, apareció el primer fusil moderno: el Minié, de más largo alcance que cualquier arma que tuvieran los rusos. Finalmente estaba el motor de vapor que permitía que las tropas pudieran realizar el viaje de Marsella a los Dardanelos en poco más o menos una semana, mientras que a vela podían tardar un mes zarandeados por las tormentas. Los británicos y los franceses dominaban estas técnicas y ganaban las batallas, de manera que decidieron luchar en Crimea; en 1855 después de una gesta que hizo época alcanzaron su objetivo: la base naval y la fortaleza de Sebastopol. En 1856, con sus finanzas destruidas, el zar muerto —Nicolás I invitó a la muerte al presenciar un desfile en la nieve cuando ya estaba resfriado— y el nuevo zar ansioso por reformarlo todo, los rusos firmaron la paz. A esto siguieron veinte años de paz, en lo que respecta a Turquía.

¿Cómo los utilizó? Éste es el período del «segundo *Tanzimat*», asociado al sucesor de Abd-ul-Mejid, Abdülaziz (reinado 1861-1876). Se inició con una reafirmación de la igualdad legal prometida en 1839, y a partir de ese momento los no musulmanes prosperaron. Su número creció con mayor rapidez que el de los musulmanes, cuya tasa de nacimientos se estancó, prosperaron desde el punto de vista financiero y, en especial, tuvieron cada vez más oportunidades educativas. Los misioneros americanos crearon escuelas, siempre con un lado práctico y vocacional. En la década de 1860, se proclamaron una serie de leyes para garantizar la propiedad, fomentar la creación de bancos, apoyar las inversiones extranjeras y todo esto dio sus frutos, especialmente en el campo del ferrocarril. Muy pronto las partes europeas de Constantinopla, Salónica y Esmirna se integraron en la red europea, y desde allí las líneas de ferrocarriles que se internaban en el interior hicieron progresar a partes de Tracia o Anatolia occidental, llegando incluso hasta Capadocia, al este de Ankara. En 1861, se reunieron (principalmente) extranjeros y formaron el Banco Otomano, con la central en un edificio parecido a un palacio en Gálata, en la que fue conocida como la «calle de los banqueros».

Dicho esto, Turquía distaba mucho de ser única con estas reformas. La década de 1860 resulta ser un período curioso, que podríamos llamar «el primer Fin de la Historia». A principios de la década de 1990, después del colapso de la Unión Soviética, un académico americano, Francis Fukuyama, anunció que se habían acabado los grandes acontecimientos históricos: el mundo se iba a convertir en una gran Dinamarca a medida que la democracia y el libre mercado extendieran su magia. Durante muchos años, los rusos (y los chinos) quizá se lo creyeron, y el mundo se movió en esa dirección. En la década de 1860 el éxito aplastante de las maneras de actuar británicas tuvo un efecto mundial: una Constitución, elecciones, leyes adecuadas, un banco nacional, un presupuesto decente, una moneda estable basada en el patrón oro. Un primer ministro italiano se tiñó la barba de blanco para obtener autoridad inglesa. Por todas partes también se creía en la educación, de manera que se fundaron escuelas e incluso universidades, con frecuencia en edificios imponentes. En Rusia, las reformas de Alejandro II fueron en este sentido, y tuvieron su reflejo en Turquía. El segundo *Tanzimat* fue el nombre de ese período.

Estuvo simbolizado por el establecimiento de dos grandes academias. Los americanos fundaron el Robert College, donde se enseñaba en inglés, y acabaron adquiriendo un lugar fabuloso con vistas sobre el Bósforo (que en la actualidad ocupa la Universidad Boğaziçi, mientras que la escuela actual tiene su edificio en otra zona). En 1868 el sultán inauguró su propio Lycée Galatasaray, justo en el centro del barrio europeo, donde los tranvías (de propiedad extranjera) traqueteaban arriba y abajo por la Grande Rue de Pera, pasando por delante de las enormes puertas de hierro de la academia de color ocre, a la que asistían, mitad y mitad, musulmanes y no musulmanes, con un director francés y un claustro grande y extranjero. Diez años más tarde, otro director intentó un extraño *coup d'état*, que tuvo una cierta inspiración religiosa aunque él (Ali Suavi) era un hombre muy culto casado con una inglesa. Y esto fue muy característico, porque el segundo *Tanzimat* estaba incubando un veneno que lo iba a matar, exactamente igual que había hecho Alejandro II con su promoción involuntaria del terrorismo. El problema de este tipo de ilustración es que podía acabar en lágrimas, como previó extraordinariamente Fiódor Dostoyevski cuando escribió *Los demonios* en 1871. La *intelligentsia* se podía volver hacia el terror: Alejandro II fue asesinado en 1881. El propio Abdülaziz había muerto en circunstancias extrañas cinco años antes, destronado y probablemente asesinado.

Un problema enorme para estos soberanos era evidente: el dinero. En el caso turco, el problema era peor a causa de la competición con los soberanos de Egipto, que estaban tirando el dinero por todo el Bósforo (algunos edificios han sobrevivido), porque tenían los ingresos del nuevo canal de Suez. La familia otomana y sus dependientes también gastaban. Ya se había construido el palacio Dolmabahçe en el lado europeo del Bósforo, un edificio muy extravagante, con un candelabro enorme, regalo de la reina Victoria, y otros artefactos excepcionalmente feos (las pinturas, académicas, son muy deprimentes). Después llegó el palacio Beylerbeyi, en la orilla

asiática, que, gracias al arquitecto armenio, era bastante cómodo y adecuado para vivir en él (una de las primeras invitadas fue la emperatriz francesa Eugenia). Le siguió el palacio Çırağan, que no era demasiado malo. Pero, en cualquier caso, la dinastía no dejaba de gastar y gastar, mientras sus finanzas dependían de los banqueros armenios de Gálata y de los prestamistas extranjeros, que conseguían condiciones muy favorables. Este período de optimismo fácil —el sultán Abdülaziz visitando Occidente, su sobrino Murad encantando a París, un divertido concierto de música turca interpretado en el Crystal Palace para la reina Victoria— llegó a su fin a principios de la década de 1870. En Viena se produjo un *crash* financiero, que se extendió por Alemania, y los préstamos dejaron de llegar a Constantinopla. En 1875 se declaró la bancarrota. El imperio había entrado en el acto final.

# CAPÍTULO SIETE

## EL FINAL DEL IMPERIO



## EL FINAL DEL IMPERIO

Casi un siglo después del día de la firma del Tratado de Küçük Kaynarca, el imperio se enfrentaba a otro gran desastre. La bancarrota de 1875 afectó a los propietarios de bonos británicos y franceses, aunque en realidad habían forzado demasiado los acuerdos, y el imperio había devuelto varias veces el importe de la deuda en calidad de intereses, sin pagar («amortizar») el importe principal. Pero había algo peor. Para pagar este sobrepago, subieron los impuestos y los cristianos empezaron una revuelta. Su centro se encontraba en la Creta otomana donde los nacionalistas griegos exigían su unión con Grecia, aunque casi un tercio de la población era musulmana, y se levantaron en 1866, con varias matanzas. Después, en 1875, los campesinos de Herzegovina se rebelaron contra los impuestos o, en cualquier caso, contra los intentos por reducir el contrabando de tabaco, el principal producto comercial en aquella región. Esta rebelión se extendió al otro lado de la frontera con Serbia, y después alcanzó a las tierras de los búlgaros. Aquí se produjeron complicaciones. La Bulgaria medieval había tenido un imperio balcánico, que se extendía por Grecia y hacia el Adriático, pero se había derrumbado ante los turcos, que habían gobernado esas tierras a través de los griegos, que dominaban la Iglesia. La llegada de misioneros americanos permitió que intentasen normalizar o incluso inventar la lengua e intentar alfabetizar en ella a la población; antes de eso, los búlgaros respetables hablaban griego. ¿Cuál era la relación de los búlgaros con la Iglesia eslava? El nacionalismo búlgaro fue un producto extraño, pero acabó surgiendo.

Sin embargo, las tierras búlgaras también habían tenido que recibir a los refugiados de las primeras guerras con Rusia y había tártaros y circasianos por todas partes, que se añadían a los musulmanes —pomacos—, que vivían allí desde hacía siglos y que en su conjunto tenían buenas relaciones con sus vecinos cristianos. Durante el segundo *Tanzimat*, un gobernador enérgico, Midhat Paşa, mejoró los servicios urbanos, pero las relaciones entre los refugiados circasianos y los búlgaros eran tensas, al igual que en Anatolia oriental con los armenios. A la primera señal de problemas, se producían matanzas de cristianos a manos de los circasianos, que temían que los expulsaran de nuevo al exilio. A Gran Bretaña llegaron noticias de que se estaban produciendo «horrores». De nuevo se repetía la masacre de Quíos.

Los liberales estaban divididos por la aparición del problema irlandés, pero un líder astuto los pudo unir alrededor de una sola cuestión. Entre ellos existía un elemento muy sólido: los protestantes disidentes que no estaban integrados en la oficial Iglesia de Inglaterra. Éste era precisamente el tipo de personas que se indignaría mucho con las historias de la crueldad oriental contra los cristianos, y el gran líder liberal William Ewart Gladstone se lanzó a una campaña contra los turcos. Sacudió al país y sus discursos entraron en la historia: los turcos debían salir, con

armas y bagajes, *zaptiehs* (*zaptives*) y *mudirs*<sup>[10]</sup>, de las provincias que habían desolado y profanado. Lo que resultaba más extraño de esta campaña es que Gladstone conocía los Balcanes en primera persona, porque pasó una etapa «fuera» como gobernador de una isla jonia, que los británicos habían ocupado en 1815. Sabía que los problemas no eran tan sencillos. Además, en cuanto a las masacres, los búlgaros no eran inocentes; un hecho que fue rápidamente identificado por la embajada británica en Constantinopla, que tenía agentes sobre el terreno. El embajador, Austen Henry Layard, denunció ante el secretario de Asuntos Exteriores, lord Salisbury, que Gladstone estaba mintiendo. No sirvió de nada.

Un conjunto curioso de clérigos de altos vuelos y profesores de historia inglesa que no sabían nada sustancial de la zona parecía que habían adquirido una visión caricaturesca de los turcos, haraganeando en los harenes, fumando hachís y violando vírgenes. Como señala A. J. P. Taylor, este tipo de gente tenía muchas posibilidades de realizar una protesta pública sobre un tema dentro de sus propias limitaciones. Poco antes, en Jamaica, el gobernador Eyre había quebrantado la ley al ordenar que colgasen a rebeldes «negros»; esto provocó la protesta de las personas adheridas a la causa antiesclavista, pero la gente horrorizada por la situación búlgara, incluido Gladstone, callaron o apoyaron al gobernador Eyre. Fue condenado por una lista (excepto Thomas Carlyle) de lo mejor de la época: John Stuart Mill, Charles Darwin, Thomas Huxley. El equipo búlgaro quedó segundo. El propio Gladstone era un moralizador maravilloso, pero sus diarios, redactados en griego, recogen las fantasías masturbatorias que pudo controlar, incluso siendo canciller del Exchequer<sup>[11]</sup>, azotándose con un látigo dorado. ¿Y es posible que esta falange de disidentes indignados se diera cuenta de que en una o dos décadas sus iglesias iban a estar vacías si no encontraban alguna causa nueva? Aun así: de nuevo empujaron a los turcos a la defensiva, que sólo eran capaces de balbucear en respuesta que, como siempre, no había pasado nada, que los números estaban exagerados y que, en cualquier caso, las víctimas se lo habían merecido.

En 1876 los rusos tenían la sensación de que era el momento para deshacer el veredicto de la guerra de Crimea. Esta vez los británicos no iban a intervenir, incluso lord Salisbury, en nombre de los conservadores, estaba denunciando a Turquía y buscaba una asociación con Rusia. Es cierto que en ese momento los austríacos eran fuertes en el Cercano Oriente y resultaba natural que se resistiesen a cualquier monopolio turco. Pero también se les podía aplacar con promesas de territorios en el oeste de los Balcanes y el ofrecimiento de un ferrocarril muy provechoso hasta Salónica. En medio de todo esto, Abdülaziz fue derrocado. Su sucesor, el joven Murad V (reinado 1876), fue presentado como un soberano liberal, y uno de los hombres más brillantes de la historia moderna de Turquía, Midhat Paşa, abogó por una Constitución. En realidad esto era una forma de silenciar la oposición occidental y fue anunciado en unas circunstancias dramáticas durante una conferencia de las potencias en la Puerta. ¿Cómo podrían interferir las potencias en los asuntos

otomanos si el imperio se había convertido de la noche a la mañana en un Estado constitucional y parlamentario? Se celebraron elecciones y se constituyó un Parlamento. Detrás de todo esto había, por supuesto, mucho más de lo que se veía a simple vista, y Midhat tuvo que abrirse camino a través de una oposición formidable, llegando en ocasiones a argumentar ante sus aliados que los «consejos necesarios» se encontraban en el Corán, lo que era verdad, pero en el contexto de lo que un hombre divorciado le podía decir a su esposa sobre dar el pecho. Es posible que él fuera republicano, pero en primer lugar, las elecciones iban a dar mayorías musulmanas, y eso atrajo a los conservadores religiosos: iban a conseguir su Estado islámico, y no los acuerdos impíos del *Tanzimat*. Pero aun así las potencias retiraron a sus embajadores en protesta por lo que veían como una maniobra de los turcos para evitar más intervenciones de las potencias, y el ejército ruso cruzó el Danubio.

La idea rusa era avanzar en un ataque en pinza, concentrándose por el este en el sur del Cáucaso para tomar la gran fortaleza de Kars y establecer una presencia en Anatolia oriental. Allí se encontraba la antigua Armenia, que los rusos ya estaban estableciendo como la provincia de Ereván (más o menos la Armenia actual) como una avanzadilla cristiana, a la vez que se expulsaba a sus habitantes musulmanes (en su mayoría kurdos y azeríes, turcos persianizados). Pero en los Balcanes se encontraba otro satélite ruso en potencia: Bulgaria. Después de la rebelión balcánica de 1875, las potencias habían intentado forzar a los turcos para que reconociesen al menos una Bulgaria semi-independiente y cuando lo rechazaron, los rusos declararon la guerra. Todo empezó bien e intentaron cruzar la cordillera de los Balcanes a través de la fortaleza de Plevna. Y ahí, durante el invierno de 1877-1878, se toparon con una de las verdades turcas: cuando se les atacaba, los soldados turcos podían mostrar una fortaleza extraordinaria. Osmán Paşa se convirtió en el héroe del momento, resistiendo los ataques rusos durante meses, y esto fue suficiente para decantar la balanza de la opinión pública en Gran Bretaña. Allí, hombres sabios consideraron que lo esencial era defender la India de la presión rusa, y la defensa debía empezar en Constantinopla. La marina fue enviada a la bahía de Besika, al sur de Troya, donde existía una zona de anclaje relativamente segura ante las tempestades otoñales. Más tardes los buques —«acorazados»— penetraron en el mar de Mármara. En cualquier caso, la marina otomana estaba recibiendo entrenamiento por parte de oficiales británicos, bajo el mando de Hobart Paşa, que era una figura muy popular. Todo estaba dispuesto para un gran enfrentamiento, quizá siguiendo el modelo de Crimea.

Al final, Osmán Paşa tuvo que rendirse y las tropas rusas llegaron hasta un lugar tan lejano como San Stefano, en la actualidad Yeşilköy en los suburbios occidentales de Estambul, ubicación actual del aeropuerto Atatürk. Se declaró un armisticio y después se impuso un tratado: al dictado de Rusia, se estableció una Gran Bulgaria independiente, y los rusos adquirieron el nordeste de Anatolia, incluyendo Kars, con una sustancial población Armenia. Tras esto, las demás potencias, encabezadas por Gran Bretaña, protestaron. Los alemanes se ofrecieron para mediar y en 1878



celebraron una conferencia internacional en Berlín (a la que ni siquiera se invitó a los turcos). Como resultado el Tratado de Berlín creó una Bulgaria algo menor gobernada por un príncipe alemán (Alejandro de Battenberg, tío abuelo del duque de Edimburgo), aunque teóricamente seguía bajo el sultán, y una provincia búlgara en el imperio, Rumelia oriental, bajo un gobernador cristiano. En 1885 la provincia se fusionó con el principado búlgaro a través de un golpe incruento.

Y ahora se dio otro paso que iba a ser determinante. Hasta ese momento los armenios no habían creado problemas, más bien al contrario, habían colaborado muy bien con los turcos, entre otras razones porque sus rivales eran los griegos y los judíos. Ahora, su patriarca negoció con los rusos e intentó conseguir un lugar en el Congreso de Berlín. No llegó demasiado lejos: los rusos no tenían demasiado interés en los nacionalistas armenios, porque los veían como revolucionarios en potencia y con tendencia a alinearse con Occidente. El virrey ruso en el Cáucaso, con sede en Tiflis (la moderna Tbilisi) en Georgia, cerró la iglesia armenia con la excusa de que allí se escondían armas. Pero las potencias declararon en el último momento que se interesarían oficialmente por los armenios del Imperio otomano. La cuestión se había «internacionalizado».

Ya había existido una internacionalización anterior. El Líbano, una parte de la Siria otomana, tenía una población mixta, con cristianos (maronitas) y musulmanes de diferentes tipos, incluyendo a los drusos heréticos. Una vez que el *Tanzimat* proclamó la igualdad, los cristianos, con apoyo francés, empezaron a reclamar escuelas y comercios, lo que provocó disturbios en Damasco y tropas francesas desembarcaron en Beirut, que por aquel entonces era un puerto en crecimiento; el comisionado otomano, Fuat Paşa, restableció el orden con un baño de sangre, y en 1860 el Líbano adquirió un estatus especial, con un gobernador cristiano y con un acuerdo para compartir el poder, que los franceses tuvieron el derecho de supervisar. Éste fue el primer paso real de la internacionalización y pareció que funcionaba bien durante varias generaciones. El Líbano no volvió a estallar hasta 1960, aunque a pequeña escala (al menos en comparación con los horrores que se iban a producir en la década de 1970). La cuestión que se debía plantear ante dicha internacionalización era si los diversos elementos habrían llegado a un acuerdo entre ellos, si no hubieran tenido la posibilidad de dejar la responsabilidad en manos de una autoridad externa. En cualquier caso, aquí, junto con Bulgaria, se encuentra el precedente de «Armenia», y entre los armenios creció el nacionalismo. En la década de 1860, los eclesiásticos que habían dominado sus asuntos hasta el momento fueron desplazados a favor de mercaderes y profesionales que promocionaron a gran escala las escuelas.

Más tarde, en la década de 1880, ya fuera en Tiflis —en esa época la ciudad con la población armenia más grande— o en el extranjero, en especial en Suiza, crecieron los partidos revolucionarios. Habían aprendido las técnicas en Rusia e incluso adoptaron nombres rusos, siendo uno de ellos *Campana* («Hintchak» en armenio), la cabecera del periódico revolucionario más conocido. Esas técnicas incluían el terror.

Asesina al zar, provoca a la policía; la policía será estúpida y brutal; golpearán a inocentes; las familias de los inocentes simpatizarán entonces con los terroristas. Los nacionalistas armenios acabaron en el Parlamento ruso como los únicos aliados de los bolcheviques. También tuvieron su importancia los jóvenes armenios formados en las escuelas de las misiones americanas, porque se engañaron con la idea de que el Occidente cristiano iba a acudir en su ayuda.

Mientras tanto crecía la tensión en Anatolia oriental. Los rusos habían expulsado a los circasianos (quizá un millón y medio, incluidos los chechenos) del Cáucaso y, después de perder a un tercio de la población en barcos sobrecargados y otras circunstancias terribles, se habían agolpado en esa región, y habían luchado con los armenios locales para ocupar tierras; lo mismo ocurrió con los kurdos nómadas, que descendían en invierno hacia las aldeas armenias y esperaban que los alojasen y alimentasen. Los funcionarios locales aceptaban sobornos a cambio de protección y de una reducción en los impuestos. A finales de la década de 1880, aquí y allí, habían estallado los enfrentamientos.

Murad V había afrontado los temas de forma bastante dispersa. Pero sólo duró unos pocos meses en 1876 y fue derrocado ostensiblemente por razones de debilidad mental (era comprensible que todo le pareciese una carga) y fue sucedido por un hermano menor y más capaz, Abd-ul-Hamid II, que consiguió permanecer en el trono hasta 1909. El pobre Murad había sido bastante leal con Midhat Paşa, que había redactado la Constitución. Abd-ul-Hamid jugó un partido más largo y astuto, cooperando con Midhat para ganarse la confianza, en especial de los británicos, para después destituirlo y enviarlo a unos largos años de exilio en Arabia Saudí, antes de ordenar su asesinato. El hecho era que Abd-ul-Hamid no creía en el liberalismo ni en las constituciones, que sólo iban a dividir el imperio. El zar Alejandro II y aún más su hijo Alejandro III pensaban lo mismo y las relaciones con Rusia se volvieron sorprendentemente cálidas: el hecho era que los dos imperios tenían mucho en común. Ahora, después del Tratado de Berlín, el Imperio turco se había vuelto mucho más musulmán. En efecto, los búlgaros habían conseguido su propio Estado cristiano; al igual que griegos y serbios, y los musulmanes huyeron en masa al producirse la limpieza étnica y el derribo de las mezquitas. Los austríacos habían ocupado Bosnia y los británicos Chipre, provocando más refugiados. En 1881 la frontera griega se extendió hacia el norte, con el apoyo británico, y la presencia otomana en el sur de los Balcanes quedó confinada a Albania y Macedonia. Desde luego, seguía habiendo millones de cristianos y judíos en el imperio, pero ahora eran una minoría que representaba menos de la quinta parte de la población.

Abd-ul-Hamid quería dar unidad a un imperio que consistía en musulmanes diversos, esencialmente turcos y árabes. Sus predecesores habían predicado el evangelio del otomanismo desde el palacio Dolmabahçe de estilo europeo. Abd-ul-Hamid se retiró al más recluso Yıldız, que se encontraba sobre la colina que dominaba al anterior, y puso el énfasis en los aspectos islámicos del imperio. Ahora

se desarrolló el mito de que los otomanos habían sido siempre los campeones de la guerra santa, y a las tumbas de los primeros sultanes en Bursa se les dio el tratamiento normal del triunfalismo histórico de finales del siglo XIX con esta idea en mente. Abd-ul-Hamid también disolvió el Parlamento y gobernó por decreto; muy pronto adquirió en el extranjero una reputación de ferocidad: *le saigneur*, según la broma de Anatole France, refiriéndose a la sangre que se suponía que había derramado este sultán *seigneur*<sup>[12]</sup>; «Abdul el Maldito», como lo llamaban todos los Gladstone en potencia. Desde luego la red de policía fue mucho más grande que antes y Arap İzzet Paşa estuvo muy ocupado en Ramazan, castigando ferozmente a todos los que atrapasen comiendo o fumando cerca del palacio de Yıldız. Pero Abd-ul-Hamid fue una figura sorprendente: era un carpintero muy habilidoso e incluso llegó a traducir óperas. Su energía era destacable (se creía por encima de las reglas del Corán y tomó siete esposas, casándose por última vez en 1900, cuando ella tenía diecisiete años y él cincuenta y ocho). Volvió la espalda a los burócratas del *Tanzimat*, en especial a Midhat Paşa.

Es cierto que el énfasis estaba puesto en la religión y a veces en su forma más oscurantista. Las personas normales no tenían la oportunidad de leer el Corán y un intérprete turco lo traducía del árabe clásico. La traducción fue prohibida. Algo parecido ocurrió con los seguros. Se consideraba una blasfemia, pero ¿por qué? Si era voluntad de Dios que se quemase tu casa, no debías buscar compensaciones. Cuando se discutió la Constitución, los argumentos se formularon en lenguaje religioso. Los gabinetes hablaban en serio (o, lo que es más probable, lo hacían ver) sobre estos sinsentidos, pero Abd-ul-Hamid tenía claro que un islam fortalecido mantendría unido al imperio, uniría a árabes y turcos. De una forma extraña anunciaba la Turquía que iba a venir, donde la síntesis islámico-turca sigue estando en el fuego y de alguna manera parece que nunca llega a hervir: como había sido el caso desde Selim III, el ejército era la verdadera fuerza creativa.

Por otro lado, Abd-ul-Hamid hizo mucho por la educación, implantando incluso escuelas para las niñas y apoyó a los sectores cristianos de la población: los armenios ocupaban altos cargos por todas partes y sus banqueros fueron griegos. Las escuelas cristianas florecieron, en especial el Robert College, junto con los establecimientos franceses y de otros europeos, pero también los griegos y los armenios. Abd-ul-Hamid también creó instituciones técnicas, academias de ingeniería, medicina e incluso negocios (en este caso, en el mismo Hipódromo al lado de la Mezquita Azul para darle prestigio) e impulsó la modernización del islam. En esa época, existían conservadores radicales que veían a Occidente y sus obras como malditas. Si se les decía que la medicina y la ciencia eran mucho mejores, replicaban que fueron los árabes los que habían inventado esas mejoras hacía mucho tiempo.

Se necesitaba un Abd-ul-Hamid para impulsar los cambios y los culminó con la construcción de lo que se mostró como el primer ferrocarril de construcción musulmana, diseñado para llevar a los peregrinos a La Meca (y, de forma menos

poética, para mover las tropas que debían controlar las poblaciones saudí y yemení, y en especial los beduinos que asaltaban los grupos de peregrinos). El sultán consiguió incluso controlar las finanzas. Personalmente era bastante tacaño, pero también era un emprendedor en provecho propio, por ejemplo, desecando zonas pantanosas en Irak. Pero en este campo el elemento esencial fue su cooperación con los detentadores extranjeros de bonos. En 1881 habían llegado a un acuerdo, en líneas generales similar al alcanzado con Egipto y, en este aspecto, también con Grecia. En 1881 se estableció una Caja de la Deuda Pública Otomana, y muy pronto adquirió un edificio muy bello, diseñado por el levantino Alexandre Vallaury, con unos hastiales extraordinarios, cerca de la embajada persa en Cağaloğlu (en la actualidad es la Escuela de Chicos de Estambul). Un equipo de 5000 personas recaudaban ciertos impuestos especialmente provechosos para pagar a los detentadores de los bonos, consiguiendo que aceptasen intereses menos usurarios; y el propio edificio, que dominaba una sección del Cuerno (ahora ya no: no se le puede ver por el hormigón), era un recuerdo constante para la población de que el capitalismo occidental tenía al país en un puño. Para el sultán existía un efecto similar en la orilla europea, porque si miraba hacia el noroeste, por encima de las colinas en dirección a Pera, lo primero que podía ver era la embajada alemana con doce águilas gigantes de bronce sobre el tejado (se la conocía como «la jaula de pájaros» y alguien —¿cómo?— consiguió derribar todas las águilas del tejado en una sola noche en 1919; nunca más se las ha vuelto a ver) y después la rusa, el virreinato que iba a terminar con todos los virreinos.

En la práctica, la Oficina de la Deuda Otomana fue positiva. Las tasas de interés, aunque seguían al 7 por ciento, habían descendido y llegaron inversiones extranjeras considerables; se confiaba en la Oficina de la Deuda y daba buenos consejos. Llegaron los bancos extranjeros, construyendo los recargados palacios tardovictorianos que se pueden ver al otro lado del Puente de Gálata (el predecesor de la estructura actual, que ahora se encuentra un poco más arriba del Cuerno, siendo una novedad en su época) y durante el reinado de Abd-ul-Hamid se mejoraron mucho las infraestructuras, con ferrocarriles y tranvías, pero no las carreteras en su conjunto, que eran mejores que las vías. Salónica, Esmirna, Constantinopla y Adana mejoraron y en algunos casos se volvieron espléndidas, pero también ciudades provinciales como Bursa o Ankara, que adquirió algunos edificios gubernamentales decentes con la llegada del ferrocarril (1892). También tuvieron buenos gobernadores: en el caso de Bursa, Ahmet Vefik Bey, que tradujo a Molière, creó una biblioteca y un teatro, y con calles anchas que hicieran destacar los grandes monumentos, consiguió que la ciudad fuera una de las más prósperas y mejor ordenadas de la Turquía actual; Abidin Paşa consiguió algo parecido en la vieja Ankara.

Constantinopla había establecido un plan urbanístico al principio del *Tanzimat* y al menos se había modernizado el barrio europeo (aunque los contribuyentes iniciales torpedearon el proyecto y al final se les tuvo que obligar a aceptar un alcantarillado

decente e iluminación por gas). Esta acción representaba una desobediencia a la sharía, pero al final los incendios grandes y numerosos provocados por la yuxtaposición hacinada de débiles estructuras de madera limpió el camino para una «urbanización» adecuada; a lo que se unió el que se dieran cuenta de cómo los europeos contemplaban con lástima la situación existente. Existe un documento característico de la década de 1860 en el que los poderes en la sombra hablan de forma esquizofrénica: tenemos la ciudad más bella y sublime del mundo, pero los extranjeros la consideran temible. Para entonces, cualquier musulmán que reflexionase sobre el tema se tenía que preguntar por qué, en palabras del poeta Ziya Paşa, por todas partes los cristianos tenían palacios y los musulmanes vivían en chabolas: una exageración, pero que no estaba muy lejos de la verdad. Por supuesto, existían reaccionarios estúpidos que cerraban los ojos y decían que no era verdad o que era la voluntad de Dios o que era Su castigo a los musulmanes por no ser lo suficientemente islámicos. Fueron estas personas las que en dos ocasiones anteriores habían conseguido cerrar la primera universidad de Constantinopla. Sin embargo, los comentaristas inteligentes sabían que el islam era retrógrado y estaban ansiosos por implantar la sabiduría de Occidente en lo que se refería a ingeniería o medicina, aunque siempre dentro de un contexto religioso. Abd-ul-Hamid lo hizo remarcablemente bien, dado el entorno. Refundó la universidad (se llamó «Casa Imperial de las Artes Aplicadas») en 1900 y tuvo mucho cuidado en mantenerla dentro de los límites religiosos, con el argumento de que la ciencia verdadera procedía del islam, pero que se había descuidado su aplicación y dejado en manos de los occidentales. También en otros campos introdujo temas modernos en las escuelas que originalmente se habían establecido para fines religiosos: memorización del Corán y cosas por el estilo por parte de entusiastas que no comprendían ni una palabra.

El problema era que el sultán estaba formando a sus enemigos. Si hombres jóvenes y brillantes (y cada vez más mujeres) aprendían materias modernas y las actitudes que las acompañaban, no era probable que permaneciesen fieles a un régimen islámico que en ocasiones era tiránico (de hecho Abd-ul-Hamid sólo era tiránico de vez en cuando, según lo que fue más tarde habitual, y sólo aplicó la pena de muerte en raras ocasiones). Pero existían sobre todo dos tipos de hombres que se iban a volver contra él. Los primeros fueron los médicos. La medicina era una escuela de ateísmo, y la formación en ciencias naturales no inspiraba demasiado afecto por la Sagrada Escritura que, como se podía demostrar con facilidad, estaba muy lejos de explicar el mundo de forma satisfactoria. Por entonces muchos turcos habían aprendido inglés, leían al filósofo Ernest Renan o a Reinhart Dozy (que había redactado un resumen del islam muy popular en aquella época), y podían ver por ellos mismos que las ciudades de Europa eran más ricas y estaban mejor organizadas.

La segunda clase de rebeldes estaba formada por los oficiales del ejército, que ahora recibían una formación profesional. Estaban especialmente irritados por los

salarios bajos y el dominio de los botarates: una debilidad del régimen era, por supuesto, que el sultán no quería subordinados inteligentes y ambiciosos. Permitted que la marina se pudiese en el Cuerno, aunque esto ocurrió en cierto nivel porque desfiles navales en el palacio de Dolmabahçe habían destronado a sus dos predecesores. También economizó en gastos, en parte porque era tacaño por naturaleza, pero principalmente porque los extranjeros de la Oficina de la Deuda controlaban sus asuntos. El resultado, como se quejaba el general otomano Sadettin Paşa en 1896, cuando lo enviaron a pacificar Van, que en aquel momento estaba asolado por una guerra terrible entre kurdos y armenios (los kurdos eran mejores en este asunto), era que las tropas vestían uniformes hechos de retales y los oficiales vendían las asignaciones extraordinarias de raciones de arroz a los burlones armenios para complementar sus magros salarios.

Pero por mucho que Abd-ul-Hamid pudiera hacer por los pueblos de Anatolia, seguía teniendo pendiente el problema balcánico. Macedonia, con una población mixta, era el interior del gran puerto de Salónica, y la paz sólo se podía mantener con un esfuerzo militar. Los albaneses, desde las decisiones en Berlín, habían estado respondiendo con cautela a la idea de independencia, aunque hasta el momento seguían siendo los elementos más leales. En Creta, la paz se mantenía con dificultades, y con una participación europea que ya había revelado la verdad central de semejante participación internacional: los pacificadores no tenían intención de arriesgar sus vidas, de manera que encontrarían cualquier excusa para colaborar con el bando más fuerte, aunque después mentirían sobre ello (presagiando los acontecimientos posteriores en Chipre y en Bosnia, donde se argumentó que los habitantes de Sarajevo se habían estado bombardeando entre ellos). Los griegos se animaron ante esta situación, pero no hicieron nada hasta que se hubo gestado otra crisis: «el genocidio armenio» de 1894-1896, que dio a Gladstone para que repitiera sus diatribas, pero esta vez bastante más irregulares.

Existían partidos revolucionarios armenios rivales, cuyos líderes imaginaban que podían provocar una intervención de las potencias occidentales, en especial de los británicos. A finales de la década de 1880 se produjeron incidentes: un tiro disparado misteriosamente contra los musulmanes que paseaban frente al hospital americano en Erzurum (se acusaba a los misioneros de respaldar el separatismo armenio), seguido de saqueos y del cierre de tiendas; una escaramuza en un bastión montañoso llamado Zeytun, donde se suponía que los armenios guardaban armas en una iglesia; otra en Sasun, al sudoeste del lago Van. En 1890 todo esto se extendió a Constantinopla y en el barrio armenio de Kumkapı a orillas del mar de Mármara se celebró una gran manifestación, que se escapó de las manos. La realidad era que una parte significativa de los armenios (y por supuesto de los musulmanes, que tenían buenas relaciones con ellos) no querían problemas. En Constantinopla, muchos de ellos prosperaban, otros tenían trabajos útiles y sin los armenios la vida cultural se habría visto muy empobrecida: el Théâtre des Petits Champs, construido en el cementerio inferior de

Pera [el significado real era *petits champs (des morts)* y en la actualidad ocupa el lugar el edificio del canal de televisión TRT], fue un pionero esencial, complementado por otros teatros y cines en la Grande Rue de Pera.

Sobre todo la Iglesia armenia quería evitar problemas. En 1894 un patriarca, Ashikyan, ya lo dijo en un sermón: los armenios llevaban viviendo miles de años con los turcos, habían sido aliados desde el principio; habían prosperado; eran ahora una mayoría en el Imperio otomano; si los nacionalistas seguían adelante iban a provocar la destrucción de su pueblo. A continuación, un joven nacionalista disparó varios tiros contra él. Los asesinatos se multiplicaron, provocando en 1912 la muerte del alcalde armenio de Van, que también había advertido a los nacionalistas de que sus acciones iban a acabar en lágrimas. Sin embargo, los armenios de la diáspora eran muy astutos al presentar su causa ante Occidente, y en especial ante un Occidente protestante y atlántico, que estaba muy dispuesto a creer lo que le contaban. Que más de un millón de refugiados musulmanes hubieran sido expulsados de Crimea, de los Balcanes o del Cáucaso, perdiendo quizá un tercio de dichas personas a causa de los ataques y las enfermedades, no parecía que tuviera ninguna importancia, a pesar de que era el choque de estos refugiados con los armenios de Anatolia oriental lo que estaba provocando buena parte del problema.

¿Qué debía hacer Abd-ul-Hamid? En 1891 había jugado la carta kurda. Los rusos habían reclutado a los cosacos (y una «división salvaje» del norte del Cáucaso) para mantener el orden en las regiones fronterizas. En Anatolia oriental y en el oeste montañoso de Persia existían tribus kurdas, a menudo reunidas bajo un jefe legendario tanto por su ferocidad como por su hospitalidad. En el nombre de la solidaridad islámica, Abd-ul-Hamid abrió lo que se llamó «la escuela tribal» en Constantinopla, donde los hijos de los jefes se podían civilizar; pero también encuadró la caballería de las tribus en regimientos, una fuerza llamada los *Hamidiye*. En 1894 se produjo un encuentro especialmente salvaje entre este cuerpo de caballería y los armenios en Sasun. Los misioneros locales protestaron y crearon el eslogan de «genocidio armenio». Abd-ul-Hamid fue acusado del primer «genocidio» y se argumentó que habían muerto 300 000 armenios. Un historiador francés, François Georgeon, se unió a un colega británico, Andrew Mango, para reducir la cifra a unos 30 000 y señalaron además que a pesar de que se produjeron masacres en muchas provincias armenias, en otras (como en Muş) los gobernadores evitaron que ocurriesen.

Fue en este momento cuando el sultán envió a Sadettin Paşa a Van para que mantuviese la paz. Se dirigió a los jefes kurdos y les indicó que no se perseguiría a los armenios: estaban protegidos por el islam y, en cualquier caso, con la presencia del telégrafo sus quejas tardarían una hora en llegar a la prensa europea. Le dijo a los armenios que si no hubiera sido por los otomanos, los armenios habrían desaparecido como los habitantes originales de Anatolia, los lidios o los frigios, y tenía bastante razón. Pero estuvo de acuerdo con un cónsul británico en que todos mentían. Los

kurdos negaban que hubieran robado las ovejas armenias y los armenios multiplicaban por cinco las ovejas robadas. Aun así, se habían producido algunos horrores bien documentados, y desde 1894 había crecido la presión internacional (aunque no por parte de Alemania). Sin embargo, las potencias no se ponían de acuerdo en las acciones a emprender, y sólo se plantearon algunas ofertas vacías de reforma.

En septiembre de 1895 los Hintchaks en Constantinopla forzaron la paz con una manifestación, en la que se vio implicada la policía; se produjeron incidentes en Harput, en Anatolia oriental, donde existía una famosa academia americana (de nuevo se acusó a los misioneros de fomentar el nacionalismo armenio); en agosto de 1896 se produjo un acto terrorista espectacular cuando miembros del partido Dashnak armenio penetraron en el Banco Otomano en Gálata, mataron a algunos, tomaron rehenes y amenazaron con volar todo el edificio. El incidente se resolvió cuando los terroristas pudieron salir del país en el yate del embajador francés. Después de esto, se produjeron regularmente levantamientos de los musulmanes en Constantinopla contra los armenios en general y cientos, o quizá miles, fueron asesinados. Después la situación se volvió a tranquilizar. Los nacionalistas armenios en la diáspora no perdonaron nunca a los británicos por lo que consideraban una traición, pero lord Salisbury señaló que la Royal Navy no podía hacer nada más, no podía subir navegando hasta el Monte Ararat. Sólo los rusos podían recrear Armenia. Pero muy lejos de pensar en esto, su virrey en el Cáucaso veía a los armenios como revolucionarios, y cuando ocurrió finalmente el desastre armenio, en 1915, el adjunto al virrey del Cáucaso recalcó que los turcos les habían dado lo que querían: una Armenia sin armenios.

Aun así, los británicos se habían vuelto contra Turquía, y Salisbury realmente la había proscrito. Tenían otro aliado potencial, o incluso satélite: Grecia. Resulta un hecho extraño que hasta 1947 los británicos se implicaran tanto que incluso estuvieron a punto de intervenir en su guerra civil, aunque, con la India y Palestina, tenían su plato más que lleno y los dólares se estaban acabando (al final, los británicos le colgaron el problema a Washington). Los griegos eran muy buenos jugando con Londres, desde luego mucho mejores que los turcos: tenían una —la— lengua indoeuropea, disponían de dinero procedente del comercio marítimo, conexiones masónicas y, con matrimonios que con frecuencia llegaban sorprendentemente a los lugares más altos, las invitaciones correctas. Eran especialmente buenos atrayéndose al Partido Liberal.

Creta, que era tan montañosa que a los otomanos les resultaba imposible controlarla, bullía y el líder nacionalista, Eleftherios Venizelos, tenía carisma. Había musulmanes en Creta, más o menos un tercio de la población. Los nacionalistas cretenses afirmaban simplemente que sus ancestros fueron forzados o sobornados para convertirse, que los cristianos eran mucho más avanzados y que la reconversión sería un acto de caridad. Los liberales estaban de acuerdo: «el turco» representaba



indolencia, estupor erótico, epidemias y opresión. Esto era lo que afirmaba Gladstone, con su tono agudo y no demasiado convincente, pero los griegos provocaron problemas, con la esperanza de que los británicos acudirían a rescatarlos. En 1897 estalló una guerra breve, que ganaron los turcos. Pero las expectativas griegas no se vieron defraudadas porque los británicos obligaron a Abd-ul-Hamid a no aprovecharse de la victoria. Al cabo de una década, Creta quedaba liberada y siguió adelante lo que el mundo conoce en la actualidad como «limpieza étnica»: los musulmanes fueron expulsados con crueldad, con bastantes asesinatos. Si, dos generaciones más tarde, los turcos resistieron con fuerza en Chipre fue porque la situación era comparable y había que situarla en este contexto.

En 1900, el régimen de Abd-ul-Hamid —en Turquía se lo suele conocer como «la época de la tiranía», pero en la última década se le está reconsiderando en profundidad— se estaba descomponiendo. Las humillaciones a manos de los extranjeros estaban provocando un gran resentimiento y existía un caso recurrente que permitió centrarlo. Macedonia se extendía por cuatro de los actuales países balcánicos, cada uno con sus ambiciones. Los griegos se veían como el elemento civilizador: Alejandro Magno. Los serbios pensaban que el puerto de Salónica los iba a convertir en un verdadero Estado europeo. Los búlgaros podían alegar que los macedonios eslavos eran en realidad búlgaros (los argumentos centrados en la lengua iban y venían). También había albaneses, cuya conciencia nacional se estaba asentando con lentitud. La zona también había caído en manos del bandolerismo y un ejército otomano, con base en Salónica, tenía que esforzarse para controlar la situación. En 1903 las potencias, por razones individuales, acordaron que no se iban a pelear por la región. En especial Austria y Rusia tomaron la delantera y propusieron cierto grado de internacionalización: se establecería una fuerza policial extranjera, dirigida por los holandeses. No se pudo restaurar el orden y la presencia de los extranjeros no hizo más que excitar los diversos nacionalismos para expulsar a los turcos. Incluso se temía que los árabes, supuestamente la raza principal del mundo islámico, se independizasen al crecer el separatismo árabe. En junio de 1908, dentro de otro cambio en los asuntos internacionales, el zar Nicolás II se reunió con Eduardo VII en el Yate Real en Reval (Talinn) en el Báltico. Rusia y Gran Bretaña, preocupadas por la expansión de Alemania, iban a llegar finalmente a un acuerdo, tal como lo había imaginado Salisbury. ¿Esto iba a significar una partición del Imperio otomano: los estrechos para Rusia, Siria para Francia, Egipto y el petróleo de Irak para Gran Bretaña?

Los oficiales del Tercer Ejército, estacionado en Macedonia, hablaron entre ellos y formaron sociedades secretas que, muy pronto, provocaron un motín. Esto coincidió con discusiones enojadas en otros lugares. En primer lugar, estaban las diversas escuelas que había creado el propio Abd-ul-Hamid, donde hombres jóvenes (e incluso mujeres jóvenes) habían sido educados siguiendo modelos occidentales. La idea había sido demostrar que el islam podía dominar dichas técnicas, incluido el

francés, tan bien como el cristianismo —en la actualidad existe un pensamiento similar en los elementos políticoreligiosos del gobierno turco, esta vez respecto a la informática— y no dejaron de tener éxito. Sin embargo, la formación en estas técnicas también implicaba formularse algunas preguntas, y los graduados de Abd-ul-Hamid se habían vuelto desafectos: además de todo lo demás, sólo tenían que mirar por la ventana para ver a extranjeros y levantinos importantes entrando en los hoteles recargados, el Pera Palace o el Tokatlian, o el enorme Grand Cercle d'Orient, donde los embajadores y los directores de la Deuda Otomana se mezclaban con los potentados griegos locales, bajo la protección de la policía y de sus informantes. Incluso en la más grande de las instituciones, el Lycée Galatasaray, sólo se podía conseguir con grandes dificultades que los chicos gritasen «Larga vida al Padisha».

El sistema tenía sus defensores y había reaccionarios religiosos por todas partes que afirmaban que no había nada malo y que en cualquier caso era la voluntad de Dios. Abd-ul-Hamid era mucho más inteligente que todo esto, pero se estaba volviendo viejo y cansado. Una señal de la desintegración fue que los sionistas se empezaron a interesar en Palestina. Theodor Herzl fue a visitar al sultán y le preguntó, con mucha delicadeza (nada más que otro húngaro en Constantinopla), si sería posible, quizá a cambio de la condonación de algunas deudas, que los inmigrantes judíos se instalasen en Palestina (la respuesta fue un «no» igualmente muy educado). En 1905 los armenios colocaron una bomba ante la mezquita Yıldız, que debía explotar a la salida del sultán. Le retrasó una pequeña charla con el Jeque ul-Islam y la bomba explotó en medio de una multitud, matando o hiriendo a unas setenta personas. Existe una fotografía en la que aparece el sultán anciano, cansado y sin su considerable encanto y dignidad: de forma bastante absurda se la utiliza para ilustrar obras de propaganda armenia.

En 1908 todos los problemas llegaron a su culminación. En primer lugar, se extendieron las revueltas contra el exceso de impuestos —en cualquier caso, excesivos para lo que se consideraba normal en la época— y en Erzurum los armenios y los musulmanes hicieron causa común contra la corrupción del gobernador. La revuelta se extendió y sólo se pudo contener con dificultades, a veces con la sustitución de un gobernador impopular. Después se produjo el motín militar, en la región del Tercer Ejército en el sur de los Balcanes. Casi de la noche a la mañana, el régimen se colapsó, y en julio, con grandes manifestaciones en el centro de Constantinopla, se proclamó de nuevo la Constitución. Abd-ul-Hamid seguía en el trono, pero como soberano constitucional, con un Parlamento que había asumido la mayor parte de sus antiguos poderes. Los hombres que asumieron el poder recibieron el nombre de «Jóvenes Turcos», y en Europa se produjo cierto alivio ante lo que se llamó la revolución turca: Abd-ul-Hamid era en ese momento un hombre muy odiado.

Los «Jóvenes Turcos» tuvieron que aceptar el nombre a corto plazo, pero ellos nunca se llamaron así, y en cualquier caso procedían de trasfondos muy diferentes.

Cincuenta años antes habían existido unos liberales constitucionalistas que se hacían llamar los «Jóvenes Otomanos». Vivían casi todos en el exilio y su objetivo principal era el estado del *Tanzimat* secularizante: ¿por qué no regresar a las virtudes del islam político, bajo el cual se respetarían, por supuesto, los derechos de los cristianos, pero sin los privilegios que estaban adquiriendo esos mismos cristianos? Un Parlamento, que representase a la mayoría musulmana, decidiría sobre la cuestión. En efecto, Abd-ul-Hamid había hecho que ese Parlamento fuera innecesario. En 1889, en el aniversario de la Revolución francesa (los billetes de tren a París eran baratos, y también el transporte urbano en esa ciudad: los socialistas italianos se aprovecharon de eso para formar un partido), un exiliado bien conectado, Ahmet Rıza, reunió a una docena de simpatizantes y formó un partido nuevo, que al final recibió el nombre de Comité de Unión y Progreso. Los armenios se unieron a él, así como un príncipe otomano disidente, Sabaheddin, sobrino del sultán. De nuevo la idea era otomana, en el sentido que estos hombres no podían ver otra alternativa que la colaboración entre los musulmanes y los demás, pero consideraban que la mayoría musulmana merecía un papel principal, y algunos de ellos se estaban empezando a interesar en la *turquidad*.

Hasta ahora, la palabra «turco» sólo la utilizaban los extranjeros, desde que los italianos medievales habían tomado *Turchia* de los árabes. En el Imperio otomano circulaban chistes sobre los «rudos turcos» y la corte se burlaba diciendo *Etrak-i bi-idrak*, que significa «los turcos son idiotas». Los campesinos hablaban y recitaban en turco pero, aunque su gramática era similar a la otomana, el vocabulario era árabe o persa, por encima del cual los hombres que dirigían las instituciones de gobierno cambiaban la escritura y el vocabulario más o menos como una forma de alejar la competencia. El turco otomano de finales del siglo XIX era conscientemente arcaizante, y es más difícil de leer que las versiones del siglo XVII. A mediados del siglo XIX, se empezó a extender el periodismo, y en uno o dos comentarios brillantes señaló que si se simplificaba la lengua se extendería la lectura y sin duda los columnistas obtendrían su justa recompensa. Ya existía un periodista bien establecido, Namık Kemal, preparado para escribir en una lengua simplificada, pero la población lectora era penosamente pequeña y el 90 por ciento de los libros publicados eran de naturaleza religiosa: la *intelligentsia* leía novelas francesas (y Abd-ul-Hamid no sólo adoraba a Sherlock Holmes, sino que otorgó una alta condecoración a Conan Doyle).

La organización central de los Jóvenes Turcos contenía diferentes tendencias: el príncipe Sabaheddin era un liberal que creía en la fraternidad otomana y obtuvo el apoyo de armenios y griegos; Ahmet Rıza insistía en la primacía de los musulmanes pero con un estilo constitucional; y después había secularistas extremos, aunque no muchos, que consideraban que el pasado otomano estaba obsoleto. Abdullah Cevdet, un médico de origen kurdo que se convirtió en sociólogo y destacó en política, escribía de forma vociferante contra la primacía de los principios coránicos e incluso

llegó a decir que la escritura árabe era extremadamente inadecuada para reproducir los sonidos turcos. Después siguieron los argumentos sobre la educación: ¿por qué las escuelas musulmanas eran más primitivas que las cristianas (o judías)? Los graduados de las nuevas academias de lenguas extranjeras estaban de acuerdo. Salían de Saint Benoît o Saint Joseph, o incluso de la femenina de Notre Dame, en Pangaltı cerca de la Academia Militar, y se burlaban de la memorización coránica que seguía impartándose en las escuelas musulmanas.

Después estaban los oficiales del ejército. Entre ellos se había desarrollado una sociedad secreta, en especial en los Balcanes, donde habían nacido muchos de ellos. Uno de ellos fue Mustafá Kemal, que después sería conocido como Atatürk, aunque no alcanzó la fama hasta mucho más tarde. Su padre murió muy pronto y su madre lo envió siendo aún un niño pequeño a una escuela religiosa en Salónica, a la que llegó a odiar. Tenía suficiente fuerza de carácter, incluso a tan temprana edad, para conseguir que lo enviaran a una escuela de cadetes, y allí lo hizo bien: fue un soldado sobresaliente. En el ejército conoció al comandante Enver (después Enver Paşa), nacido en una familia acomodada de Constantinopla, que tenía visión y capacidad de organización. Se unieron con un funcionario macedonio llamado Mehmet Talât, destinado en correos, pero en aquella época esto no implicaba un origen humilde: las oficinas de correos eran edificios grandes y a su cabeza se encontraban hombres de probidad.

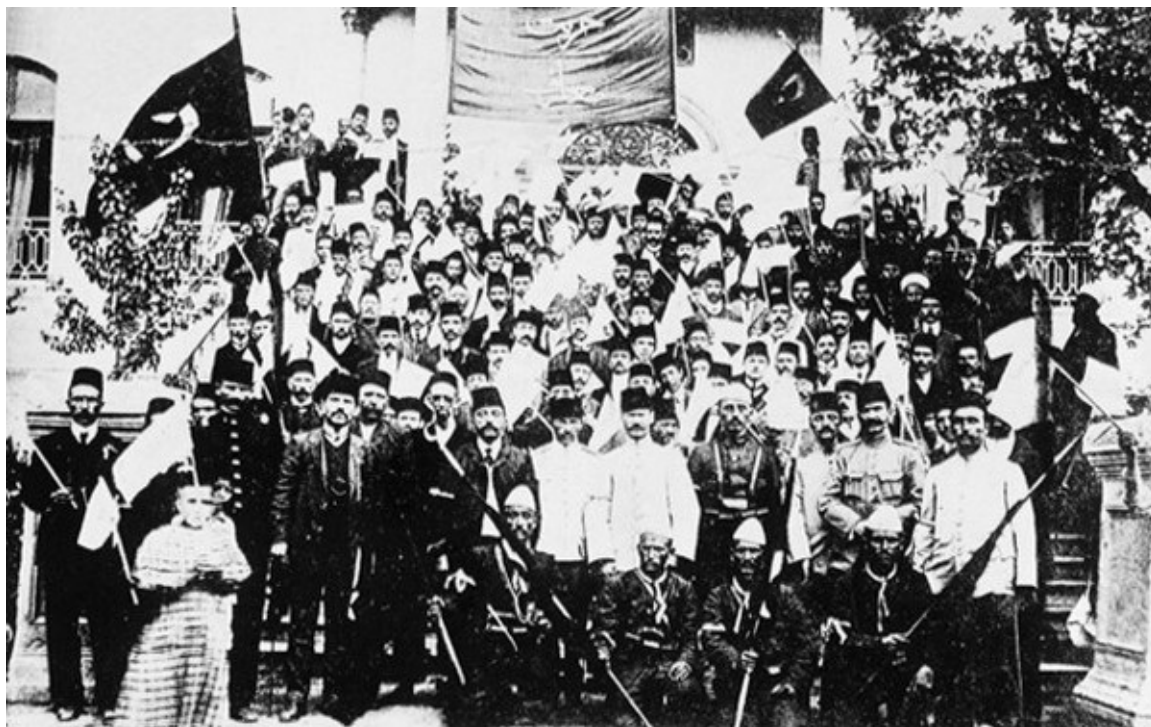
Más tarde, cuando los que tenían inclinaciones religiosas se molestaron por otro estallido de secularismo, se murmuró que estos miembros de la sociedad secreta eran judíos o criptojudíos. Esto fue así porque en Salónica había muchos *Dönmes*, judíos convertidos al islam que habían seguido más de tres siglos antes al cabalista judío y converso Sabbatai Sevi. Se decía que no eran musulmanes de verdad y resulta incuestionable que tomaron la delantera en la secularización: tenían una fundación propia, incluso para escuelas femeninas, en Salónica, llamada *Işık* (Luz), que actualmente tiene en Estambul unas dignas sucesoras en escuelas e incluso una universidad. Cavit Bey, un experto en finanzas, lo era desde luego, pero había otros, y con ellos simpatizaba un editor enérgico, Ahmet Yalman. En su momento hubo quejas en los sectores islámicos de que estos hombres querían establecer una república, en lugar de preservar el sultanato, como representante de todo el mundo musulmán. En esto no tenían demasiada razón, aunque en cierto sentido, la república, como antes el imperio, se forjó en los Balcanes.

En el verano de 1908, el motín de los oficiales triunfó totalmente y Abd-ul-Hamid se retiró al palacio de Yıldız. Sin embargo, estos oficiales no tenían experiencia política y aunque muy pronto estuvo en funcionamiento el Parlamento, el palacio seguía nombrando al gobierno. Veteranos pragmáticos ocuparon el cargo de gran visir y se extendieron los problemas de diversos tipos. Por primera vez, se produjo una huelga de verdad, que afectó especialmente a los ferrocarriles. Sin embargo, los europeos no dieron tregua a los Jóvenes Turcos. Los austríacos se anexionaron

directamente Bosnia; los búlgaros declararon la independencia y su gobernante se convirtió en rey; estaba clara la connivencia rusa. Crecía el descontento. Pero también se produjo una reacción religiosa. El fanático «Alí el Ciego» recibió en secreto el apoyo de palacio, y asaltó el Parlamento con sus propios soldados (conocido en Turquía como «el Incidente del 31 de marzo», aunque el calendario iba, como el ruso, retrasado más o menos unos quince días), como si fuera un eco de la alianza jenízaros-*ulema*. Sin embargo, esta vez los Jóvenes Turcos pudieron llamar a un «Ejército Nuevo» de verdad, que marchó desde Salónica y destronó al sultán Abdul-Hamid. Aunque le sucedieron, por turno, dos de sus hermanos, la dinastía se había convertido en poco más que una atracción en el museo de Topkapı. Mientras tanto, ¿cómo se supone que iban a utilizar el poder los Jóvenes Turcos en 1909?

# CAPÍTULO OCHO

## EL DERRUMBE



## EL DERRUMBE

**A**lgunas personas sintieron cómo les imponían el nacionalismo y eso es lo que ocurrió con la caída de Abd-ul-Hamid. La Turquía moderna da comienzo con su caída en 1909. No se trata, por supuesto, de que los Jóvenes Turcos estuvieran de acuerdo con un programa radical; intentaron controlar a los grandes visires desde bambalinas, pero ellos mismos se dividieron: cualquier comentarista británico podría haber dicho que de «Comité», «Unión» y «Progreso» sólo se podían tener dos de los tres. Había islamistas en distinto grado; había liberales; había nacionalistas turcos; había secularistas, hombres habitualmente con un trasfondo médico que, como hacen tan a menudo los médicos, contemplaban la religión y a los religiosos con un ligero desdén y con más que una ligera sorpresa. Abdullah Cevdet, que era uno de ellos, y de origen kurdo, era su portavoz: librarse de las ropas feas, los aullidos, la estupidez repetitiva, la afirmación presuntuosa de superioridad moral, la educación idiotizadora que se daba a los príncipes y el echar la culpa automáticamente a Europa por todo lo que fuera mal. Otro kurdo, Ziya Gökalp, planteó la idea de una nación-estado turca. Sobre este tema se leía a los sabios de Europa, John Stuart Mill y Emile Durkheim: la nación-estado era el ladrillo para construir el futuro. Mill pensaba que las tribus atrasadas, como los *highlanders* escoceses, los vascos (y podría haber añadido a los kurdos), debían desaparecer. Marx creía lo mismo.

Yendo a lo básico, los campesinos no se podrían alfabetizar hasta que la lengua nacional se convirtiera en un vehículo de la educación, en caso contrario los campesinos anatolios estarían perdidos, abriéndose camino entre el persa y el árabe. De hecho había un modelo a mano: el nacionalismo balcánico, en especial el griego. Existía el griego clásico y el griego eclesiástico, ambos muy alejados del mundo rural. Se había realizado un esfuerzo para modernizar la lengua, que condujo a invenciones curiosas: *metafora esoterika* para «viajar en autobús al extranjero», o la espléndida *efemeristika* para «periodismo». Pero Grecia ganaba guerras: ¿Turquía no podría realizar un esfuerzo similar de modernización con una lengua que estaba aún más alejada del pueblo normal? Un diccionario de turco antiguo es casi una aventura, que contiene palabras como *ifrahat*, que se define como «el orgullo que siente un padre por los logros de su hijo»; *adamsendecilik*, definida como «implicado de forma inútil por alguien con autoridad, hasta el punto de necesitar ayuda»; sin comentarios. Es posible que en estos casos los campesinos tuvieran un uso para esas palabras. Pero si Turquía quería ser moderna, debía existir una lengua práctica, y los Jóvenes Turcos empezaron a imponer la lengua a los no turcos. Los árabes se quejaron.

Después de 1908, cuando se anuló la censura, se produjo una explosión de comentarios y se plantearon debates pasados de moda. Con todo esto surgió una de las grandes debilidades de los secularistas. En su círculo estaban inquebrantablemente convencidos de su propia superioridad, se recreaban en el sonido de sus propias

voces, y no podían comprender a los recalcitrantes de las clases inferiores. Todas ellas eran reminiscencias de la contemporánea Tercera República francesa, que en 1906 separó la Iglesia del Estado y las monjas fueron expulsadas de los conventos a punta de bayoneta. Turquía (según suponía Abdullah Cevdet) llegaría a ese punto, o a algo similar, al cabo de veinte años. Pero primero llegó una década de pesadilla.

Cuando los Jóvenes Turcos llegaron al poder, en cierto nivel no lo hicieron mal del todo. Al proseguir las actividades de Abd-ul-Hamid, pero con mucha más energía y con personal más preparado, siguieron con las mejoras en las comunicaciones, en la organización de las ciudades y en la educación, donde se impulsó por fin la creación de escuelas para niñas. Promovieron el fútbol, que ahora se había convertido en una locura nacional. Alrededor de 1900 los británicos lo jugaban en Moda, en la orilla asiática del Bósforo. Los Jóvenes Turcos querían seguir el ejemplo, pero el *ulema* no aprobaba las piernas desnudas, y por eso el equipo turco se formó medio disfrazado, no lejos de Moda en Kadıköy donde atracaban los yates británicos. El equipo lucía medias negras y el británico, blancas. Con el tiempo se fundieron, adoptando el nombre de Beşiktaş, y los colores siguen siendo el blanco y el negro hasta la actualidad. Los chicos del Lycée Galatasaray siguieron el ejemplo, creando un equipo rival, y bajo los Jóvenes Turcos este proceso se extendió (en la actualidad, por razones diversas, el Galatasaray es el equipo favorito de los kurdos de Estambul). Pero a todo esto se unió el descubrimiento de lo que podría significar la *turquidad*, incluidas algunas especulaciones (que en realidad se debían a extranjeros, en especial a Arminius Vámbéry y otros húngaros, pero también a los tártaros rusos que se refugiaron en Anatolia) sobre las relaciones con sus hermanos largo tiempo perdidos en Asia central.

En cualquier caso, los Jóvenes Turcos desarrollaron una organización que se extendió por Anatolia, donde grupos locales representaban al Comité de Unión y Progreso (CUP): en Ankara, por ejemplo, compraron un cuartel general destacado que después albergaría la Asamblea Nacional. En estos locales, en la mayor parte del país, se discutían los principios de la modernización, pero también se realizaban nombramientos y se cerraban contratos: los hombres del Comité estaban seguros de una cosa, que habría que crear una «burguesía nacional» para competir con los no musulmanes, y esto significaba otorgarles contratos públicos. También se discutió mucho sobre la reforma de la lengua, incluido un cambio de alfabeto. A este nivel fue un período muy creativo.

Sin embargo, a nivel político, se extendió la confusión y la destrucción. El Parlamento de 1908 tuvo una mayoría de simpatizantes del CUP y durante un tiempo, bajo un presidente digno e inteligente (Ahmet Rıza), funcionó con elegancia y seriedad. Pero como ocurre con los experimentos de democracia importada, entonces y en épocas posteriores, la institución acabó reproduciendo las divisiones nativas y después las empeoró, precisamente como siempre habían dicho los reaccionarios rusos que ocurriría. La Duma rusa que surgió de la revolución de 1905 se hundió en



junio de 1907, cuando el entonces primer ministro colgó una nota en la puerta ordenando a los diputados que se fueran. Los austríacos consiguieron un Parlamento elegido por sufragio universal en 1907, que acabó exacerbando las tensiones nacionales ya existentes hasta el punto de que los presupuestos se tuvieron que aprobar por decreto, los diputados golpeaban las mesas de sus escaños y el joven Adolf Hitler, que observaba la situación, tomaba buena nota.

El Parlamento otomano, que se reunía en un edificio en el Hipódromo (que se quemó y se erigió un edificio nuevo en Fındıklı, cerca del Dolmabahçe y otros palacios del Bósforo), representaba al imperio: cristianos de todo tipo, kurdos, árabes, albaneses y todos los demás. Se podía hablar en la lengua que se quisiera (como en el Parlamento austríaco) y la asamblea estuvo muy pronto a merced de los estúpidos, los engreídos, los interesados y los vociferantes. Los Jóvenes Turcos ya se habían dividido entre liberales, que tenían una comprensión sofisticada del islam y una tolerancia considerable con los no musulmanes, los nuevos nacionalistas que se estaban impacientando con ambas cosas, y los oficiales del ejército que se estaban empezando a ver como los salvadores del país.

En 1912, al aumentar las complicaciones internacionales, los Jóvenes Turcos perdieron el poder. «Fijaron» unas elecciones para abril de 1912, pero habían aparecido oficiales del ejército disidentes, y los liberales de la oposición se hicieron con el poder durante el verano, con un partido nuevo (un griego se convirtió en ministro de Educación). Éste a su vez fue derrocado por un golpe en enero de 1913 cuando Enver Bey expulsó el gobierno a punta de pistola. Éste fue el primer golpe militar en la historia moderna de Turquía. Se iban a producir otros, siendo el más interesante el de 1980. Pero desde entonces y hasta los últimos días de la Primera Guerra Mundial, el CUP estuvo en una posición dictatorial. Entonces el nacionalismo turco estuvo a la orden del día. Los negocios gestionaban sus asuntos en turco; las escuelas de las minorías lo tenían que enseñar; al llegar la guerra se abolieron las odiadas capitulaciones, y una «burguesía nacional» empezó a obtener los contratos ventajosos. Éste es un asunto sucio que conducirá al impuesto confiscatorio de 1942 y a la persecución antigriega de 1955. Pero el trasfondo es importante.

Una causa esencial de esta confusión política era que estaban empujando a los turcos de regreso a su patria ancestral: Anatolia. Albania y los árabes amenazaban con la secesión. El último año de paz total fue 1910: la Primera Guerra Mundial se inició realmente en 1911 y terminó en 1923, y ambas fechas están relacionadas con asuntos turcos. En 1910-1911 los Jóvenes Turcos (para simplificar nos podemos referir a ellos como el CUP) tuvieron un momento breve de política ordinaria, que incluyó unas elecciones normales (perdidas por un voto). Pero después el país se hundió en la guerra. En el verano de 1911, los franceses dieron un paso más en Marruecos, y los alemanes respondieron con una cañonera, presentándose el káiser como protector del islam. Los británicos se pusieron públicamente del lado francés, y para todo el mundo quedó en evidencia el roce anglo-alemán. Los italianos se colaron

por el hueco e intentaron conquistar la última posesión otomana en el norte de África, Libia, provocando una guerra. En tierra, las cosas no fueron demasiado bien porque sólo pudieron ocupar una estrecha franja costera y los turcos lanzaron contra ellos a las tribus árabes; sin embargo, los italianos tenían una superioridad incuestionable en el mar, y la usaron para capturar la mayor parte de las islas al sur del Egeo, incluida la docena (en realidad, trece) que formaban el Dodecaneso, la palabra griega para «doce». Esto a su vez animó a los Estados balcánicos: si Turquía llegaba al colapso, cada uno podría tener su parte, y se produjo un acuerdo sorprendente entre Grecia, Serbia y Bulgaria sobre la partición de los Balcanes turcos, incluida Albania, que, en previsión, ya tenía una rebelión en marcha.

En octubre de 1912 atacaron los Estados balcánicos. El ejército otomano estaba dividido entre Anatolia, Albania y Tracia, y las comunicaciones por mar eran penosas. La flota fue derrotada por los griegos que al cabo de dos semanas habían tomado Salónica, mientras que los búlgaros se acercaban a Constantinopla; los serbios tomaron gran parte de Macedonia y los montenegrinos invadieron el norte de Albania. Las grandes potencias se alarmaron e insistieron en un armisticio, pero se rompió, y los búlgaros tomaron Edirne. Por todas partes se rendían los otomanos, y se produjeron grandes oleadas de refugiados, 30 000 de ellos alrededor de Santa Sofía, pero se extendían por todas partes en centenares de miles. Los horrores fueron muy bien descritos por León Tolstoi, cuando mujeres, niños y ancianos fueron expulsados de sus aldeas, donde habían asesinado a todos los hombres jóvenes, mientras que maestros y sacerdotes horripilantes se unían a los nacionalistas balcánicos. Esto fue el trasfondo de la vuelta al poder del CUP en enero de 1913. Al final, se firmó una paz humillante en mayo, pero los Estados balcánicos lucharon entonces contra Bulgaria en una segunda guerra, que terminó con rapidez en el momento que intervinieron los turcos y reconquistaron Edirne: la última franja del Imperio otomano en los Balcanes y que en la actualidad se llama Turquía-en-Europa. Salónica, donde habían afilado sus dientes la mayor parte de los Jóvenes Turcos, se quedó griega.

Las guerras balcánicas finalizaron en el verano de 1913, pero no terminaron con la agitación amenazadora, incluso en el corazón del imperio. Una señal de esto fue que Albania, un gran apoyo del imperio, consiguió la independencia en diciembre de 1913: la única señal que sobrevive en la actualidad de esta presencia larga y firme es la existencia en Estambul de dos lugares que se llaman Arnavutköy, «aldea albanesa». Sin embargo, en ese momento existían amenazas más peligrosas. Los kurdos casi habían sido el equivalente oriental de los albaneses: ferozmente tribales y divididos, pero también ferozmente leales. En este punto, algunos de los jefes, que se habían sofisticado en Constantinopla, empezaron a ver cierto sentido en un nacionalismo propio; en especial los rusos mostraron su interés y fueron los primeros en estudiar la lengua kurda (o, con mayor precisión, lenguas). Los árabes también formularon algún tipo de nacionalismo, dirigido generalmente por los cristianos que vivían entre ellos y que miraban hacia los franceses y, ahora, hacia los británicos en

Egipto, en busca de interés y apoyo. En Yemen también se tuvo que librar una guerra muy larga.

Aun así, la amenaza más grande era la de los armenios. Seguía existiendo una población armenia importante en las seis provincias de Anatolia oriental que pertenecían a la Armenia histórica, aunque no eran en ningún caso una mayoría. El colapso otomano en los Balcanes y el norte de África presagiaba un colapso generalizado, y los nacionalistas armenios se frotaban las manos; al menos en esto les estaba animando Rusia. Las armas se entraban de contrabando por la frontera, y los cónsules rusos ofrecían apoyo por otras vías; en el Cáucaso, los gobernadores zaristas sospechaban mucho de los armenios, en parte porque en Bakú y en otros lugares al ser buenos en los negocios, complicaban las relaciones con los tártaros musulmanes (como se llamaba entonces a los azeríes). Kars, reconstruida desde 1878 como una ciudad provincial rusa, dominada por la ciudadela enorme e imponente, se había convertido en sus nueve décimas partes en armenia, mientras que los musulmanes sólo se conocían como porteros o mercaderes itinerantes, y los nacionalistas armenios soñaban ahora con ella como la capital de un país restaurado.

La política rusa en esta materia no era nada clara. Era cierto que una Gran Armenia cristiana podía ser una herramienta útil; pero también podía mirar hacia Occidente, y en especial hacia Gran Bretaña, que estaba examinando con atención el petróleo en los cercanos Irán e Irak; y además, estaban los kurdos, algunos de los cuales actuaban en concierto con los rusos, pero que tenían sus propias querellas con los armenios. También era cierto que la conquista de Constantinopla y alzar de nuevo el Águila Doble en la Segunda Roma se suponía que era un sueño ruso. Pero ¿qué ocurriría si en su lugar tomaban la ciudad los griegos, animados por los británicos? Los rusos prudentes calculaban por eso que sus intereses quedarían mejor servidos por una Turquía débil. En este sentido plantearon un plan no para la independencia armenia, sino para una «reforma» que dejaría las seis provincias bajo un gobernador y un responsable de asuntos exteriores cristianos, pero dentro de Turquía. El plan se desplegó con mucho cuidado y la jugada rusa quedó oculta —porque los extranjeros se eligieron entre los neutrales— de manera que las otras grandes potencias no pusieran objeciones. Los turcos se vieron forzados a aceptar el plan a principios de 1914 (aunque nunca fue ratificado). Como señal de buena voluntad, incluso le ofrecieron un puesto en el gabinete al líder armenio, Boghos Nubar, que lo rechazó con el argumento de que su turco no era lo suficientemente bueno.

En todo esto se mezcló un general alemán. En la primavera de 1913, los Jóvenes Turcos solicitaron el envío de una misión militar alemana para reformar el ejército. Después de unas duras negociaciones, sobre todo por los salarios, unos setenta oficiales llegaron en diciembre de 1913 a la estación de Sirkeci, en el extremo europeo del Orient Express. A su cabeza se encontraba Liman von Sanders, hijo de un judío converso y por ello se suponía, según el anquilosado pensamiento prusiano, que era el adecuado para Oriente (también tenía una esposa inglesa). ¿Un general

alemán al mando de un cuerpo de ejército turco en los Estrechos? Para Rusia aquí se encontraban sus intereses vitales: el 90 por ciento de las exportaciones de grano —y en esta época era el mayor exportador de grano del mundo— pasaba por esos mismos Estrechos, además del interés estratégico que tenían de por sí. Éste fue el primer conflicto directo entre Alemania y Rusia, y finalizó con un compromiso a regañadientes el marzo siguiente. Liman se quedó y algunos de sus oficiales se comportaron con tanta arrogancia que tanto el embajador alemán como la principal figura civil entre los Jóvenes Turcos, Talât Bey (en aquel momento ministro del Interior, pero que muy pronto se convertiría en gran visir con el rango de pachá), escribieron solemnemente a Berlín para que retiraran la misión. Pero estaban en marcha poderosos intereses alemanes —el Deutsche Bank financiaba el ferrocarril Berlín-Bagdad— y una idea estaba dando vueltas por Berlín, que Turquía se podía convertir en «Nuestro Egipto». Es posible que los franceses aportaran la mayor parte de las inversiones, pero alemanes y austríacos controlaban la mayor parte del comercio, y estaban expulsando a los británicos.

Para entonces todo el mundo había descartado a los turcos: la cuestión era cómo se iba a partir el imperio, petróleo incluido. En esto importaban los Balcanes porque estaban casi literalmente en medio del camino. Con anterioridad, la partición de China había provocado una gran rivalidad entre las grandes potencias, pero se habían visto implicadas las marinas, no los ejércitos, y en todo caso, no estaban implicados intereses históricos. La Turquía otomana, Oriente Próximo y los Balcanes eran muy diferentes. Mientras Rusia había sido débil y atrasada como, por ejemplo, habían demostrado la guerra de Crimea e incluso la guerra de 1877-1878, al menos se podía mantener un equilibrio. Pero desde 1908 Rusia se había estado desarrollando y en 1917, cuando según los planes el armamento y los ferrocarriles estratégicos estarían a su disposición, en alianza con Francia se iba a convertir en un rival digno de Alemania.

Desde el momento de la crisis provocada por Liman von Sanders, se podía ver cómo crecía el pánico en Berlín, con los generales dando puñetazos en las mesas: la guerra ahora, antes de que sea demasiado tarde. El canciller, Theobald von Bethmann Hollweg, se lo explicó a su secretario privado, que lo recogió en su diario. Pero ¿cómo encontrar una excusa para la guerra? Apareció una cuando el heredero de la corona de Austria-Hungría fue asesinado a balazos por un terrorista serbio en Sarajevo, en Bosnia. Los alemanes les pidieron a sus aliados austro-húngaros que provocaran una guerra con Serbia; después, cuando los rusos respondieron con la movilización de sus fuerzas para proteger sus posiciones en los Balcanes, Berlín les declaró la guerra; cuando se movilizó Francia, también se declaró la guerra, y cuando la lógica militar dictó la invasión alemana de Bélgica, los británicos también se vieron arrastrados. El 4 de agosto había estallado la guerra europea. ¿Qué iban a hacer ahora los turcos?

Algunos, resignados, argumentaban que lo mejor era no hacer nada o aceptar una

alianza con Gran Bretaña. Pero el problema era que Turquía podía quedar dividida como parte de algún gran compromiso para la paz (y ya había habido algo similar en el aire después del acuerdo entre Napoleón y Alejandro I en Tilsit en 1807). Por una coincidencia extraordinaria, dos buques acorazados alemanes consiguieron escapar de la caza británica en el Mediterráneo, y llegaron a las aguas neutrales de los Estrechos. Ya el 2 de agosto, los verdaderos dueños del gobierno —otros ministros no fueron informados— habían llegado a un acuerdo para una alianza con Alemania: Talât, el gran visir Said Halim Paşa y el jefe militar, Enver Paşa, habían firmado el documento en el jardín de la casa de verano del embajador alemán en Tarabya, en la costa del Bósforo en dirección al mar Negro. El documento se mantuvo en secreto.

Ahora se encontró una forma ingeniosa de derrotar a los británicos: los dos buques alemanes, los SMS *Goeben* y *Breslau*, fueron entregados a la marina otomana, con las tripulaciones luciendo el fez y el almirante al mando, Wilhelm Souchon, entrando al servicio de Turquía. Éste era un atajo maravilloso para crear una Turquía verdaderamente independiente, desafiando las restricciones que le habían impuesto las potencias occidentales. Enver pensó en una forma de provocar la guerra. Envió los buques alemanes al mar Negro, donde eran más poderosos que cualquier otro barco, y bombardearon el puerto ruso de Odesa, causando grandes daños. Los rusos, perplejos, preguntaron diplomáticamente qué había ocurrido; pero obtuvieron una respuesta insatisfactoria y a principios de noviembre Turquía estaba en guerra con Gran Bretaña, Francia y Rusia, una coalición a la que se unió muy pronto Italia. En 1916, estas cuatro potencias habían establecido acuerdos para la partición del imperio que era lo que se suponía que iba a provocar la guerra.

Enver era aventurero por naturaleza y su plan había sido siempre sacarse un éxito de la chistera en el último momento. Aún era muy joven —su carrera de destrucción extraordinaria terminó en 1922 cuando sólo tenía cuarenta años— y apostó, primero por una guerra corta (ésta fue una ilusión universal y en retrospectiva la peor de ellas) y después por una paz negociada, en la que Turquía podría recuperar Salónica. Los Jóvenes Turcos tenían una ventaja inmediata, que todos los turcos querían: el final de las capitulaciones, los privilegios extraordinarios concedidos a las potencias occidentales en materia económica. Éstas, con la aceptación reticente de los alemanes, fueron abolidas, y por fin los turcos pudieron gestionar su propia economía. Esto favoreció la aparición de una clase comercial nacional, y como marca de este hecho, se aprobó una ley que obligaba a las empresas a realizar sus negocios en turco.

Enver también había apostado por el islam internacional. El jefe religioso de los Jóvenes Turcos llamó solemnemente a la guerra santa. No ayudó demasiado que fuera masón, ni que la guerra santa significara alistar un grupo de cristianos detrás de otro; pero en cualquier caso el llamamiento estaba vacío y no tuvo ningún efecto entre los musulmanes indios (el emir de Afganistán, al que unos alemanes emprendedores presentaron solemnemente el llamamiento, más o menos hizo con él

un dardo de papel) o entre los tártaros rusos. Más cerca, tampoco tuvo efecto en Egipto, y un ataque sorprendente contra el canal de Suez no llegó a ninguna parte. Enver también había apostado por un colapso ruso en el Cáucaso y condujo al Tercer Ejército hasta las mesetas nevadas al este de Kars. Las comunicaciones con Oriente eran terribles, puesto que el ferrocarril de Bagdad sólo llegaba hasta Ankara, y las tropas tenían que marchar los ochocientos kilómetros que quedaban más allá. El armamento esencial sólo podía llegar de Alemania, que también se encontraba bajo presión, y los enlaces a través de los Balcanes también estaban amenazados; se perdieron 90 000 hombres en la época de la batalla de Sarikamış en diciembre de 1914.

Entonces llegó el momento de una recuperación extraordinaria de Turquía: una repetición, a escala mayor, de lo que había ocurrido en los primeros meses de 1913. Los británicos, con Churchill a la cabeza, habían calculado que Turquía se derrumbaría si se realizaba un esfuerzo naval contra los Dardanelos, y en marzo de 1915, con apoyo francés, enviaron doce grandes acorazados hacia los Estrechos, armados con grandes cañones. Sin embargo, los turcos pudieron esconder las baterías costeras móviles, que causaron daños, al igual que las minas. Se hundieron tres acorazados y otros tres quedaron gravemente averiados; los británicos se retiraron. Entonces intentaron un desembarco en la costa de la península de Galípoli, y se inició una batalla hasta febrero de 1916, cuando tuvo lugar la evacuación. Estos planes sólo tenían sentido a partir de la suposición de que Turquía se iba a derrumbar, y desde luego estalló el pánico en Constantinopla. Pero ésta fue otra de esas ilusiones de la guerra. Las operaciones anfibia en la época de las armas modernas son terriblemente difíciles, porque los hombres que salían de las naves de desembarco eran presa fácil para la artillería de costa bien oculta o simplemente para fusiles bien apuntados; no era fácil abastecer a la fuerza desembarcada, incluso de productos esenciales como el agua; y el soldado turco normal, por mucho que su punto débil fueran los ataques demasiado entusiastas, no conocía el significado de la palabra pánico.

Sólo dos hombres en el bando británico comprendieron la situación: uno de ellos, Aubrey Herbert, había estado en el Imperio otomano y conocía las lenguas (le habían ofrecido, y había rechazado, la corona de Albania), y el otro, el coronel Doughty-Wylie, que había servido como cónsul militar en Adana con el objetivo de pacificar la situación con los armenios en 1909, y había simpatizado con los turcos hasta el punto de servir con el Creciente Rojo, el equivalente de la Cruz Roja, y había sido condecorado por el sultán, y ahora, al desembarcar con las tropas en abril de 1915, sólo llevaba un bastón, porque no tenía intención de matar turcos (murió de un tiro, pero se le otorgó una Cruz Victoria a título póstumo). Por lo demás, en el lado británico reinaba la confianza excesiva, el romanticismo y una ineficacia gloriosa. Los ataques fracasaron; un intento en agosto de desembarcar en otro punto de la costa también fracasó. Con 250 000 bajas en el bando aliado y quizá unas 400 000 en el turco, los aliados se retiraron a Salónica, donde se estableció otro frente —violando la

neutralidad griega—, aunque no tuvo ninguna efectividad hasta 1918. En la primavera de 1916 se produjo otra victoria turca en Kut-el-Amara al sur de Bagdad, donde fue rodeada una división británica y se tuvo que rendir.

Los ataques británicos en marzo-abril de 1915 representaron una amenaza mortal, y coincidieron con los ataques rusos en Anatolia oriental. El gobierno de Constantinopla respondió con una medida terrible. En estos momentos se agudizó la cuestión armenia. Había cuatro brigadas armenias en el ejército ruso, y el patriarca en la Armenia rusa, con el respaldo del zar, hizo un llamamiento para un levantamiento general contra los turcos. Tuvo lugar en la región de Van, donde asesinaron a los musulmanes, y el pueblo musulmán al pie de la gran fortaleza rocosa que domina el lago de Van quedó reducido a ruinas (aún se pueden ver los vestigios).

A finales de abril también se produjeron ataques contra las comunicaciones de retaguardia y el escaso equipo de señales del ejército turco. Esto coincidió con los desembarcos aliados en Galípoli, y Talât respondió deteniendo a las principales figuras armenias en Constantinopla, que fueron deportadas al interior y en algunos casos asesinadas. Después llegaron las órdenes para la deportación de la población armenia de las zonas militares (se hicieron muchas excepciones) y las columnas de civiles se arrastraron hacia zonas de asentamiento en otras áreas, principalmente al norte de Siria. Hubo ataques contra estas columnas, por parte de tribus kurdas o árabes, en algunas casos en connivencia con las autoridades otomanas, y se produjeron masacres bien documentadas, presenciadas por cónsules y misioneros extranjeros, que asumieron que todo esto estaba ocurriendo por orden del gobierno. Esta implicación directa no se ha podido demostrar nunca —la opinión general en la actualidad es que la prueba esgrimida es una falsificación— y el gobierno juzgó a 1500 de sus hombres, ejecutando a cincuenta, incluido un gobernador.

¿Fue este «genocidio» lo que se pretende que fue? Como dice el historiador Bernard Lewis, depende de lo que quieras decir con esa palabra; y si se acepta para los acontecimientos de 1915, sería legítimo extenderla para explicar el destino de millones de musulmanes expulsados de los Balcanes o del Cáucaso a medida que retrocedía el Imperio otomano. Los armenios de Constantinopla, Esmirna y Alepo quedaron al margen, pero se contaron historias terribles de muchos otros sitios. En Ankara o Kayseri existían importantes poblaciones armenias, que no le hacían daño a nadie. Tenían propiedades, a veces abundantes. También fueron deportadas y miembros del CUP robaron las propiedades para un enriquecimiento con frecuencia significativo de sus familias.

En 1917, el esfuerzo militar estaba provocando mucha escasez. Se produjeron desertiones a las que siguió el bandidaje. Apareció una inflación imparable de los precios e incluso dignatarios orgullosos se vieron obligados a llevar ropas muy remendadas; se extendieron el hambre y las enfermedades. Grandes áreas de Anatolia oriental quedaron prácticamente despobladas, y al tomar el ejército ruso grandes parcelas de territorio, incluidos Erzurum y Trebisonda, se produjeron más masacres a

manos de los armenios. El imperio se salvó del colapso sólo por la inactividad del ejército aliado en Salónica, y después, en el otro frente, por la Revolución rusa. En marzo de 1917 derrocaron al zar y en noviembre los bolcheviques conquistaron el poder con un programa de pan, paz y tierras (para los campesinos), del que la paz, a cualquier precio, se podía realizar de inmediato. El armisticio llegó en diciembre de 1917 y un tratado, firmado en el cuartel general alemán en la ciudad de Brest-Litovsk, en marzo de 1918.

De repente, los planes de Enver Paşa parecía que tenían sentido. Los rusos se retiraron del sur del Cáucaso, y Enver envió a sus tropas, que llegaron hasta Bakú en el Caspio (e incluso más al norte), donde existía una población azerí, inclinada a simpatizar con los turcos. La Armenia independiente entró también en una existencia agónica, obligada por el momento a llegar a un acuerdo con los turcos. Sin embargo, todo esto era una ilusión. En Francia, el ejército alemán lanzó una serie de ofensivas espectaculares, que fracasaron en julio de 1918; a esto siguieron unas victoriosas ofensivas aliadas, que obligaron a los alemanes a pedir un armisticio en noviembre. Antes de eso, sus aliados también habían llegado al colapso: primero Bulgaria a finales de septiembre. Los turcos quedaron ahora aislados de Alemania y el gobierno se desintegró (los principales hombres del CUP huyeron en una motora alemana hasta un acorazado y con él hasta Odesa, que seguía en poder de las potencias centrales). Los turcos se dirigieron al comandante naval británico en el Egeo en petición de un armisticio, firmado el 30 de octubre en Mudros, en la isla de Lemnos (y en parte gracias a los buenos oficios del general británico capturado en Kut-el-Amara, sir Charles Vere Townshend, que había pasado cómodamente su internamiento en Büyükkada —en griego *Prinkipo* de la palabra que significaba príncipe—, la isla más grande frente a Estambul, donde más tarde también estuvo semiinternado Trotski). A esto siguió la ocupación aliada de Constantinopla.

Los vencedores se dedicaron ahora a dividir el imperio: los italianos en el sudoeste, los británicos en Irak, Palestina y la región de Constantinopla, los franceses en Siria y el sudeste. Se reunieron los plenipotenciarios. Los armenios soñaron ahora con una Gran Armenia aún más grande, del mar Negro al Mediterráneo, y buscaron el apoyo americano. Existían más posibilidades: el Kurdistán. Por supuesto, las potencias discutieron entre ellas, y los británicos decidieron utilizar a los griegos, cuyo primer ministro, el nacionalista Venizelos, era muy admirado y tenía la confianza de Lloyd George. A mediados de mayo de 1919 se les animó a ocupar la Esmirna parcialmente griega y sus tropas se extendieron por toda la zona, expulsando a los turcos y comportándose a veces con mucha crueldad (uno de los comandantes de su ejército, el príncipe Andrés, padre del duque de Edimburgo, dijo que no podía creer que ningún ser humano se pudiese comportar de esa manera, y mucho menos los griegos).

Mientras tanto, el sultán, ahora Mehmed VI Vahdettin (reinado 1918-1922), y sus adláteres eran derrotistas. Los otomanos lo habían intentado todo: la secularización



del *Tanzimat*, una Constitución, colaboración con la Deuda, reacción islámica, un tipo de revolución, alianza con Gran Bretaña, alianza con Alemania, pero no había funcionado nada. El sultán veía su futuro sólo como califa, cabeza de todo el mundo musulmán, incluida, por supuesto, la India británica, donde creía que seguía conservando algunos triunfos. En otras palabras, se podía convertir en una especie de Aga Kan (cabeza de una variante civilizada del islam y también muy rico). Sus hombres firmaron el Tratado de Sèvres en 1920, que recortaba el imperio y le dejaba con un Estado pequeño en el centro de Anatolia, cuya capital podría haber sido Ankara. Era un tratado humillante, diseñado para llevar la civilización a los turcos, que se disponían a engrasar los frenos de las locomotoras y no a vender postales sucias. En la región de Esmirna se estableció un gobernador, Aristidis Stergiadis, que, como cretense, se suponía que comprendía a los musulmanes y que había sido el primer gobernador griego de la Salónica ocupada. Sus maneras fueron suaves, tan suaves que irritaron a los nacionalistas griegos locales. Los griegos fundaron incluso una Universidad del Mediterráneo Oriental, con el objetivo de rehelenizar a los musulmanes locales. Mientras tanto, los armenios ocuparon Kars y se encaminaron hacia Trebisonda y Erzurum; su megalomanía llegó a tal punto que su primera acción después del armisticio fue atacar a Georgia con la excusa de que Batum, un puerto bastante importante, en realidad les pertenecía.

Todo esto provocó una reacción musulmana, que podríamos llamar en realidad «turca», pero en esa época los ciudadanos normales, en especial en el este, se definían por la religión. Ahora surgió un líder de genio, Mustafá Kemal, al que el mundo conocerá por el sobrenombre que adoptará más tarde: Atatürk, o «Padre de los Turcos». Había sido un general de gran éxito en Galípoli y en otros escenarios, y había planteado un juego muy cuidadoso, obteniendo al principio la aprobación del sultán (que quizá sospechó sus intenciones reales) y después partió con un pretexto en un vapor de estilo Clyde hacia Samsun, en el mar Negro, el 19 de mayo de 1919. Viajando por carreteras polvorientas en un coche militar alemán abandonado (que se averiaba con frecuencia), buscó apoyos. Los armenios, que habían estado masacrando con diligencia y por su propia cuenta, acusaban a los musulmanes, incluidos los kurdos, de unirse como no lo habían hecho nunca antes, y Mustafá Kemal tenía el carisma y la astucia para convertirse en su líder. Después retó al gobierno del sultán. Por casualidad se tropezó con Ankara para convertirla en su base, porque se encontraba en una línea de ferrocarril y porque tenía oficina de telégrafos, que utilizó con gran eficacia. Muy pronto, Mustafá Kemal estaba reuniendo seguidores en la Constantinopla ocupada y una «Gran Asamblea Nacional» se reunió en abril de 1920 en un local de los Jóvenes Turcos. No se trataba de un paseo; dirigirla fue difícil y se tuvieron que hacer grandes concesiones (como la prohibición del alcohol y disposiciones religiosas para la vestimenta de las mujeres). Sin embargo, existía un ejército, que se había retirado del Cáucaso, y aunque avanzaban los franceses por el sudeste, con una legión armenia a la cola, y los griegos por el oeste, se les estaba

ofreciendo resistencia.

En 1920 entró un factor nuevo en los cálculos. En Rusia los bolcheviques habían ganado la guerra civil, pero temían mucho una intervención aliada, y necesitaban apoyos. Habían llegado a comprender que bajo la bandera del antiimperialismo podían reclutar a los musulmanes; y después de algunos experimentos con Enver, sospecharon que Mustafá Kemal iba a ser su hombre. Se intercambiaron mensajes entre Ankara y Moscú, seguido de enviados y se cerraron acuerdos. En 1920 llegaron al mar Negro el oro y las armas soviéticas, y la primera consecuencia se sintió en el frente oriental, donde los armenios se derrumbaron. Después los nacionalistas enviaron apoyos al frente sudeste, donde los franceses llegaron muy pronto a un acuerdo, y cerraron un trato sobre la frontera con Siria. En 1921, los turcos ya tenían suficiente fuerza para resistir a los griegos que, seguros del apoyo británico, avanzaban salvajemente hacia Ankara. En una gran batalla a orillas del río Sakarya, en agosto-septiembre, los detuvieron, y fue una victoria que dio la vuelta al mundo, en especial en el mundo musulmán: los telegramas de felicitación llegaron de todas partes.

Mustafá Kemal mostró entonces sus cualidades en otra faceta: sabía cuándo se tenía que parar. No quería provocar una intervención británica y refrenó, durante un año, cualquier ataque; en su lugar (y para esto necesitó capacidad de gestión) afianzó su posición interior en Ankara, que estaba adquiriendo los rudimentos de una capital (la embajada francesa eran las oficinas del ferrocarril). Después, en agosto de 1922, atacó, y esta vez fue el turno de Grecia de llegar al colapso. Su ejército se rompió (incluso capturó al alto mando) y el 9 de septiembre los turcos entraron en Esmirna (que se convirtió en İzmir). Los griegos, en retirada, habían incendiado varios puntos y en la gran bahía quedaban unos treinta buques aliados. Esmirna tenía unos 300 000 griegos y otros cristianos, y el general turco, Nurettin, en cualquier caso un hombre amargado, por no decir enloquecido, que había perdido a sus hijos en la guerra, probablemente decidió prevenir cualquier reconquista. La parte no musulmana (y no judía: en su conjunto los judíos se habían unido al bando nacionalista) de la ciudad fue quemada, en un incendio que duró cinco días, mientras cientos de miles de refugiados se apelotonaron en la carretera costera y en el puerto, esperando la ayuda que las fintas diplomáticas no permitieron durante todo ese tiempo. Se trata de un episodio que ha pasado al subconsciente mundial. En cualquier caso, los nacionalistas habían ganado. Mustafá Kemal entró en la ciudad y descubrió que, en las escaleras que conducían a la casa gubernativa, habían extendido una bandera griega para que pasase por encima. No lo iba a hacer: la caballeridad significaba que debía respetar una bandera por la que habían muerto hombres.

Como consecuencia, sus fuerzas se dirigieron hacia Constantinopla y allí encontraron un cordón británico. Lloyd George estaba empeñado en evitar que los turcos ganasen, y envió un telegrama al comandante local, ordenándole que luchase. El comandante, «Tim» Harington, era un hombre de gran sentido común y

humanidad; en cualquier caso el ejército británico estaba allí para respetar a los turcos y al final resultó que, años después, algunos de los supervivientes de Kut-el-Amara incluso pasaban las vacaciones de verano con sus antiguos guardias. Harington guardó el telegrama en el bolsillo e hizo ver que no había llegado. Después negoció con sensatez con los turcos, acordando que los dejaría entrar en lo que es en la actualidad Turquía-en-Europa, y, en noviembre, en Constantinopla. El sultán, temiendo lo peor, fue trasladado de incógnito a un acorazado británico y, junto con sus cinco esposas, fue llevado a Malta (donde se le presentó la factura). En 1923 se firmó un tratado de paz en Lausanne y en él se establecieron las fronteras actuales de Turquía, aunque se ampliaron en 1939 cuando los franceses entregaron la zona de Antalya, la antigua Antioquía, que en un principio se había asignado a la colonia siria. Después, en 1923 y 1924, llegó la culminación y la consecuencia descorazonadora de todo esto. El odio entre turcos y griegos había ido creciendo y la coexistencia era casi imposible. Se produjo un intercambio de población: casi medio millón de musulmanes, algunos de ellos de lengua griega, de Grecia, y cerca de un millón de griegos, muchos de lengua turca, de Anatolia. A esto siguió la miseria y ambos países volvieron varias generaciones atrás, aunque en Constantinopla se permitió que cerca de un cuarto de millón de griegos siguieran residiendo con su patriarca en el antiguo distrito de Fener. Pero ahora ya se había establecido un Estado nacional turco, y Mustafá Kemal lo proclamó una república el 29 de octubre de 1923.

# EPÍLOGO

## LA REPÚBLICA TURCA



## LA REPÚBLICA TURCA

**A**l final se produjo otro momento otomano, que fue un anticipo de las cosas que estaban por llegar mucho más tarde. En el nacionalismo turco existió siempre un fuerte componente religioso, y Kemal Atatürk tuvo mucho cuidado en que no se le volviera en contra. Tuvo que pelear incluso para la deposición del sultán y se vio obligado a realizar concesiones: el primo del sultán, Abd-ul-Mejid, recibió permiso inicialmente para permanecer en el palacio de Dolmabahçe como califa de todo el islam; en cualquier caso, la República era aún muy débil y al menos con esto tenía una carta que jugar. Sin embargo, Atatürk, como lo podemos llamar ahora, estaba dispuesto a eliminar el islam de la vida pública, y el primer paso era deponer también al califa, que con más de un centenar de miembros de la dinastía otomana fue expulsado en 1924. Este hecho levantó muchas murmuraciones, y en 1926 se realizó un juicio político contra algunos supervivientes de los Jóvenes Turcos que se habían destacado en la oposición al fin del califato y la degradación de la religión; otros, incluidos algunos que fueron en su momento colaboradores estrechos, fueron exiliados. También se desarrolló una rebelión kurda, que fue aplastada con gran fuerza. Aun así, el prestigio de Atatürk era tan grande que nadie se atrevía a atacarle, y él siguió adelante para formar un Estado de partido único.

Kemal Atatürk se convirtió en objeto de culto, con su estatua en todos los pueblos —como Lenin— y no parece que pusiera muchas objeciones. Esta situación continúa hasta la actualidad, para sorpresa de los extranjeros. Pero Atatürk se ha convertido en una especie de código para una Turquía moderna, apartada de los vecinos más primitivos, en la que las mujeres tienen igualdad y el objetivo es la occidentalización. En las décadas de 1920 y 1930, las reformas siguieron adelante. La más importante se centró en la lengua, su desguace, en un mes a finales de 1928, el viejo alfabeto otomano persa-árabe, que sin duda era poético pero que nunca se podría utilizar como vehículo para la alfabetización en masa que logró Turquía con el alfabeto latino. La reforma de la lengua implicó también la eliminación de parte del vocabulario árabe o persa, y aunque se pudo defender a principios de la década de 1930 —ningún «turco» comprendía dichas palabras—, más tarde fue mucho más lejos, dando como resultado una mutilación hasta tal punto de la lengua que los estudiantes actuales tienen que leer los clásicos del pasado en versiones en turco ultramoderno. Incluso se tuvo que traducir la Constitución, y más tarde se restauró la de 1924 después de la elección de un gobierno diferente en 1950.

En este contexto se disolvió la vieja universidad y se contrató a un millar de académicos extranjeros para integrarse en la nueva, lo que es un tema que sigue dividiendo al jurado. A esto siguieron modelos extranjeros en medicina, educación y arquitectura, y Ankara fue rápidamente reconstruida como capital, con algunos edificios decentes de estilo Bauhaus, calles amplias, una ópera, un teatro, una

biblioteca estatal, una escuela de lengua inglesa. Aunque más tarde quedaría anegada por emigrantes rurales, y aunque la gente de Estambul la sigue viendo como burocráticamente aburrida, funciona bastante bien y es un buen sitio para una familia joven. El símbolo de todo esto fue la insistencia de Atatürk en que los hombres debían llevar sombreros y no fez o turbante; y tampoco le gustaban las barbas. Entre las dos guerras mundiales se produjo un progreso considerable de las disposiciones que habían sido aprobadas y apareció una pequeña oleada de libros adulatorios. También hubo mucha imitación, ya fuera en Afganistán o Persia, o incluso más tarde en el Egipto de Nasser.

En esa época el islam fue simplemente rechazado como una carga: analfabetismo, conservadurismo irracional y un malgasto interminable de dinero en regalos a las tumbas de los santos y otras cosas por el estilo. Esas extravagancias fueron prohibidas, junto con las diversas hermandades (*tarikát*) que las respaldaban, excepto en parte por los Mevlevi, que históricamente eran mucho más tolerantes y abiertos (incluso el gran ministro de Educación de la década de 1940, Hasan Ali Yücel, que solía sentar cátedra de literatura occidental en un café en Tandoğan, cerca de la Universidad de Ankara, era Mevlevi). El Corán fue traducido al turco y la llamada a la oración también se pronunciaba en turco y no en árabe. En público Atatürk era muy cuidadoso, pero en privado (momentos en los que bebía demasiado) decía que era absurdo que un beduino del siglo VII dictase hasta el más mínimo detalle de la vida personal de la gente. Los conservadores religiosos odiaban todo esto, pero no podían hablar abiertamente. Su momento llegó más tarde y hablarán la lengua del perseguidor con el tono de los perseguidos, como dijo alguien del papa Pío IX, cuando lo privaron del monopolio de la educación en Italia a mediados del siglo XIX.

En otro tema, Atatürk fue aún más cuidadoso. Judíos, armenios y griegos seguían siendo más importantes en algunas partes de la economía de lo que podía justificar su número: los griegos copaban la mitad de la bolsa. En la década de 1920, cuando el mundo realizó un esfuerzo para volver al libre comercio y a las divisas estables de 1914, las minorías seguían siendo muy importantes. Sin embargo, con la crisis mundial de 1929, el comercio exterior y las inversiones se derrumbaron, y no quedó mucha más alternativa que la acción del Estado. Los republicanos tuvieron que establecer consejos de mercado y nuevas industrias nacionales; en esto, tuvieron ayuda soviética. En 1929 Trotski fue expulsado por un Stalin que aún no era lo suficientemente fuerte para hacerlo asesinar, como ocurriría más tarde. Los turcos estuvieron de acuerdo en acogerlo, y vivió cuatro años en la isla de Büyükada (en la casa espantosa construida para İzzet Paşa, el sicario de Abd-ul-Hamid). Parece que la contrapartida fue un crédito blando de 8 millones de rublos-oro y numerosas fábricas textiles, en especial una en Kayseri, donde la élite local era fuertemente republicano-nacionalista y donde —es casi el centro geográfico del país— existen en la actualidad industrias aeronáuticas y del mueble, y ciertas dificultades para conseguir un trago. La vieja iglesia armenia sobrevivió y se puede apreciar la mole de una escuela griega,

pero los barrios antiguos fueron derribados y sustituidos por una masa de cemento que abraza los grandes edificios selyúcidas del pasado<sup>[13]</sup>. Una visita oficial soviética en 1933 fue recordada dando el nombre de «Plaza Voroshilov» a un lugar en el Ízmir reconstruido, en honor del general soviético del mismo nombre.

En esos años, si se encendía la radio, sólo se podía escuchar música clásica occidental; fútbol, *boy scouts*, estaban por todas partes, aunque los *scouts* estaban dirigidos por el ministro de Educación; una cantante de ópera turca, Semiha Berksoy, alcanzó fama en Europa, y los turcos afianzaron su puesto en la escena internacional. Atatürk murió, muy respetado, en 1938. Con el paso del tiempo su leyenda se ha visto contestada, como ha ocurrido con la figura comparable de De Gaulle. Ambos hombres se llevaron los méritos por los logros de sus subordinados; ambos persiguieron de forma bastante innecesaria a subordinados desleales; a ambos se les puede acusar de imponer soluciones por su autoridad, cuando habría sido más deseable una evolución. Pero aun así dejaron una sensación de grandeza.

Los sucesores de Atatürk no fueron de la misma clase. Para empezar, se aferraron rígidamente a la fórmula republicana, y la policía se volvió muy impopular por su actitud prepotente y mezquina. Durante la guerra, en la que Turquía fue neutral durante la mayor parte de la contienda, la economía sufrió mucho por la escasez y la inflación, porque la mayor parte de los hombres jóvenes fueron llamados a filas. Existió una gran hostilidad hacia las minorías, y en 1942 se realizó un esfuerzo para hacerles pagar para compensar las terribles penurias. Esto —el impuesto sobre la propiedad o *varlık vergisi*— resultó ser una versión mitigada de la discriminación contra las minorías que se había impuesto horriblemente en muchos países de la Europa de esta época. Fue un grave error. Como consecuencia quebraron muchos negocios (existía incluso una categoría «D» de contribuyentes, para los *Dönme*, es decir, los judíos convertidos al islam) y hubo muchos aprovechados. El impuesto fue abolido a principios de 1944, pero ya había dañado la reputación de Turquía. Más daño hizo la negativa del presidente İsmet İnönü de unirse a los Aliados en 1943, cuando Churchill se lo pidió personalmente. İnönü era demasiado prudente y temía, quizá con razón, que si se unía a ellos, era muy posible que lo tuviera que rescatar la Unión Soviética y que el país caería en manos de los comunistas.

Al final, Turquía se unió a los Aliados, pero sólo porque Iósif Stalin la amenazó al final de la guerra, exigiendo la devolución de las provincias orientales que habían cedido en 1918, y el derecho a establecer una guarnición en los Estrechos, cerca de Estambul. Ante eso, los americanos enviaron buques de guerra y Turquía se acabó beneficiando del Plan Marshall. Se unió a la OTAN en 1952, después de enviar un contingente a la guerra de Corea en 1950, y en la década de 1950 la ayuda americana fluyó a raudales: en el campo aparecieron los tractores, al igual que la electricidad. Hubo una contrapartida política. Los americanos preferían que sus aliados fueran democráticos, e İnönü cedió. En 1950 permitió unas elecciones libres, y el partido único republicano sufrió una sonora derrota. Surgió un partido nuevo, los

Demócratas, que realizaron una aproximación a la religión, al principio no demasiado importante, pero que presagiaba lo que estaba por venir. Tenía el apoyo de hombres de negocios turcos y musulmanes, y en 1955 se produjo el peor error de la historia moderna de Turquía, cuando algunos intereses oscuros provocaron disturbios contra los griegos en Estambul. Muchos de ellos emigraron, como habían hecho muchos armenios y judíos, para gran empobrecimiento del país, y la ruina casi total del antiguo centro europeo, Beyoğlu y Gálata, que no se han recuperado hasta, poco más o menos, los últimos diez años (la restauración es ahora espectacular). A partir de entonces los Demócratas se volvieron corruptos y autoritarios; durante su mandato aumentó la inflación que empobreció a los oficiales del ejército; les odiaban en los círculos ilustrados y seculares; fueron derrocados por un golpe militar en 1960 y el primer ministro, Adnan Menderes, fue ahorcado, a pesar de las peticiones de clemencia del Papa, del presidente Eisenhower y de la reina de Inglaterra. Incluso el patriarca griego había aparecido como testigo de la defensa. La reputación internacional de Turquía no se recuperó durante mucho tiempo.

Además, el golpe militar no resolvió nada. El país era pobre y tenía un problema demográfico terrible. El progreso republicano de la década de 1930 tuvo un fuerte carácter sanitario, de manera que los bebés ya no morían pronto por falta de higiene. Ahora, un país de 17 millones de habitantes sumaba cada año la población de Dinamarca, y la gente emigraba de las aldeas a las ciudades. Estambul creció del millón de habitantes hasta los 15 millones (actuales); Ankara pasó de 400 000 a 4 millones, y el extrarradio de ambas ciudades se distinguen por kilómetro tras kilómetro de chabolas construidas con precipitación. En el este principalmente kurdo, el problema era aún peor, porque allí seguía aún vigente la poligamia y un hombre podía tener cuarenta hijos, mientras que incluso las familias normales procreaban un equipo de fútbol. Estos problemas colapsaron la educación, la electricidad, el alcantarillado... todo. Los ideólogos del golpe militar imaginaron que podían gestionar estos problemas si tenían una democracia que funcionase correctamente, y para eso redactaron una Constitución. Se celebraron elecciones bajo un sistema de representación proporcional y se inició un Plan Quinquenal (que sigue existiendo, aunque pasa desapercibido).

Este sueño de occidentalización voluntarista se vio muy pronto comprometido. El sistema electoral sólo mostró las divisiones del país, que siguen persistiendo. Había una izquierda, dominada por republicanos secularistas que tenían las simpatías del ejército, y recibían el apoyo principal de los alevís, musulmanes que eran tan heréticos que casi no se les podía llamar musulmanes. Y había una derecha, con hombres de negocios de provincias que se inclinaban hacia la religión; y existían otros dos grupos menores: uno islámico con sus raíces en la pía Konya, y otro nacionalista, que a veces se expresaba con un lenguaje directamente fascista. La historia política turca en la década de 1960 es bastante infeliz, más aún cuando la generación de secularistas sabelotodo se inclinaron hacia el terrorismo. En el Robert



College, ahora ya una institución educativa venerable, el problema era tan grave que fueron descolgados los retratos de los fundadores americanos y se tuvo que llamar a la policía: fue en este momento que la academia se trasladó y sus edificios fueron entregados a la Universidad Boğaziçi.

En 1971 se produjo otro golpe militar, pero se volvió a imponer el mismo esquema, y la política de la década de 1970, aquejada por la inflación, la deuda y las restricciones energéticas, fue aún más descorazonadora. En 1979, morían casi veinte personas cada día en los combates entre izquierda, derecha e islamistas, y las grandes universidades se convirtieron en campos de batalla. En 1960, Turquía había estado muy por delante de Corea del Sur, cuyo principal producto de exportación eran las pelucas. Veinte años después, se produjo el milagro coreano, con productos por todo el mundo, mientras que Turquía seguía exportando tomates. En 1980 llegó otro golpe militar, esta vez mucho más meditado que los anteriores. Es posible que los generales, a través de la CIA, hubieran aprendido del ejemplo del general Pinochet en Chile en 1973, que había ocupado el poder de un plumazo, había decretado reformas a favor del libre comercio, había presidido una recuperación económica considerable y después había celebrado unas elecciones que había perdido.

Los generales turcos no llegaron tan lejos. En primer lugar, las bajas de este golpe fueron muy escasas, aunque se produjo una protesta enorme y quizá unas 1500 personas se exiliaron. La mayor parte del país recibió la noticia del golpe con un suspiro de alivio. Los generales no querían preeminencia política, más allá de su influencia entre bambalinas, y no estaban demasiado interesados en el mercado libre: sólo querían que la economía funcionase mejor. Además, sus aliados americanos y europeos estaban empeñados en que se restaurase la democracia. Arrestaron a los antiguos políticos (de forma bastante humana: cogieron a los mejores amigos de estos hombres para que llamasen a la puerta a las tres de la madrugada, temiendo que si los políticos de la talla política turca habitual veían soldados a la puerta, podrían sufrir un ataque al corazón) y prohibieron los partidos.

En 1982 surgieron partidos nuevos y uno de ellos, Madre Patria, fue capaz de presentarse como la oposición verdadera, como resultado de una maniobra muy inteligente. Su líder era Turgut Özal, que fue el segundo fundador de la República. Era el hombre de los americanos y había trabajado en el Banco Mundial, y después de que su partido ganase las elecciones de 1983 y 1987, su gabinete estuvo formado por miembros con doctorados americanos. Özal fue el hombre de la liberalización económica y la posición estratégica de Turquía en Oriente Próximo, que en ese momento estaba cuajando, permitió que pudiera confiar en el apoyo del Fondo Monetario Internacional y de la Organización Mundial del Comercio. El resultado, junto con la liberalización del comercio y los acuerdos financieros, fue una inyección de energía que produjo algo así como un milagro económico. Se centraba en la exportación y se basaba en los elementos que habían hecho posible milagros similares en otras partes: devaluación, refuerzo del control sobre la divisa, mayor

libertad para los bancos, movilización del trabajo, impuestos bajos (en su conjunto). En 2010 Turquía se había convertido en vigésima economía del mundo, a mucha, mucha distancia de la época en que si querías que te hicieran una mesa tenías que buscar un carpintero armenio que supiera cómo se debía hacer para que no se moviesen las patas. Las carreteras —muy buenas— de Estambul a Kayseri y Antep iban plagadas de camiones pesados que transportaban bienes desde Europa central; uno de cada cuatro televisores que se vende en el Reino Unido está fabricado en Turquía; los representantes de las empresas farmacéuticas turcas están repartidos por todo el mundo.

Özal murió relativamente joven en 1993, incapaz de controlarse con la comida y el tabaco, pero rehízo la República. Uno de los elementos esenciales fue el desmantelamiento de la vieja maquinaria del Estado, que siguió existiendo, pero fue superada por el dinero privado. La disciplina procedía ahora de una fuente extraña. El ejército, al tomar el poder en 1980, se había unido deliberadamente al clero, o al menos a algunos elementos del mismo. Como antídoto al marxismo, y también a los separatistas maoístas kurdos del PKK, el islam era poderoso e hizo su aparición en las escuelas, donde la instrucción religiosa se volvió obligatoria. También aumentó el número de las escuelas especiales creadas para formar a los clérigos, mucho más allá de sus propósitos originales, y ante los ojos seculares, estas instituciones lavaban el cerebro a los chicos y en especial a las muchachas para que aceptasen los papeles antiguos, que representaban atraso, oscurantismo y estupidez. Pero por encima de todo esto existía el problema de que los gobiernos secularistas se superaban en corrupción e ineficacia.

Por el contrario, el partido islamista actuaba con gran honestidad y eficiencia, como mostraba el mandato de Recep Tayyip Erdoğan (1994-1998) como alcalde de Estambul (después se convirtió en primer ministro). Gobiernos anteriores habían sido incapaces de controlar una inflación de billetes de proporciones ridículas (al final, antes de la reforma de la moneda en 2005, existía un billete de cincuenta millones, que equivalía a 20 libras esterlinas). No se trataba de una inflación real, en el sentido de que se podía cambiar con facilidad el dinero en dólares tocando uno o dos botones, y los precios en dólares sólo subían ligeramente. El sistema iba en provecho del gobierno, que producía el papel y después lo cambiaba por dólares; esto cubría los ingresos impositivos que se recaudaban de forma ineficiente, y el período de tiempo entre que una persona recibía millones turcos y los convertía en decenas americanas era tal que un uno o dos por ciento iban al gobierno como una especie de comisión de mediación. Mientras tanto, cualquiera con dinero, calculando bien el momento de cambiar la moneda, podía conseguir fácilmente bonificaciones del 25 por ciento en los impuestos, sencillamente a través de un fondo gestionado por un banco. La gente que sufría eran los que trabajaban para el Estado, que pagaban el impuesto sobre la renta, y por supuesto los pobres, que demostraban una resignación extraordinaria, aunque las tasas de criminalidad empezaban a subir. En las décadas de 1990 y 2000,

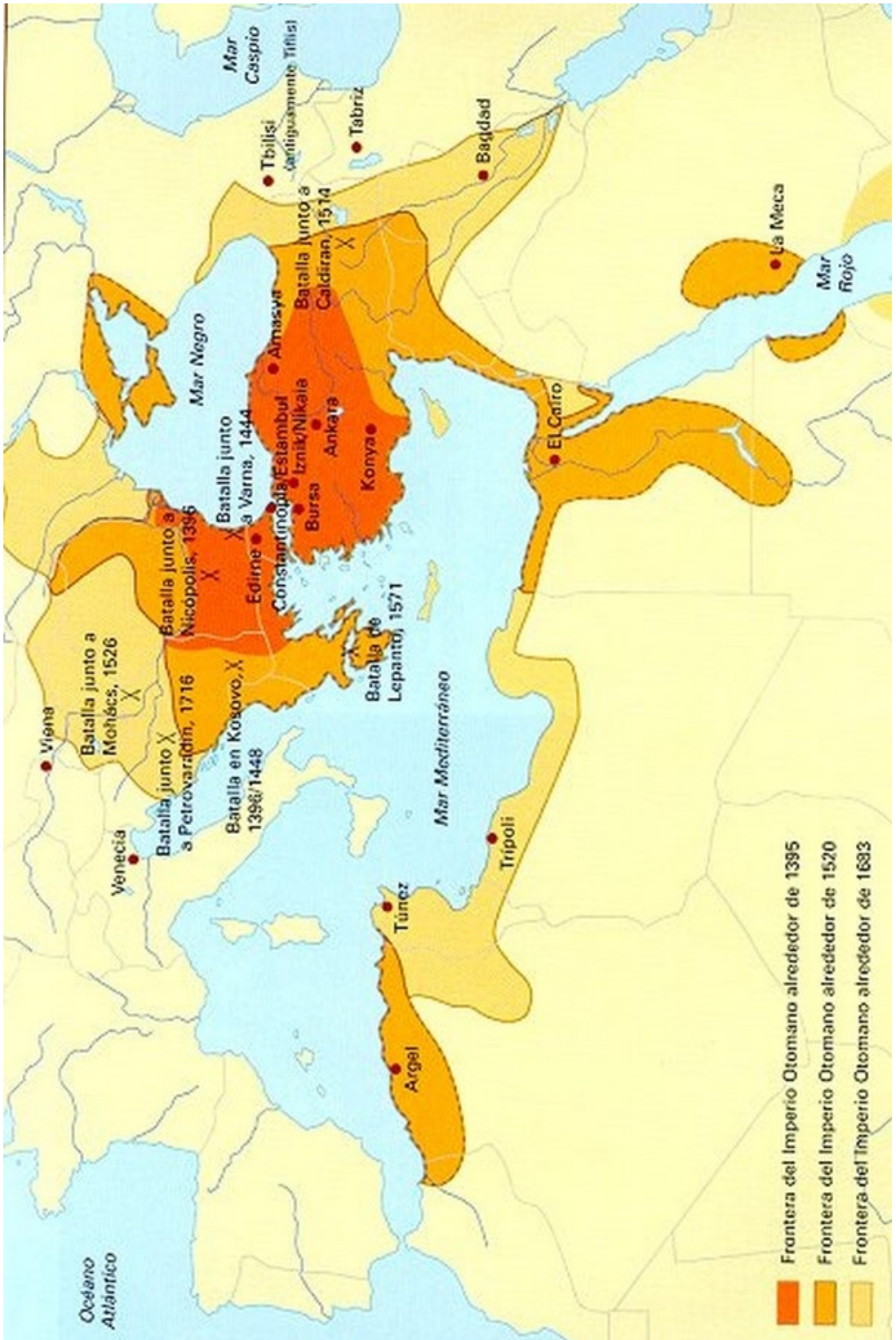
los ricos, en especial en Estambul, eran cada vez más ricos; se informó que una señora regresó con veintisiete maletas de una expedición de compras a Londres en 2008.

Éste fue el trasfondo de la elección, en 2002, de un gobierno islamista, aunque presentaba ciertas diferencias con el islamismo anterior, y de hecho las cumplió al menos en los lugares bajo escrutinio exterior, tolerando el alcohol y la vestimenta laica en la mujer que provocaban rechazo en los dirigentes más rígidos del partido. También ayudó que los americanos y los europeos aprobasen este experimento de democracia musulmana, y la recompensa para Turquía será que se pueda convertir en miembro de la Unión Europea. Esto planteó de nuevo la vieja cuestión, que se remonta a la época posterior a Tamerlán, cuando la corte otomana hablaba en griego, y parte de la élite turca miraba hacia el Egeo y hacia la Italia renacentista en busca de una alianza. En aquel momento ganó el este de Anatolia, y ahora se plantea la cuestión de los kurdos. Deshacerse de ellos, y Turquía se convierte en una Grecia o quizá incluso en una especie de Bizancio tardío, subyugada a estos latinos contemporáneos en forma de Unión Europea, que probablemente acepten como miembro a una Turquía que sea esencialmente una especie de gran Estambul. Mantener a los kurdos y la mejor respuesta puede ser un régimen neo-Abd-ul-Hamid: la politización de la religión. Las cabezas dan vueltas alrededor de esto, y no sólo de los kurdos, a los que no les gusta el otomanismo y prefieren, millones de veces, una Turquía occidentalizada que funcione. En cualquier caso, está en marcha uno de los planes energéticos más grandes del mundo: el GAP o «Proyecto del sudeste de Anatolia», que ya ha construido grandes pantanos y construirá más para proporcionar hidroelectricidad y regadío a una parte del mundo que en realidad nunca se ha recuperado del todo de las acciones de Tamerlán. Ya ha provocado el enverdecimiento de grandes zonas y ya veremos si tiene éxito.

En el terreno económico el caso por Europa resulta fácil de defender. Lo mismo ocurre con la política. ¿El nuevo partido religioso (el AKP) no es sólo una variante de la democracia cristiana que gobernó Italia más o menos sin interrupción desde 1947? También dirigió un milagro económico y también usó métodos irregulares, para expresarlo con suavidad. En Italia, la gente robaba al Estado y el país era rico; en Inglaterra el Estado robaba a la gente, que fueron superados por los italianos, que también sabían vivir mucho mejor la vida, al menos hasta que «Europa» empezó a intervenir con esa especie de persecución burocrática en miniatura en la que resulta excelente. En casi todos los terrenos, Turquía era de mucho más interés para Europa que todo el conjunto de los nuevos miembros. Sin embargo, la perspectiva de una enorme inmigración turca y kurda, en un momento en el que el islam no es popular, y cuando las economías no están creciendo, era un obstáculo, y en cualquier caso, con su ineptitud característica, han permitido la entrada del Chipre griego antes de resolver el problema del Chipre turco, y por eso los griegos pueden obstruir el progreso de Turquía. ¿Esto tiene realmente importancia? El comercio y las

inversiones siguen adelante y existen mercados mucho más interesantes que la saturada Europa.

En 2010, en Turquía existían dificultades serias entre las antiguas autoridades seculares y las nuevas autoridades semirreligiosas, al producirse el arresto de jueces y militares con uno u otro pretexto. Había problemas en el sudeste con el separatismo kurdo (que no afectaba al voto de millones de kurdos que viven fuera de estas provincias). Pero estas cosas, o cualquier equivalente identificable, están presentes en la historia turca desde el *Tanzimat* y, en cierta forma, incluso antes: hay que vivir con estas contradicciones y no es necesario que provoquen orgías de sangre, como ha ocasionado el mismo fenómeno en España, ya fuera bajo la ocupación napoleónica o en la guerra civil de la década de 1930. Y el factor nuevo es, sencillamente, la prosperidad. Turquía se ha convertido de nuevo en un lugar importante y, hay que decirlo, es el único país entre Atenas y Singapur en el que, a juzgar por los refugiados, la gente quiere vivir.



# CRONOLOGÍA

SULTANES	FECHAS	PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS
	1071	Batalla de Manzikert: los turcos los selyúcidas derrotan al ejército bizantino
	1204	Los cruzados saquean Constantinopla
Osmán I	1324	Muerte del primer sultán
Orhan I <i>ca.</i> 1324-1362	1324	Los otomanos capturan Bursa
Murad I <i>ca.</i> 1362-1389	1389	Batalla de Kosovo: derrota de Lázar de Serbia; asesinato de Murad
Bayaceto I 1389-1402	1396	Batalla de Nicópolis: los otomanos derrotan al ejército cruzado
	1402	Batalla de Ankara: Tamerlán derrota a los otomanos
Interregno	1402-1413	Los hijos de Bayaceto luchan por el poder
Mehmed I 1413-1421	1413-1421	Mehmed reconstruye el imperio de Bayaceto I
Murad II 1421-1451	1444	Los otomanos derrotan a los cruzados en Varna
Mehmed II 1451-1481	1453	Conquista de Constantinopla
	1454-1482	Conquista de Serbia, Atenas y Morea, Trebisonda, Bosnia, Valaquia, Albania y Herzegovina
Bayaceto II 1481-1512	1481	Revuelta del príncipe Cem
	1492	Los judíos españoles se refugian con los otomanos
	1499-1502	Guerra entre otomanos y venecianos
	1501	Sha Ismail funda el Estado safaví
	1511	Levantamiento Kizalbos dirigido por Sakhkulu
Selim I 1512-1520	1514	Batalla de Caldiran: el ejército otomano aplasta a los safavíes
	1516-1517	Selim conquista Siria y Egipto
Suleimán I 1520-1566	1521	Los otomanos toman Belgrado
	1522	Conquista de Rodas
	1526	Dstrucción de la resistencia húngara en la batalla de Mohacs
	1529	Fracasa el sitio de Viena
	1565	Malta rechaza a las fuerzas otomanas
Selim II 1566-1574	1571	Los otomanos le arrebatan Chipre a Venecia
	1571	Batalla de Lepanto: la Liga Santa derrota a los otomanos
Murad III 1574-1595	1571	Rebelión de los jenízaros
	Década de 1590	Inicio de las revueltas Celali en Anatolia
	1593-1606	Guerra contra los Hamburgo

Mehmed III 1595-1603	1595	Siguiendo la ley del fratricidio, estrangulan a los diecinueve hermanos de Mehmed
Ahmed I 1603-1617	1609	Se inician los trabajos en la Mezquita Azul
Musatafá I 1617-1618	1618	Inicio en Europa de la guerra de los Treinta Años
Osmán II 1618-1622	1622	Destronamiento y asesinato de Osmán II
Mustafá I 1622-1623	1623	Deposición de Mustafá I
Murad IV 1623-1640	1624	Bagdad cae en manos de los safavíes
	1638	Reconquista de Bagdad
Ibrahim I 1640-1648	1644-1669	Guerra con Venecia por Creta
	1648	Destronamiento y asesinato de Ibrahim I
Mehmed IV 1648-1687	1651	Revolta de los gremios
	1656-1661	El gran visir Mehmet Köprülü estabiliza el gobierno otomano
	1664	Derrota otomana en Szentgotthard
	1683	Fracasa el sitio de Viena. Asesinato del gran visir Kara Mustafá
Suleimán II 1687-1691	1688	Belgrado cae en manos austríacas
Ahmed II 1691-1695		
Mustafá II 1695-1703	1697	Los otomanos pierden la batalla de Zenta
	1699	Tratado de Karlowitz: Austria ocupa Hungría y Transilvania
Ahmed III 1703-1730	1718	El Tratado de Passarowitz cede Belgrado a Austria; se inicia el «tiempo de los tulipanes»
Mahmud I 1730-1754	1730	Sucesión de Mahmud I después de una revuelta de los jenízaros, dirigidos por Patrona Halil, que provoca el final del «tiempo de los tulipanes»
Osmán III 1754-1757		
Mustafá III 1757-1774	1768-1774	Guerra con Catalina la Grande de Rusia
	1770	Victoria naval rusa en Cesme
Abd-ul-Hamid I 1774-1789	1774	El tratado de Küçük Kaynarca termina la guerra y Rusia se anexiona Crimea
	1798-1792	Guerra con Rusia. Caída de Ochakov
Selim III 1789-1807	1798	Napoleón desembarca en Egipto
Mustafá V 1807-1808	1808	Asesinato de Selim III
Mahmud II 1808-1839	1821-1829	Guerra de la Independencia griega
	1826	Abolición de los jenízaros (el Incidente Afortunado)

	1827	Batalla de Navarino: las flotas británica y rusa derrotan a la marina egipcia
	1831	Los egipcios, dirigidos por Ibrahim Paşa, invaden Siria
	1833	El Trazado de Hünkâr İskelesi fija el papel de Rusia en los asuntos otomanos
	1838	El Tratado de Balta Limanı autoriza el libre comercio con Gran Bretaña
	1839	La victoria egipcia en la batalla de Nizip lleva al reconocimiento de Mehmet Alí como gobernante hereditario de Egipto
Abd-ul-Mejid I 1839-1861	1839	El edicto de Gülhane inicia el Tanzimat
	1848	Revoluciones por toda Europa; llegada de liberales polacos y húngaros
	1853-1856	Guerra de Crimea
Abdülaziz 1861-1876	1861	Creación del Banco Imperial Otomano
	1866	Levantamiento en Creta
	1875	Bancarrotas del Estado otomano; rebeliones en los Balcanes
Murad V 1876	1876	El anuncio de la Constitución otomana lleva a la formación del primer Parlamento
Abd-ul-Hamid II 1876-1909	1877-1878	Guerra con Rusia
	1878	El Tratado de Berlín crea el principado de Bulgaria y Rusia adquiere zonas del nordeste de Anatolia
	1881	Se crea la Oficina de Deuda Pública Otomana
	1889	Ahmet Riza funda el grupo que más tarde se convertirá en el Comité de Unión y Progreso (CUP)
	1896	Violencia en Anatolia oriental; los dashnak armenios atacan el Banco Otomano en Estambul
	1908	Revolución de los «Jóvenes Turcos»: los otomanos pierden Bulgaria, Bosnia-Herzegovina y Creta
Mehmed V 1909-1918	1909	Contragolpe: «Incidente del 31 de marzo», aplastado por tropas llegadas de Salónica; deposición de Abd-ul-Hamid II
	1912-1913	Guerras balcánicas
	1913	El CUP toma el poder
	1914-1918	Primera Guerra Mundial: los otomanos apoyan a Alemania
	1915	Recolocación de los armenios de Anatolia oriental
	1915-1916	Invasión aliada y victoria otomana en Galípoli
Mehmed VI 1918-1922	1918	Armisticio firmado en Mudros
	1919-1922	Guerra con Grecia
	1920	Tratado de Sèvres: humillación de los otomanos
Abd-ul-Mejid II (califa) 1922-1924	1922	Los turcos derrotan a los griegos; abolición del sultanato, reemplazado por un simbólico «califa de todo el islam»
	1923	El Tratado de Lausanne establece las fronteras



	actuales de Turquía; el 29 de octubre se proclama la República de Turquía con Mustafá Kemal (Atatürk) como su primer presidente
1923-1924	Intercambio de población entre turcos y griegos
1924	Expulsión de la dinastía otomana; se establece un partido único secular; inicio de las reformas radicales
1928	Reforma de la lengua
1938	Muerte de Atatürk
1952	Turquía se integra en la OTAN
1955	Disturbios contra los griegos en Estambul
1960	Golpe militar: el primer ministro Adnan Menderes es ahorcado
1980	Golpe militar
1983	El Partido de la Madre Patria de Turgut Özal gana las elecciones, revitalización de la economía
2005	Turquía inicia las conversaciones para entrar en la Unión Europea

# BIBLIOGRAFÍA

Éste es un tema enorme, con debates complicados sobre muchos aspectos. Quizá el primer paso es establecer el contexto mundial y para ello un camino obvio es: *After Tamerlane: The Rise and Fall of Global Empires, 1400-2000* de John Darwin (Londres, 2000). La mejor aproximación al Imperio otomano, en primer instancia, se encuentra en los libros con solera, y el más destacado es el de Philip Mantel, *Constantinopla: City of the World's Desire, 1453-1924* (Londres, 1997)<sup>[14]</sup>. Un libro mucho más viejo, publicado por primera vez en 1964 pero que sigue ofreciendo una introducción excelente, es Lord (o Patrick) Kinross, *Atatürk: The Rebirth of a Nation* (Londres, 1993)<sup>[15]</sup>. Su *The Ottoman Empire* (segunda edición, Londres, 2003) es en su mayor parte una historia militar de estilo antiguo y bien presentada, pero cubre todo el tema de manera cronológica y con brío. Robert Irwin, *For Lust of Knowing: The Orientalists and their Enemies* (Londres, 2006) resulta indispensable para el estudio de «Oriente» en Occidente, que por sí mismo es una historia de lo más curiosa, con excentricidades por todas partes.

De vez en cuando editores emprendedores publican obras de detalle que revelan una imagen mucho más amplia. Irfan Orga, *Portrait of a Turkish Family* (nueva edición, Londres, 2002)<sup>[16]</sup> fue un *best seller* en la década de 1950. Shirin Devrim, *A Turkish Tapestry: The Shakirs of Istanbul* (Londres, 1996) es el relato de una dama aristocrática que se convirtió en actriz en Nueva York. A lo largo de los siglos se han escrito muchas de estas obras reveladoras y al menos dos de ellas se han convertido en clásicos de la literatura. En 2007 Penguin publicó extractos de las cartas de lady Mary Wortley Montagu, *Life on the Golden Horn*<sup>[17]</sup>, y véase Helmut von Moltke, *Unter dem Halbmond: Erlebnisse in der alten Türkei, 1835-1839* (Stuttgart, 1984). Brian Sewell, *South from Ephesus: An Escape from the Tyranny of Western Art* (Londres, 2002) es una versión moderna de esas miniaturas. La colección más grande de este tipo de libros es la de Ömer Koç, un catálogo de dos volúmenes que está en preparación. Un editor muy interesante de Estambul, Sinan Kunalalp de ISIS, lleva años reimprimiendo cientos de obras antiguas destacadas, en las principales lenguas occidentales (como las memorias del embajador británico en 1878, Austen Henry Layard). El catálogo de ISIS es de consulta obligatoria. Hay libros muy buenos sobre Estambul y aquí sólo voy a citar uno. Hilary Sumner Boyd y John Freely, *Strolling Through Istanbul: The Classic Guide to the City* (edición revisada, Londres, 2010) te lleva a dar una vuelta, pero aun así necesitaremos zapatos resistentes. Robert Irwin, *Islamic Art* (Londres, 1997)<sup>[18]</sup> explica mucho más.

Ha habido muchos intentos de una historia corta y legible, de los cuales destacaremos Jason Goodwin, *Lords of the Horizons: A History of the Ottoman*

*Empire* (Londres, 1998)<sup>[19]</sup> y Dimitri Kitsikis, *L'Empire Ottoman* (París, 1985) que analiza especialmente las relaciones greco-turcas. Justin McCarthy, *The Ottoman Turks: An Introductory History to 1923* (Londres, 1997) es un valiente ensayo académico, que no se arredra ante el lado económico.

En la actualidad, a medida que se ha ido facilitando el acceso a los archivos (muchas veces a través de Internet), han aparecido una pequeña oleada de estudios académicos de todos o de algunos aspectos de la historia del imperio, muchos de ellos escritos en inglés por los propios turcos. Algunos de ellos pueden ser duros incluso para los especialistas; según el Néstor de los historiadores turcos, Halil İnalçık, los mejores licenciados americanos necesitan dos años antes de poder leer una página con cierta comodidad, pero para aquellos que vencen los obstáculos, las contribuciones de estos investigadores han resultado a veces sorprendentes. No los puedo citar a todos y sólo mencionaré como ejemplo Gábor Ágoston, *Guns for the Sultan: Military Power and the Weapons Industry in the Ottoman Empire* (Cambridge, 2005).

La única forma de alcanzar este nivel de investigación monográfica es a través de las obras enciclopédicas y académicas de varios volúmenes. Existen bastante (y a veces se repiten entre ellas). En cuanto a elegancia y erudición, mi recomendación inmediata es Robert Mantran (ed.), *Histoire de l'Empire Ottoman* (París, 1989), que incluye capítulos muy perspicaces de Gilles Veinstein. El libro dedica bastante espacio a las provincias árabes (incluido Egipto) y es especialmente útil para el período tardío, después de Küçük Kaynarca. Sobre los Jóvenes Turcos es soberbio. *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914* de Cambridge, editado por Halil İnalçık con Donald Quataert (1994) es enciclopédico, con todas las ventajas e inconvenientes del formato. El propio İnalçık ha publicado el más corto *The Ottoman Empire: The Classical Age 1300-1600* (segunda edición, Londres, 2000) que es exhaustivo, en el sentido que trata en profundidad la tenencia de la tierra, el comercio internacional, las finanzas, etc., y legible, y también está bien estructurado. Existen libros comparables de Colin Imber, *The Ottoman Empire 1300-1650: The Structure of Power* (Basingstoke, 2002)<sup>[20]</sup> y Norman Itzkowitz, *Ottoman Empire and Islamic Tradition* (segunda edición, Chicago, 1980).

Los estudios académicos turcos se muestran (en inglés) en Ekmeleddin İhsanoğlu, *History of the Ottoman State, Society and Civilization* (2 vols., Estambul, 2001-2002). Existe una maravillosa *Istanbul Ansiklopedesi* (8 vols., Estambul, 1993-1995) a la que debo mucho. La tesis de Stefanos Yerasimos para la Universidad de París, «Turquie: le processus d'un sous-développement», publicada en Turquía como *Az gelişmişlik sürecinde Türkiye* (Estambul, 1974), pertenece a la época en la que era posible culpar al imperialismo del subdesarrollo, y contiene mucho material (incluido la declaración original del *Tanzimat*). Buenas historias de las partes no anatolias del imperio son L. S. Stavrianos, *The Balkan since 1453* (nueva edición, Londres, 2000) y Albert Hourani, *A History of the Arab People* (Londres, 1991). La

gran historia de los turcos anatolios en los tiempos modernos es el sorprendentemente longevo *The Emergente of Modern Turkey* de Bernard Lewis, publicado por primera vez en 1961 y que ahora se encuentra en su tercera edición (Oxford, 2002).

Mis capítulos se han basado parcialmente en los libros citados, pero para cada uno de los capítulos siguen más referencias. Me concentro en los libros publicados en, poco más o menos, los últimos diez años.

## PRELUDIO

Fritz Neumark, *Zuflucht am Bosphorus: deutsche Gelehrte, Politiker und Künstler in der Emigration, 1933-1953* (Frankfurt, 1980) son unas memorias sobresalientes, y Horst Widmann, *Exil und Bildungshilfe: Die deutschsprachige Emigration in die Türkei nach 1933* (Frankfurt, 1973) es un relato admirable. También hubo una exposición en la Akademie der Künste en Berlín en 2000. Su catálogo, editado por Arnold Reisman, *Turkey's Modernization: Refugees from Nazism and Atatürk's Vision* (Washington DC, 2006), es el principal resumen en lengua inglesa. Para Hikmet, véase *The Poems of Nazim Hikmet*, traducidos por Randy Blasing y Mutlu Konuk (segunda edición, Nueva York, 2002)<sup>[21]</sup>.

## CAPÍTULOS 1-8

Existen muchos libros sobre los imperios forjados en Asia central por los arqueros a caballo mongoles-tártaros-turcos. El principal es René Grousset, *The Empire of the Steppes: A History of Central Asia* (New Brunswick, NJ, 1970)<sup>[22]</sup>, pero siento una gran debilidad por Jean-Paul Roux, *Histoire des Turcs: deux mille ans du Pacifique à la Méditerranée* (segunda edición, París, 2000), pero sus conclusiones sobre los nombres correctos (por ejemplo, kirguiz) están en entredicho. El estudio de lo que el ruso Lev Gumilev llamó «los turcos antiguos» es extremadamente difícil y además intervienen hostilidades académicas que no estoy capacitado para discernir. Sobre las relaciones tártaroturco-rusas, un ensayo especulativo es Norman Stone, «Turkey in the Russian Mirror» en Ljubica Erickson y Mark Erickson (eds.), *Russia: War, Peace and Diplomacy. Essays in honour of John Erickson* (Londres, 2004).

Sobre la lengua, la descripción más destacada es Geoffrey Lewis, *Turkish Grammar* (segunda edición, Oxford, 2000). La aproximación inicial más útil que conozco es A. y D. Pollard, *Teach Yourself Turkish* (nueva edición, Londres, 2003). No te trata como si fueras un bebé.

Heath W. Lowry, *The Nature of the Early Ottoman State* (Albany, NY, 2003) está muy bien escrito y presenta muchos retos. Cemal Kafadar, *Between Two Worlds: The Construction of the Ottoman State* (Berkeley, 1995) resulta útil para el trasfondo. Para el colapso de Bizancio el último estudio académico es Nevra Necipoğlu, *Byzantium between the Ottomans and the Latins: Politics and Society in the Late Empire* (Cambridge, 2009), aunque Speros Vyronis, *The Decline of Medieval Hellenism in Asia Minor: And the Process of Islamization from the Eleventh Through the Fifteenth Century* (nueva edición, Berkeley, 1986) es el libro griego elegiaco. Pero Edward Gibbon, que no pudo esperar hasta 1453, se tendría que releer sin pausa: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, editado por David Womersley (6 vols., Londres, 1997)<sup>[23]</sup>.

El libro más destacado sobre 1453 es Roger Crowley, *Constantinople: The Last Great Siege* (Londres, 2005), muy interesante en los aspectos más técnicos.

Para el período 1453-1774 quiero añadir las siguientes obras a las historias generales antes comentadas. Steven Runciman, *The Great Church in Captivity* (nueva edición, Cambridge, 1985) ofrece una panorámica soberbia y no conozco ninguna explicación mejor de las diferencias teológicas entre latinos y ortodoxos. Noel Malcolm, *Bosnia: A Short History* (Londres 1994) y *Kosovo: A Short History* (Londres, 1998) examinan la presencia otomana en los Balcanes con extraordinaria erudición. John Freely, *Jem Sultan: Adventures of a Captive Turkish Prince in Renaissance Europe* (Londres, 2004) revela mucho sobre el trasfondo mediterráneo, y Roger Crowley, *Empires of the Sea: The Final Battle for the Mediterranean 1521-1580* (Londres, 2008) muestra las mismas cualidades que su libro sobre 1453. Otro residente en Estambul, Geoffrey Goodwin, escribió de forma muy entretenida en *The Janissaries* (Londres, 1994) y en *Topkapı Palace* (Londres, 1999) pero también existe un catálogo magnífico, *Topkapı à Versailles: trésors de la cour ottomane* (París, 1999). Caroline Finkel, *Osman's Dream: The Story of the Ottoman Empire 1300-1923* (Londres, 2005) explica con acierto el problema chiíta-safaví, y resulta indispensable para el poco estudiado siglo XVIII. La última obra sobre el sitio de Viena y su contexto es Andrew Wheatcroft, *The Enemy at the Gate: Habsburg, Ottomans and the Battle for Europe* (Londres, 2008), que tiene la ventaja del profundo conocimiento del autor sobre el ejército austríaco y la frontera militar.

Para el siglo entre Küçük Kaynarca y el Congreso de Berlín, el contexto internacional se explica en el multifacético *The Pursuit of Glory: Europe 1648-1815* de Tim Planning (Londres, 2007). Desde *L'Europe et la Révolution Française* de Albert Sorel, de hace más de un siglo, no se ha publicado una explicación mejor sobre el desarrollo de la cuestión de Oriente. *Crimea: The Last Crusade* de Orlando Figes (Londres, 2010) es lo último sobre el tema. Sobre la internacionalización de los problemas otomanos, existe un libro deprimente sobre el Líbano: Leila Tarazi Fawaz, *An Occasion for War: Civil Conflict in Lebanon and Damascus in 1860* (Londres, 1994). Existen buenos libros turcos sobre el colapso de las finanzas, como Haydar

Kazgan, *Osmanlıda Avrupa Finans Kapitali* (Estambul, 1995), pero David S. Landes, *Bankers and Pashas: International Finance and Economic Imperialism in Egypt* (Cambridge, Mass., 1980) es una obra monumental, que se distingue por su simpatía por los egipcios y los turcos. Sobre la atmósfera pre-Fukuyama de la década de 1860 en general, véase Norman Stone, *Europe Transformed 1878-1919* (segunda edición, Oxford, 1999)<sup>[24]</sup>. Mark Bostridge, *Florence Nightingale: The Woman and Her Legend* (Londres, 2008) es un retrato noble de una noble dama.

Emre Aracı, *Donizetti Paşa* (Estambul, 2006) abre la interesante arteria de la música turco-occidental. Stéphane (sic) Yerasimos presenta algunas reflexiones penetrantes en *Hommes et idées dans l'espace Ottoman* (Estambul, 1997) y antes de leer su ensayo «À propos des reformes urbaines des Tanzimat» (pp. 305-319) no había comprendido del todo por qué las ciudades islámicas son tan diferentes de las cristianas. Edhem Eldem, Daniel Goffman y Bruce Masters, *The Ottoman City between East and West: Aleppo, Izmir and Istanbul* (Cambridge, 2008), amplían extensamente el tema.

En cuanto a los últimos cuarenta años del imperio, nos encontramos en plena transición a medida que se abren los archivos y se reconsidera la época. En los últimos veinte años ha tenido lugar una reevaluación en serio de Abd-ul-Hamid II, como en Selim Deringil, *The Well-Protected Domains: Ideology and the Legitimation of Power in the Ottoman Empire, 1876-1909* (Londres 1998) y François Georgeon, *Abdülhamid II* (París, 2003). El libro principal sobre las oleadas de refugiados a partir del siglo XIX es Justin McCarthy, *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims, 1821-1922* (Princeton, 1996), pero comparar con Oliver Bullough, *Let Our Fame be Great: Journeys among the Defiant People of the Caucasus* (Londres, 2010). Sobre la oposición, el clásico es Niyazi Berkes, *The Development of Secularism in Turkey* (Londres, 1998), pero Şerif Mardin, *Religion, Society and Modernity in Turkey* (Syracuse, NY, 2006) y M. Şükrü Hanioğlu, *A Brief History of the Late Ottoman Empire* (Princeton, 2008) son importantes. Sina Akşin, *Jön Türkler ve İttihat ve Terakki* (tercera edición, Estambul, 2001) establece un lazo importante entre los Jóvenes Turcos y el Comité. Otro libro importante es Fuat Dündar, *Modern Türkiye'nin şifresi* (Estambul, 2008) aunque sobrevalora el grado en el que Talât, agobiado por los refugiados de las guerras balcánicas, reflexionó sobre el profesor Durkheim. Mark Mazower, *Salonica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews* (Nueva York, 2005)<sup>[25]</sup> es especialmente bueno en la desintegración del período, y Trotsky, *The Balkan Wars, 1912-1913: The War Correspondence of Leon Trotsky* (Nueva York, 1980), editado por George Weissman y Duncan Williams, me ayudaron a redactar algunos párrafos. Como nos encontramos en el terreno de la historia militar, resulta destacable que *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* de A. J. P. Taylor, publicado por primera vez en 1954, siga siendo extremadamente útil para las guerras balcánicas.

Sobre el trasfondo de la guerra en 1914, Norman Stone, *World War One: A Short*

*History* (Londres, 2007)<sup>[26]</sup> redescubre el trasfondo turco, en el que se profundiza en Mustafá Aksakal, *The Ottoman Road to War in 1914* (Cambridge, 2008). La guerra ha recibido un tratamiento monumental en Stanford J. Shaw, *The Ottoman Empire in World War I* (2 vols., Ankara, 2006). Analiza en profundidad el desastre armenio y lo considera más un desastre que un genocidio, como si para la gente sobre el terreno hubiera alguna diferencia. El mejor relato reciente sobre las masacres armenias es Guenter Lewy, *The Armenian Massacres in Ottoman Turkey: A Disputed Genocide* (Salt Lake City, 2005)<sup>[27]</sup>. La famosa novela de Franz Werfel, *The Forty Days of Musa Daga* (Londres, 1934) tiene la cualidad de poder leerse en una noche, pero el mismo autor apuntó en el manuscrito «no usen esto contra los turcos», porque sabía que habría complicaciones y comprendía lo que estaba intentando hacer la República turca. Roderic H. Davison, *Essays in Ottoman and Turkish History, 1774-1923: The Impact of the West* (Austin, TX, 1990) tiene un artículo importante sobre el tema, y comparar con Elie Kedourie (con una introducción de David Pryce-Jones), *The Chatham House Version and Other Middle Eastern Studies* (Chicago, 2004). Es importante porque explota la noción de la inocencia armenia.

Sobre Galípoli el libro británico de referencia es Nigel Steel y Peter Hart, *Defeat at Gallipoli* (Londres, 1994), pero habría que tener en cuenta a Kevin Fewster, Vecihi Basarin y Hatice Hurmuz Basarin, *Gallipoli: The Turkish Story* (Sidney, 2003).

Sobre el surgimiento de un orden nuevo en Oriente Próximo después de 1918, David Fromkin, *A Peace to End All Peace: Creating the Modern Middle East, 1914-1922* (Londres, 1989) se ha convertido con todo merecimiento en el libro que lee todo el mundo. Por el lado turco, Stanford J. Shaw, *From Empire to Republic: The Turkish War of National Liberation, 1918-1923* (5 vols., Ankara, 2000) es en la actualidad el relato aceptado mayoritariamente, pero Michael Llewellyn Smith, *Ionian Vision: Greece in Asia Minor, 1919-1922* (segunda edición, Londres, 1998) es en muchos aspectos un libro destacable, justo y académico. El mejor libro corto reciente, que no se deja nada esencial, es Andrew Mango, *From Sultan to Atatürk: Turkey* (Londres, 2009).

## EPÍLOGO: LA REPÚBLICA TURCA

Andrew Mango, *Atatürk* (Londres, 2008) es el mejor lugar para empezar, más aún porque relaciona el período anterior a 1923 con el posterior. Kemal H. Karpat ha escrito tanto sobre el tema, incluso en un detallado desarrollo día a día, que estoy tentado de sugerir una búsqueda por Internet. Su libro sobre *Social Change and Politics in Turkey: A Structural-Historical Analysis* (Leiden, 1973) es el resultado de una vida de trabajo, con unos resultados extraordinariamente interesantes en diversos

dominios, para sintetizar democracia, nacionalismo e islam. Las contradicciones son tantas y de una complejidad tan extraordinaria que los turcos actuales han dejado su historia más contemporánea en manos de extranjeros. Sí escriben sobre episodios individuales, como en el caso de Mete Tunçay sobre el régimen de partido único de la década de 1930, y lo hace de forma muy distinguida. Pero el mundo necesita un relato con autoridad obra de un turco nativo. *The Turks Today* de Andrew Mango (Londres, 2004) ofrece una panorámica eficiente y bien documentada, y William Hale escribió un estudio de gran autoridad, *Turkish Politics and the Military* (Londres, 1994). El libro más destacado sobre el tema kurdo es, en mi opinión, Hamit Bozaslan, *La Question kurde: états et minorités au Moyen-Orient* (París, 1997), aunque existen muchos más. Su fortaleza radica en su falta de autocompasión.

Geoffrey Lewis fue la referencia mundial sobre las lenguas turcas y *The Turkish Language Reform: A Catastrophic Success* (Oxford, 1999) muestra al gran hombre en toda su gloria, y proporciona algunas buenas carcajadas.

A veces los periodistas han sido muy buenos, siempre que se quedasen el tiempo suficiente. David Hotham, *The Turks* (Londres, 1972) es seguido por Nicole y Hugh Pope, *Turkey Unveiled: Atatürk and After* (Londres, 1997) que previeron y simpatizaron con el auge de la versión islámica de la democracia cristiana y, por el otro lado, comprendieron que la década de 1980 tuvo muchos aspectos muy positivos. Francis Russell, *Places in Turkey: A Pocket Grand Tour* (Londres, 2010) es un *tour de force*, describiendo lugares fascinantes y a veces relativamente desconocidos. Pero es, por así decirlo, la Turquía eterna y como viven sus gentes. Geert Mak, *The Bridge: A Journey Between Orient and Occident* (Londres, 2008) describe el trabajo mal pagado de catorce horas al día de un mercachifle en el puente de Gálata, con muchos detalles sobre cómo vive la gente en esas circunstancias. Un genio.



## LISTA DE ILUSTRACIONES

*Frontispicio. Los otomanos asediando Constantinopla*, 1453, de Bertrandon de la Broquière, *Le Voyage d'outremer*, 1455. Biblioteca Nacional de Francia, París.

*Capítulo 1. Atribuido a Muhammad Siyah Qalam, Campamento de turcos nómadas*, Asia central, siglo XIV. Pigmento opaco y tinta sobre papel, 19 × 36,4 cm, Topkapı Sarayı Müzesi, Estambul, H. 2153, fol. 8b.

*Capítulo 2. Mehmed el Conquistador entrando en Constantinopla sobre su caballo blanco*, 1453. Escuela alemana, siglo XVI.

*Capítulo 3. Los otomanos asediando Szigetvár, 1566*, de *el Nuzhet el-Esrar el Ahbar der Sefer-i Sigetvar* de Ahmed Feridun Paşa, transcrito en 1568-1569, Topkapı Sarayı Müzesi, Estambul, H. 1339, fols. 32b-33a.

*Capítulo 4. Batalla de Lepanto, 1571, 1572*. Grabado, Museo Storico Navale, Venecia.

*Capítulo 5. G. J. Grelot, Vista de Constantinopla de Relation nouvelle d'un voyage de Constantinople*, 1689. Grabado. Foto Thames & Hudson Ltd.

*Capítulo 6. Eugène Delacroix, La matanza de Quiós (detalle)*, 1824. Óleo sobre tela, 419 × 354 cm, Museo del Louvre, París.

*Capítulo 7. El puente de Gálata, Constantinopla, ca. 1880*. Foto Corbis / Archivos Austríacos.

*Capítulo 8. El Comité Central de Salónica, 1912-1913*. Foto Roger-Viollet, París.

*Epílogo. Mustafá Kemal Atatürk presenciando un desfile, 1929*. Foto akg / Imagno / Anónimo.



NORMAN STONE (Glasgow, Escocia, 8 de marzo de 1941). Académico, historiador y escritor escocés. Actualmente es profesor de Historia Europea en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bilkent, habiendo sido profesor en la Universidad de Oxford, profesor de la Universidad de Cambridge y asesor de la primera ministra británica Margaret Thatcher. Es miembro de la junta del Centro de Estudios Eurasiáticos (AVIM).

Stone asistió al Glasgow Academy con una beca para los hijos de militares muertos —su padre había muerto en la Segunda Guerra Mundial— y se graduó con honores de primera clase en Historia en la Universidad de Cambridge, Inglaterra (1959-1962).

# Notas

[1] En el sentido de alimento. (*N. del T.*) <<

[2] La letra ğ no se pronuncia: sólo alarga la vocal que la precede. La transcripción de estos sonidos turcos —al igual que la *ı*— obligó a una cierta reflexión en la década de 1920, y recibieron algo de ayuda de los húngaros, que se habían enfrentado al mismo problema. Su *gy*, pronunciada más o menos como la «dj» en inglés pero un poco más explosiva, se ha convertido en una *c* en turco. <<

[3] Sobre la mayoría de ellos se puede encontrar un águila de dos cabezas. Esto se convirtió en el escudo de Rusia y de Austria, y se puede asumir, no sin razón, que su origen era bizantino y reflejaba la división del Imperio romano, con su águila con una sola cabeza, con Roma y Constantinopla como sus capitales. Pero no es así. Existe una pieza original en el espléndido Museo de las Civilizaciones de Anatolia en Ankara etiquetada como «Hitita, 2000 a. C.». <<

[4] Más conocida como Corona de San Esteban o Santa Corona húngara. (*N. del T.*).

<<

[5] Moloch es el dios fenicio del fuego purificador, que aparece en la Biblia como ejemplo de crueldad por los sacrificios humanos que se le ofrecían. Puck es el nombre de un duendecillo travieso que aparece en la comedia *El sueño de una noche de verano* de William Shakespeare. (N. del T.) <<



[6] *El rapto del serrallo. (N. del T.)*. <<

[7] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[8] Jacques Aupick (1789-1857), general francés. (*N. del T.*). <<

[9] La iglesia Memorial de Crimea (iglesia de Cristo) fue recuperada después de 1991 por un clérigo muy emprendedor, el canónigo Ian Sherwood, que desafió la decisión de sus superiores para desconsagrar el recinto. Consiguiendo el apoyo de empresas británicas y americanas, restauró la iglesia, usando la cripta para alojar refugiados, y organizó una escuela voluntaria para sus hijos. Por lo general la iglesia se llena en sus dos terceras partes y en las grandes ocasiones está llena a rebosar. <<

[10] Zaptieh: policía; mudir: gobernador local. (*N. del T.*). <<

[11] En Gran Bretaña, nombre que recibe el ministro de Hacienda. (*N. del T.*). <<

[12] Juego de palabras entre *saigneur*, sangrador, y *seigneur*, señor. (N. del T.). <<

[13] El undécimo presidente de la República, Abdullah Gül, elegido en 2007, es oriundo de allí y personaliza el Kayseri de hoy. Tiene éxito en la industria, pero también es estrictamente religioso, y simboliza el surgimiento, desde los tiempos de Özal, de un capitalismo anatolio con el que los elementos republicanos y seculares tienen unas relaciones difíciles. <<



[14] *Constantinopla: la ciudad deseada por el mundo, 1453-1924* (Granada, 2006). <<

[15] *Atatürk: el resurgir de una nación* (Barcelona, 1972). <<

[16] *Retrato de una familia turca* (Barcelona, 2001). <<

[17] *Cartas desde Estambul* (Barcelona, 1998), aunque no se corresponde exactamente a la obra inglesa citada por el autor. <<

[18] *Arte islámico* (Madrid, 2008). <<

[19] *Los señores del horizonte: una historia del Imperio otomano* (Madrid, 2004). <<

[20] *El Imperio otomano: 1300-1650* (Barcelona, 2004). <<

[21] En castellano se han publicado varias traducciones de este autor, entre ellas dos antologías. <<



[22] *El imperio de las estepas: Atila, Gengis Kan, Tamerlán* (Madrid, 1991). <<

[23] *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* (diversas ediciones en castellano). <<

[24] *La Europa transformada (1878-1919)* (Madrid, 1984). <<

[25] *La ciudad de los espíritus: Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi* (Barcelona, 2009). <<

[26] *Breve historia de la Primera Guerra Mundial* (Barcelona, 2008). <<

[27] *Las masacres armenias en la Turquía otomana: un genocidio controvertido* (Madrid, 2009). <<